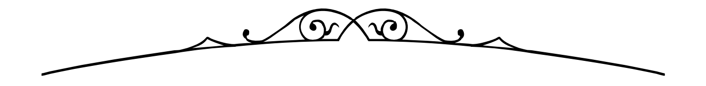


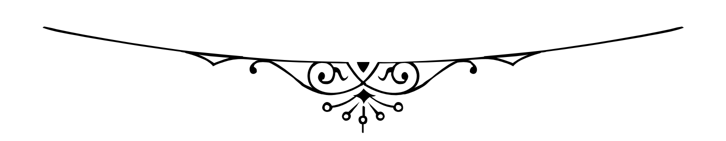
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com

Somnus el hechicero



Pablo Ruiz Arrabal

Somnus el hechicero



Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com

Primera edición: febrero 2015

Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección *Novela*

Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Diseño de portada: © Antonio López Galdeano

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9095-464-5

DEPÓSITO LEGAL: AL 102-2015

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Mucho tiempo atrás, en la antigua China de la dinastía Ming, existió un arquero mítico llamado Yi, que ascendió al cielo y mató a los nueve soles. Estos soles eran temibles dragones, que aterrorizaban y sojuzgaban a los aldeanos. En lugar de su recompensa, Yi obtuvo un gran castigo, pues Tian, dios de la guerra, celoso de la hazaña de Yi, logró, mediante mentiras, que fuera expulsado del cielo a los infiernos, perdiendo así su inmortalidad.

En los infiernos, Yanluo, señor de los demonios, quiso que Yi le adiestrara en su arte, y así subir luego a los cielos, y matar a Tian, convirtiéndose en el amo de todo. Yi accedió, pero a cambio de que le mostrara el Íyime Karoshi, un poderoso libro de magia. Durante cinco años, Yanluo fue entrenado por el arquero Yi, alcanzando por fin una gran destreza. Pero el demonio Yanluo, en su afán de poder, olvidó que Yi había logrado adquirir los conocimientos del libro mágico… y cuando planeó su ascensión a los cielos para matar a Tian, Yi conjuró al dragón blanco de la muerte, y éste, devoró a Yanluo. Cuando Tian supo la noticia de la muerte de Yanluo, fue a pedirle perdón a Yi por haberle desterrado, y le prometió uno de los cielos. Yi, confiado, creyó sus palabras, pero en un descuido, Tian le robó

el libro mágico y se dispuso a matarle, mas el dragón blanco se tragó el libro y desapareció volando. Yi pudo escapar de allí y se refugió en la montaña Shu. Tian le encontró y acabó con él, pero luego apareció el dragón blanco y engulló a Tian y al cadáver de Yi, volviendo a desaparecer nuevamente. Cuenta la leyenda que quien encuentre al dragón, hallará el libro mágico, y con él, el control del mundo y la inmortalidad…

Año 6014, en la gran megalópolis de Aeternia, en el dojo de samuráis de Azuki san. Cuatro jóvenes alumnos se preparan para su examen de grado sumo. Pese a su corta edad, diez años, eran excelentes luchadores, maestros de la antigua disciplina del dragón blanco, la más mortífera arte marcial que jamás haya existido, aunque aún les quedaba el último grado, la maestría del dragón. Para alcanzar dicho nivel, tendrían que afrontar desafíos mortales imposibles.

Alberto era el más alto y fuerte, siempre dispuesto a buscar aventuras. Diego era más bajo, pero rápido como el viento, alegre y vivaracho. Javier era el rubio más atrevido del dojo, lo cual le hacía encontrar más problemas de los deseables. Finalmente, estaba Pablo, algo callado, pero imaginativo.

El maestro Azuki les contó que, para llegar al grado sumo, debían derrotar a los cuatro señores de los elementos. El primero era Yomi, señora de la tenebrosa tierra de los muertos, y para ello, debían descender hasta el abismo maldito de las almas perdidas. Si tenían éxito, les esperaba un feroz combate con el temible dragón marino Yamata, de ocho escalofriantes cabezas. Tras derrotarle, debían ascender a la montaña sin nombre, y vencer a Susanowo, el maestro del viento y la tormenta, invicto en siete mil años. Les dijo que si por casualidad hallaban el Íyime, mítico libro de magia del que hablaban todas las leyendas, que lo ocultaran en lo más profundo del abismo, pues el libro era un objeto maldito ansiado por las criaturas oscuras. Finalmente, la gloria se hallará sometiendo a Amaterasu, criatura solar, de

poderes grandiosos. Azuki se despidió de ellos, y les dio un último consejo: debían permanecer siempre unidos, formando un único guerrero. Solamente de esa forma, podrían lograr su objetivo, la maestría suprema de las artes marciales. Inmediatamente, les guió por un estrello pasillo, que iba descendiendo, a medida que se iba oscureciendo. Tras mucho caminar, por fin llegaron a un siniestro bosque, envuelto en una espesa bruma, que ocultaba el fangoso y pestilente suelo por el que debían avanzar. Los árboles carecían de hojas, y sus retorcidas ramas y muescas, más los hacían parecer monstruos que plantas. El gélido y fuerte viento que soplaba allí, emitía extraños alaridos, que helarían la sangre al más osado, pero nada iba a atemorizar a cuatro maestros de las artes marciales en busca de gloria inmortal.

No tardaron en encontrar un enorme cementerio que parecía abandonado, pero por sus moradores… Diego, el más rápido de ellos, sacó su katana y descabezó a dos zombis hediondos. Aquello alertó a sus compañeros, que también desenvainaron sus espadas. Se adivinaba un baño de sangre en aquel horrible y tenebroso lugar. Alberto lanzó una patada frontal a uno de aquellos engendros, mientras asestaba un certero golpe a otro, que cayó al suelo como un bulto. Al tiempo, Javier dio un gran salto, y desmembró a dos zombis a la vez, mientras clavaba su arma en el cráneo de otro monstruo. Pablo iba esquivando los ataques, mientras pensaba si esos engendros atacaban por sí mismos, o quizás obedecían órdenes de alguien.

Alberto – No tardes en atacar, qué luego podemos lamentarlo.

Pablo – No te preocupes, ya sé cómo podemos vencer a estos malditos. Su jefe es aquel ser de dos cabezas, el alto. He visto cómo les hablaba.

Entre Javier y Diego acabaron con aquel zombi bicéfalo, cortando cada uno una de las cabezas, que nada más caer al suelo, provocaron la caída del resto de zombis que quedaban en pie.

Alberto – Ya estaba harto de esta pestilencia. Menos mal que acabamos con ellos.

Pablo - ¿Qué es lo que ha caído de su cuerpo?

Javier – Parece un pequeño puñal de un extraño metal.

Alberto – Deja que lo vea detenidamente. Parece titanio. Pero… ¿qué hacía esta arma dentro del zombi?

Pablo cogió el puñal, que sorprendentemente, se agrandó solo, convirtiéndose en una refulgente espada. Arrojó su ninjaken, la espada pequeña que llevan siempre los ninja consigo, y puso aquella espada en su lugar. Sorprendentemente, una armadura salió de la nada, y rodeó a Pablo, convirtiéndolo en un poderoso guerrero.

Diego – No creo que eso sea bueno. Me huele a una trampa de nuestro enemigo.

Alberto – Tú siempre tan desconfiado. Ojalá tuviéramos todos una armadura así. Nuestra misión sería mucho más fácil.

Como temía Diego, la armadura era una maquinación de Yomi: sin que nadie lo esperase, los árboles cobraron vida, y fueron uniéndose, formando un gigantesco monstruo con numerosos dientes afilados, que saltó hacia Pablo, dándole un zarpazo a su armadura, la cual cayó al suelo hecha pedazos. Pablo le atacó con la espada de titanio, pero su mano se paralizó, y de la espada salieron gruesas ramas, que lo ataron al suelo. Mientras Alberto y Diego trataban de soltarlo con sus katanas, Javier se lanzó sobre la bestia, y con un ágil salto, se encaramó sobre su espalda, asestándole temibles golpes con su katana, pero la bestia, lejos de caer derrotada, parecía volverse más y más fuerte, y ahora estaba enfadada… Por suerte, Pablo ya se encontraba libre de sus ataduras, y pudo unirse a sus compañeros, que planearon un ataque rápido a la criatura. Pablo le arrojó la espada de titanio, que enredó al monstruo, mientras Javier le desmembraba una pata, a la vez que Diego le degollaba, y Alberto lo remataba con un

certero tajo en el cerebro, que causó la muerte de aquel raro ser. Como sucediera con el zombi, del cuerpo de esa criatura, apareció algo que parecía un libro. Nadie se atrevía a cogerlo, por miedo a que fuese una trampa de Yomi, pero Javier se atrevió, y pudo leer que se trataba del Íyime, el libro mágico del que les habló su maestro…

Javier - ¡Por fin tenemos el libro, con su poder mágico podremos derrotar fácilmente a todos nuestros rivales!

Alberto – El maestro nos avisó sobre el libro. Debemos deshacernos de él, pues nos traería complicaciones.

Diego – Quizás tenga razón Javier, y con el poder del libro todo sea más sencillo.

Pero de pronto, sucedió algo inesperado: del interior del libro salió un gigantesco tigre blanco. Se trataba del mítico Baihu, capaz de devorar de un bocado a tres hombres.

Diego corrió velozmente, situándose detrás de la bestia y clavándole su katana, pero no le hizo ni un rasguño. Baihu corrió rugiendo hacia Alberto, que ágilmente, pudo esquivarlo, mientras Pablo y Javier le arrojaban varios shuriken, o estrellas ninja, pero el Baihu estaba como si nada. Pablo pensó que si Baihu salió de aquel libro, también podría entrar, y se le ocurrió poner su mano diestra sobre el Íyime, tratando así de invocar poderes mágicos para hacer regresar al enorme tigre al libro, pero no sucedió eso.

Pablo – Me siento extraño, percibo una gran fuerza recorriendo mi mente.

Sin proferir una sola palabra más, Pablo señaló con un dedo al tigre, que se fragmentó, como si fuera de frágil cristal. Pero Baihu no murió, sino que los cuatro cristales que cayeron de él, se convirtieron en enormes guerreros de metal y madera, que se abalanzaban ahora hacia los cuatro guerreros. Los cuatro arrojaron sus kunai, o pequeñas cuchillas, sobre aquellos seres, pero no sucedió nada. Uno

de aquellos guerreros metálicos, intentó clavar su espada en Diego, pero éste corrió como el rayo y la pudo esquivar. Alberto pudo parar con su katana el golpe de otro enemigo, pero las fuerzas le empezaban a fallar ya, y aquellos seres parecían no fatigarse nunca.

Javier y Alberto usaron sus tessen, o abanicos de hierro, a los que previamente habían adherido unas granadas. Cuando los lanzaron hacia las cabezas de sus enemigos, éstas explotaron, cayendo al suelo sus antiguos portadores. Solamente quedaban dos guerreros, que se acercaban a Pablo peligrosamente, pero éste les apuntó con su mano diestra y los congeló.

Javier - ¿Cómo has hecho eso? ¡Ha sido impresionante!

Pablo – No sé, fue tras tocar este libro. Creo que me ha transferido sus poderes mágicos.

Alberto – Eso no es posible, se trata de un libro maldito, que atrae a los malditos.

Diego – De cualquier manera, el resultado es que hemos derrotado a esas criaturas, y con la ayuda de la magia.

Prosiguieron su camino, dejando atrás aquel siniestro cementerio, y llegaron a un río de color negro, que atravesaba un extenso valle. No había ni un solo animal, ni plantas, pues todo era una vasta extensión yerma cubierta de enormes rocas afiladas.

Alberto – Necesitamos una embarcación, pues dudo mucho que podamos escalar las aristas afiladas de las rocas.

Javier – Pero no podemos construirla, pues no hay un solo árbol en este lugar.

Pablo – Déjame intentar algo.

Pablo alzó sus manos, invocando un bosque, y de las rocas, brotaron enormes árboles por doquier. Javier se dispuso a talar uno de ellos, pero al tocar su espada la madera, ésta se descompuso en miles

de diminutos fragmentos, quedándose sin katana. Los fragmentos se agruparon, y volvieron a formar nuevamente una espada, que se clavó en el árbol más grande del lugar, provocando que se abriera en dos. Del árbol surgió Tao Tie, la gárgola maldita del bosque, tan hambrienta, que a veces devoraba alguna de sus múltiples cabezas, y que ahora se apresuraba a devorar las de nuestros protagonistas…

Alberto – Ese libro es una maldición. No ha traído nada bueno desde que lo encontramos.

Los cuatro arrojaron mitsubishi al monstruo, que vio cómo los polvos irritantes y fragmentos de cristal, dañaban cuatro de sus cabezas, lo cual hizo que se enfureciera aún más. Tao Tie se lanzó volando sobre Javier, logrando arañarle un brazo, aunque Diego pudo alcanzarle con un shuriken en el lomo, y Pablo le cortó la cola en tres trozos. Pero el monstruo seguía atacándoles. Pablo abrió el libro, y revisando los conjuros, encontró uno que tal vez podría resultar. Invocó a Xiao, demonio de la montaña, y luego llamó a sus amigos, pues había que ponerse a cubierto. Xiao era un despiadado engendro que no soportaba ninguna presencia en sus dominios, ni siquiera la de Tao Tie, y cuando vio a la gárgola, la fundió con fuego y azufre malditos, acabando con la criatura alada para siempre. Luego estuvo un buen rato olisqueando, pues le pareció percibir el aroma de la carne humana, tan sabrosa para él… No pudieron evitar que los descubriera, y con voz amenazadora, les dijo:

Xiao - ¡Ningún humano ha escapado jamás de mis dominios! Os devoraré inmediatamente, pobres mortales.

Javier – No si antes te enviamos de vuelta al submundo, maldito engendro de la montaña.

Dicho esto, le arrojó varios tessen, pero el demonio se los tragó, riéndose de él. Luego le clavaron sus katanas Diego y Alberto, pero el monstruo se las desclavó y las convirtió en cenizas con sus manos.

Pablo – Nada terrenal puede con ese monstruo, debemos emplear la magia.

Alberto – Pero el libro no nos ha ayudado, sino que nos ha traído problemas, atrayendo a todos estos seres malignos.

Pablo – No podemos hacer otra cosa. El camino de vuelta se ha tapiado con enormes rocas afiladas, los árboles gigantescos nos obstruyen cualquier salida, y ese río… no me fío nada de meterme ahí…

Pablo buscó en las páginas de invocaciones, y llamó a Long Ma, el dragón-caballo, que apareció volando desde el cielo.

Xiao – No podréis escapar de mis dominios. Ninguna criatura lo ha logrado nunca.

Sin hacer caso del demonio de la montaña, montaron sobre la grupa de Long Ma, que no tardó en levantar el vuelo presuroso, pues a él tampoco le gustaba aquel demonio. Ya creían hallarse a salvo en el aire, cuando Xiao agrandó sus fauces enormemente, y vomitó de ellas grandes piedras incendiarias, alcanzando una de ellas a Long Ma, que cayó herido a tierra. Xiao se acercó a ellos riendo a carcajadas, atrapó con una de sus titánicas manos al dragón-caballo, y lo engulló como si fuera un pastelito de arroz. Los cuatro guerreros estaban espantados, y veían cerca su fin, pues no había forma humana de escapar de aquel poderoso y gigantesco demonio. Cuando se disponía a engullir a Pablo, éste logró invocar a un último animal, Jiao, el dragón de los pantanos, que llegó allí instantáneamente, arrojando lodo sobre los ojos del demonio.

Alberto - ¡Rápido, es nuestra única oportunidad de escapar de aquí! No tardará en recuperar la visión, y no quiero estar presente cuando eso suceda.

Jiao los alejó de allí a toda velocidad, y los depositó suavemente en el Di Yu, el infierno chino…

Alberto - ¡Estupendo, salimos del fuego y caemos en las brasas!

Javier – ¿Acaso prefieres regresar con tu amigo Xiao y servirle de aperitivo?

Pablo – El libro es extraño, porque a la vez que nos ayuda, nos crea serios problemas.

Diego – Deja que termine con ese maldito libro.

Diciendo esto, se abalanzó contra el ejemplar mágico y le clavó la katana, pero el libro desintegró el arma enseguida.

Alberto – No hay nada que hacer, tenemos que adentrarnos en el infierno chino.

Javier – Que no se diga que cuatro maestros de las artes marciales se asustaron ante una insignificancia.

Pablo – Sí, claro, ¡menuda insignificancia! El reino de los muertos, del que ningún alma ha escapado nunca.

De pronto, la tierra rugió con furia, abriéndose la superficie, y formando un enorme abismo, al que cayeron los cuatro guerreros. Durante largas horas estuvieron cayendo al vacío, hasta que llegaron al río interior. Como pudieron, llegaron nadando a la margen derecha, donde un siniestro personaje parecía estar esperándoles. Se trataba de Yan Luo, el gobernante del infierno.

Yan Luo – Bienvenidos al reino de las almas perdidas. Os aguardan terribles torturas eternas.

Javier – Muchas gracias por la invitación, pero resulta que tenemos prisa. Tal vez en otro momento.

Diego - ¡Vámonos de aquí, antes de que sea demasiado tarde!

Yan Luo se volvió un gigantesco ser, con afilados dientes que babeaban azufre y ácido sulfúrico. Con sus enormes garras afiladas, trataba de atrapar a los guerreros, pero Pablo había logrado conjurar una esfera de plasma, que impedía que les atrapase.

Yan Luo – De nada te valdrán tus trucos de magia. Estás en mis dominios, y aquí mando yo.

Dio una palmada, y la esfera protectora se disolvió, dejando a nuestros héroes a merced de Yan Luo. Ya se disponía a devorarlos, cuando apareció Guan Yin, espíritu chino de la compasión, que se los llevó de allí montados en su manto mágico. Cuando ya se hallaban a salvo, les dijo con voz amable:

Guan Yin – Solamente podré ayudaros una vez, de modo que la próxima vez moriréis.

Diciendo esto, cogió una nube y la convirtió en un velero, que situó en el mar, y dentro del mismo, colocó a los cuatro guerreros, diciéndoles que navegaran siempre hacia el oeste. Luego se desvaneció.

Diego - ¿Dónde estamos ahora? Todo esto es muy extraño. Déjame ese maldito libro, que lo arrojaré al mar.

Pablo le dio el libro, y cuando Diego se disponía a lanzarlo por la borda, ocurrió algo extraño.

Diego – Siento una fuerza inmensa. Pablo, me parece que el libro también está actuando en mí…

Diego señaló con una mano a las velas del barco, y éste comenzó a navegar a gran velocidad hacia el oeste.

Alberto – Todo esto escapa a la razón. Ese libro encierra algún secreto inescrutable.

El barco navegaba tranquilamente por aquel sereno mar, hasta que de pronto, la vela se rasgó inesperadamente, apareciendo Li, el dragón del mar, dispuesto a destrozar el barco y hundirlos para siempre en aquel piélago desconocido. Entre Javier y Pablo engancharon a Liu con su kusarifundo, un arma consistente en dos pesas, unidas por una cadena. Li cayó a la cubierta del barco, gravemente herido,

y fue rematado por Alberto, que le cortó el pescuezo con su katana. Diego hizo levitar al dragón con una mano, y lo arrojó al mar, donde otro dragón lo engulló de un bocado.

Alberto – Esto no puede ser. ¡Otro dragón, y se trata del temible Shenlong, el dragón de la lluvia!

Shenlong levantó sus patas delanteras, y el cielo se tornó negro como el carbón, y del mismo cayeron unas gotas, luego una fina lluvia refrescante, seguida de un chaparrón tremendo, y por último, se elevaron enormes columnas de agua del mar, que zarandeaban el barco de un lado a otro.

Shenlong – ¡Estáis a mi merced, pobres mortales!

Diego unió sus manos a las de Pablo, y juntos, invocaron al rey dragón, que rajando con sus mágicas uñas las columnas de agua, las iba convirtiendo en suave brisa marina. Luego se encaró con Shenlong, y le escupió una llamarada de fuego, mezclada con trozos de hielo afilado, pero Shenlong sólo recibió pequeños rasguños, y enfurecido, se lanzó contra el rey dragón, arrancándole una de sus patas de un mordisco. El rey dragón le lanzó azufre envenenado a los ojos, pero Shenlong lo disolvió con una enorme ola, y luego envió una burbuja de agua a la cabeza del rey dragón, que cayó al mar muerto. Entonces, Pablo y Diego encontraron una invocación en el libro que podría ayudarles. Concentrando sus fuerzas, llamaron a Jingwei, la hija del Emperador Yandi, señor de los tres reinos. Jingwei sufrió el maleficio de Yomi, señora de la tenebrosa tierra de los muertos, y desde entonces, vive obsesionada con llenar el mar de ramas y piedras. Jingwei lanzó millones de piedras a aquel mar misterioso, y casi logra secarlo, cuando Shenlong abrió su boca, y del fondo marino se formó un gran remolino que se tragó el barco con todos dentro. Luego, Shenlong y Jingwei se fundieron, y formaron un arcoíris.

Durante mucho tiempo, estuvieron cayendo hacia el fondo marino, y al llegar al lecho del mar, encontraron una sorpresa mayúscula.

¡La mismísima Yomi se había bebido toda el agua, y ahora se encontraban nuevamente en sus dominios, los pantanos malditos! Yomi describió un remolino con sus dedos, y acto seguido, se formó un maremoto en los pantanos. Las enormes olas se aproximaban hacia los guerreros, y cuando se encontraban a pocos metros, se fueron convirtiendo en pestilentes demonios de tres metros de altura, horripilante aspecto, garras afiladas como cuchillos y una mirada intensa que helaba el alma. Cuando ya estaban a pocos metros de los guerreros, Pablo invocó tres elementos: un diminuto Sol, un rayo de luz pura, y una bola de fuego, y mezclándolos, formó un poderoso haz mortal, que envió sin demora hacia algunos de aquellos demonios, acabando con ellos al instante. Por su parte, Diego invocó la oscuridad, una diminuta luna, y una bola de agua cristalina, que mezcló, dando lugar a una potente exhalación mágica, que terminó con la vida del resto de demonios.

Yomi – Veo que vuestros poderes aumentan por momentos, y eso me gusta, pues el combate será más interesante. Pero basta de charlas, acabaré con vosotros ahora mismo.

Dicho esto, provocó un tremendo terremoto, y resquebrajó la tierra tan profundamente, que miles de demonios salieron de los abismos malditos, dispuestos a exterminar a los cuatro guerreros.

Javier y Alberto pensaron que si los cuatro tocaban a la vez el libro, podrían adquirir todos los poderes del mismo. En efecto, hicieron tal cosa, y al instante, el libro se desvaneció, apareciendo en su lugar Pangu, el primer creador, el cual, elevando su mortífera hacha, asestó un tremendo golpe a los demonios, enviándolos de nuevo al infierno maldito, luego volvió a golpear con su arma, pero esta vez en el suelo, hundiéndolo varios metros, y separando la luz de las tinieblas. Yomi se rebeló, y atacó con todas sus fuerzas a Pangu, pero un poderoso escudo protector lo envolvía, rechazando todas las acometidas de Yomi. Los cuatro guerreros aprovecharon que Yomi estaba atacando, para terminar con su vida, enviándole cientos

de rayos púrpura de plasma puro, que hicieron que explotara y desapareciera para siempre, entonces, de sus cenizas se formó un pequeño remolino, que fue creciendo más y más, hasta tornarse un espectacular tornado gigantesco, que absorbió a los guerreros, llevándolos por los aires como si fueran plumas de ganso. Durante tres días estuvieron a merced del remolino, hasta que finalmente, cayeron al mar. Estuvieron nadando sin rumbo fijo, en aquel inmenso mar tenebroso, pero tras varias horas, se les presentó un enorme dragón amarillo, que escupió diez soles en miniatura, que rodearon a los guerreros. El calor era insoportable, y la temperatura no paraba de aumentar. Si no escapaban pronto de aquel horrible lugar, pronto perecerían sin remedio. Pero los cuatro guerreros, empuñaron sus katanas con una mano, mientras con la otra hacían círculos en el agua, y de ésta, emergió Yi, el arquero celestial, que disparó a los soles, derritiéndolos en el mar. Solamente dejó uno, que ascendió a las alturas y permaneció allí, brillando y borrando las tinieblas de aquel lugar. El dragón, enfurecido, engulló a Yi, y después se sumergió en el fondo marino. Los cuatro guerreros quedaron atónitos, pues pensaban que Yi estaba muerto.

Alberto – Quizás Yi sea uno de los nueve dioses inmortales.

Diego – Ya murió Yomi, señora de la tenebrosa tierra de los muertos, ahora toca derrotar a Yamata, el dragón marino de ocho cabezas.

Pablo – Estoy dispuesto a enfrentarme a cualquier rival. Con los poderes que nos transmitió el Íyime, somos muy poderosos, y si permanecemos juntos, no habrá rival que nos venza.

Javier – No debemos confiarnos. Estoy seguro de que todavía no hemos visto a un rival realmente poderoso.

Siguieron nadando y nadando, hasta arribar a una solitaria playa, donde descansaron de todo aquel ajetreo. Después de dormir durante siete días consecutivos, al fin despertaron.

Pablo – El tiempo parece no transcurrir en estos extraños lugares.

Javier – Es cierto, aparentemente, no hay días ni noches, igual que en un sueño.

Alberto – Creo que estamos en un profundo y extraño sueño, algo mágico.

Construyeron una embarcación con las maderas que había por la playa, y se embarcaron nuevamente. El mar parecía sereno, y el sol brillaba en lo alto, mientras una suave brisa los llevaba, meciendo el barco ligeramente. Pero, en aquella extraña ensoñación en la que estaban inmersos, no existía la calma, y así, una nueva criatura mítica se les presentó, se trataba del demonio del mar, Gong Gong, que clavando las garras de su diestra en el mar, provocó enormes olas, mientras con su siniestra clavada en el cielo, ocasionó lluvias torrenciales. Con agua por todas partes, el barco parecía un cascarón de nuez a voluntad de las enormes ondas marinas, sacudido constantemente. El casco no podría resistir un minuto más, pues ya empezaba a hacer agua y a resquebrajarse. Todo parecía perdido, cuando Alberto y Diego invocaron ayuda, y apareció el dragón Yu, sobre el cual iba cabalgando Nuwa. Mientras Nuwa desviaba la lluvia hacia tierra firme, formando mansos ríos y tierras fértiles, Yu susurraba a las olas, calmándolas y volviéndolas tranquilas. Gong Gong, enfurecido tremendamente, profirió un gran grito, y luego desapareció entre una espesa bruma. Los cuatro guerreros llegaron a un estrecho canal artificial que estaba excavado entre dos altas montañas y en cuyo final se vislumbraba un lago.

Alberto – Estad alertas, es un lugar idóneo para tender emboscadas.

Javier – Yo siempre estoy alerta. Nací preparado.

De improviso, una lluvia de flechas comenzó a caer sobre ellos, aunque a Diego le había dado tiempo de conjurar un escudo protec-

tor. Pero no sería suficiente, pues a las flechas les sucedieron titánicas rocas incendiarias, lanzadas por colosales catapultas situadas en la cima de la montaña Buzhou. Pablo agitó su mano diestra, y las rocas fueron desviadas hacia las catapultas, que quedaron totalmente destruidas. Javier conjuró a un gran cancerbero, que devoró a las tropas que asaeteaban a los cuatro guerreros. Gong Gong, enfurecido aún más que antes, destruyó con su cola el monte Buzhou, y las rocas formaron una presa, que impedía el paso de los guerreros hacia el lago. Diego, en un ataque de rabia, conjuró a Zhu Rong, señor del fuego, y éste dio un ígneo abrazo a Gong Gong, que quedó convertido en cenizas, posteriormente, derritió las rocas que tapaban el paso al lago y desapareció en el horizonte. Por fin llegaron al tranquilo lago, que estaba rodeado de unas casas de madera que formaban un poblado. Allí fueron bien recibidos por sus habitantes, que celebraron durante tres días consecutivos la muerte del malvado dragón marino. Les llevaron hasta la cabaña del jefe del poblado, que les informó de dónde podrían encontrar al malvado Susanowo, maestro del viento y la tormenta. Debían ir a Xuan Pu, tierra encantada, situada sobre la cumbre de la montaña Kunlun. Durante varios días estuvieron caminando por un terreno que se iba haciendo cada vez más empinado e intransitable. Cuando por fin llegaron a la cumbre, encontraron a un anciano de apariencia amable y tranquila. Le preguntaron dónde podrían encontrar a Susanowo, y éste, riéndose, movió su mano derecha en círculos grandes, y con la izquierda, construyó un laberinto de la nada, en el que encerró a los guerreros. Los cuatro trataron de derribar los muros con magia, pero nada pudieron hacer.

Pablo – Ese viejo era Susanowo, nos ha engañado.

Javier – También nos ha arrebatado la magia que nos proporcionó el Íyime. Volvemos a ser simples guerreros.

Diego – Yo no diría simples. Somos maestros de las artes marciales. No debemos asustarnos por un simple laberinto.

Recorrieron durante horas aquel intrincado dédalo, más no acertaban a encontrar la salida de aquella trampa, hasta que por fin, algo nuevo sucedió. Encontraron a un anciano sentado en una roca, y se les presentó diciendo que era Huang Di, el primer chino, y que llevaba un milenio encerrado en aquel lugar. Nada más hablarles, una pared se resquebrajó, saliendo de ella un guerrero con una brillante y dorada armadura. Dijo que era Chi You, señor de la guerra, y empuñando su espada, trató de decapitar al anciano Huang, pero no lo logró, porque de otro muro que caía, apareció otro guerrero, que paró el golpe con su lanza. Dijo ser Xuan Nu, y que llevaba cientos de años recorriendo el laberinto en busca del malvado Chi You, para matarle. Sacó una semilla de una bolsa que llevaba atada al cinturón, y se la dio a comer al anciano Huang, que sorprendentemente, se volvió joven y fuerte. Ambos atacaron a Chi you, pero éste escapaba ágilmente a todos sus ataques, y parecía más fuerte que los dos guerreros juntos. Entonces, se unieron a la pelea los cuatro jóvenes, y entre los seis, lograron derrotar a Chi You, que al morir, soltó una sangre ácida que corroyó el laberinto, convirtiéndolo en simples guijarros. Ya eran libres, y los dos míticos guerreros se despidieron de nuestros héroes, deseándoles suerte en su búsqueda de Susanowo. Continuaron caminando por aquel extraño paraje, cuando de pronto, volvió a aparecer Susanowo, que riendo, conjuró unos nuevos muros, con enormes torres defensivas, desde donde unos guardianes armados con ametralladoras, custodiaban a los nuevos reclusos, los cuatro guerreros. Tras hacer ese conjuro, volvió a desaparecer, llevado por el viento del norte.

Diego trató de correr hacia uno de los muros, pero una ráfaga de ametralladora lo frenó, y unos guardianes desarmaron a los cuatro guerreros, llevándolos a las mazmorras. Desarmados, exhaustos y desanimados, pensaban la manera de fugarse de aquella fortaleza. No se les ocurría nada, pues todo estaba repleto de cámaras, los duros muros de acero tenían un grosor de más de un metro, los

guardias estaban armados hasta los dientes, y fuera, había patrullas con feroces perros rodeando la fortaleza día y noche. Todo parecía perdido, cuando de pronto… un gran estruendo hizo temblar hasta los cimientos del edificio, y el muro norte de la fortaleza prisión cayó hecho pedazos. El causante de tal estropicio, no era otro que el temible Cai Shen, señor de la abundancia, que acudía al rescate de los guerreros. Tras matar a decenas de guardias, llegó hasta la celda de los cuatro guerreros, y matando al centinela con su hacha mágica, derribó la puerta de una patada mortal. Les dijo que subieran a su tigre, y fueron hasta la armería, donde se abastecieron de todo tipo de armas, y luego los dejó en un lugar seguro. Pero nuevamente se les presentó Susanowo, que riendo a carcajadas, les dijo que todo había sido un conjuro de sueño, y que nada de lo ocurrido había sido real. El poderoso Susanowo llamó a Chang E, la cual los apresó con haces de luz lunar y los llevó hasta su morada en la luna. Allí se celebraba una gran fiesta en honor del Emperador de Jade, y los ocho inmortales habían acudido con sus mejores galas. El Emperador cumplía cincuenta mil años, y a Chang E se le ocurrió regalarle a los cuatro guerreros. El Emperador movió el meñique izquierdo, y los guardó en una bolsa mágica, que introdujo en un bolsillo de su atuendo. Tras beber todos del elixir mágico de la inmortalidad, el Emperador se retiró a su lugar de meditación, llevando a los guerreros en su bolsillo. Si no escapaban pronto de allí, pasarían quinientos años encerrados. Había que hacer algo, y pronto. Pero, ¿cómo podrían escapar de aquel poderoso ser? Por suerte, Feng Bo, señor del viento, y su aliado Dizang Wang, el salvador de los muertos, se habían conjurado contra el Emperador de Jade, y resucitando a los espíritus de los antiguos guerreros ancestrales, rodearon al Emperador. Éste, viéndose solo e indefenso, les lanzó una nube, y luego la bolsa que contenía a los cuatro guerreros, esfumándose después. Dizang Wang recogió la bolsa, pensando que contendría algún poderoso secreto de la inmortalidad, pero al abrirla y ver a los guerreros, se enfureció tanto, que trató de matarlos. Kuixing, uno de

los guerreros resucitados, le propuso que mejor podrían ser usados para su deleite y diversión, y los encerró en una bola de cristal, que luego lanzó al abismo maldito. Allí serían puestos a prueba, pero no cayeron en el abismo maldito, porque el Emperador de Jade, compadecido finalmente por los guerreros, sopló una nube, que trasladó a los guerreros al mar del sur, donde Matsu los recogió con una suave ola y los depositó en la orilla. Creyendo que al fin estaban a salvo, se pusieron a dormir, pues estaban agotados de aquel ajetreo. Mientras dormían, Susanowo, que cabalgaba sobre Dilong, el dragón de la tierra, los atrapó con una red, que ató a los lomos del dragón. Cuando estaban bastante altos, los soltó al vacío, riendo, mientras pensaba lo divertido que sería verlos aplastados contra el suelo, pero de la nada apareció una nueva criatura, Ba She, una enorme serpiente, devoradora de dragones, que engulló a Dilong, y sobre la que cayeron los cuatro guerreros. Poco le faltó a Susanowo para no ser engullido también… La serpiente los llevó a su madriguera secreta, donde vomitó los restos del dragón, y se los ofreció como alimento a Nian, la gran bestia. Nian era ciega, pero su olfato detectó la carne humana, y le pidió a la serpiente que le diera aquel suculento manjar. La serpiente no pudo encontrarlos, porque estaban escondidos entre sus escamas, y Nian, furiosa porque no obedecía, engulló a la serpiente. Los guerreros escalaron a la bestia ciega, y clavaron sus katanas en su cerebro, matándola. Susanowo descendió junto a los guerreros, y les agradeció que hubieran matado a la bestia, que con un extraño conjuro, lo tenía prisionero en aquel malvado espíritu inmortal. No hubo terminado de agradecerles aquel gesto de valentía, cuando fue destrozado por una multitud de bolas de fuego y azufre, muriendo finalmente. Amaterasu lo había matado, y se disponía ahora a fundir en ácido puro a los guerreros.

Alberto - ¡Estamos perdidos! Es la criatura más poderosa después del Emperador de Jade. No tenemos nada que hacer con nuestras armas.

Javier – Tú lo has dicho, después del Emperador de Jade…

Uniendo sus katanas, fueron clavándolas y desclavándolas de los cuatro puntos cardinales, y luego invocaron al Emperador de Jade, que bajó montado en una nube, y dando una fuerte palmada, aplastó a Amaterasu.

Emperador de Jade – Habéis sido muy valientes enfrentándoos a multitud de poderosas criaturas, y muy astutos, por lo que quiero haceros un regalo. El grado sumo de las artes marciales. Os llevaré luego al portal de los vientos, desde donde podréis volver a vuestro hogar.

Alberto - ¿Qué? ¡Ah! ¡Ay, qué golpe me he dado con la mesilla de noche!

Diego – Y que lo digas, menudo sueño debes haber tenido. No hacías más que dar vueltas y patadas, nombrando a todas las criaturas de la mitología china.

Pablo – Debe haberle sentado mal el pollo agridulce.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, cuando en la estancia donde se encontraban, se abrió un agujero, que fue haciéndose más y más grande, hasta engullir a los cuatro guerreros. Estaban dentro de un enorme remolino de aire, que giraba cada vez con mayor fuerza, haciéndoles perder el conocimiento. Al despertar, su sorpresa fue mayúscula, pues se hallaban en un suntuoso jardín, lleno de estatuas de leones. Se acercaron a una de las estatuas, y ésta, empezó a resoplar, luego rugió con fiereza, e intentó arañar a Diego, el cual pudo esquivar el zarpazo con un ágil movimiento. Despertaron todos los leones de piedra, que rodearon a los guerreros. Una calma tensa invadió aquel cuidado jardín, hasta que por fin… Dos de los leones atacaron a Pablo, que de un poderoso salto, se situó sobre uno de ellos, clavándole la katana y atravesando al animal, que se rompió en mil pedazos, el otro giró bruscamente, y Pablo se dirigió en carrera

hacia su oponente, cortándole la yugular. Diego y Javier atacaron a varios leones con las estrellas, mientras Alberto fue hacia el que parecía el líder de la manada, el cual llevaba un extraño colgante en su pescuezo. Trató de arrebatárselo, pero el león corría más que él, y pudo zafarse de su ataque. Pablo y Diego lanzaron a Javier por los aires, y con un grácil movimiento, llegó hasta la fiera pétrea, arrebatándole el colgante. Nada más hacer eso, los leones se convirtieron en fina arena. Javier se colocó el colgante en el cuello, esperando quizás adquirir algún poder sobrehumano, pero se convirtió en un toro de piedra, y se puso a trotar alrededor de los otros tres guerreros, que se mantuvieron en alerta. De repente, el toro expulsó fuego por su boca, pero por suerte, no alcanzó a ninguno de los tres. A continuación, los sorprendió con un rayo helador, que sí logró alcanzar a los guerreros, dejándolos inmovilizados. La fuente que se encontraba en el centro del jardín, se abrió en dos, y de ella emergió un siniestro personaje, que levitando en el aire, les habló así:

Aeternum – Soy Aeternum, señor de los sueños, y vosotros sois mis prisioneros. Estaréis por toda la eternidad vagando por infinitas pesadillas macabras, para mi deleite.

Dicho esto, señaló con una mano a los guerreros y al toro ignívomo, y los envió a un autobús que iba a 120 km por hora por una extraña autopista. Ya no eran guerreros, y el toro había recuperado su forma anterior humana. Ahora eran cuatro niños indefensos, montados en un autobús a toda velocidad, por la autopista de la muerte. Tras el autobús había varios coches de carreras, disparando esferas de metano y azufre. El vehículo en el que viajaban, portaba a un atípico conductor, que llevaba la cabeza sobre su mano derecha, mientras conducía el autobús dando tumbos y esquivando los proyectiles que le enviaban aquellos coches. De improviso, los coches dejaron de perseguirles, lo cual alivió a los cuatro niños, pero hicieron eso porque… ¡horror, se terminaba la autopista, y se dirigían a un precipicio! Ya asumían una muerte segura, cuando… el autobús cayó

suavemente, como si fuera una ligera pluma de ganso. Estaban en una ciudad en ruinas, y el conductor, antes de explotar en mil pedazos, sonrío con una mueca horripilante, y abrió las puertas del vehículo, dejando el paso expedito a una multitud de zombis espeluznantes. Los cuatro niños lograron atrancar las puertas arrojando los asientos, que estaban en un estado lamentable de conservación, pero ya se habían metido en el autobús seis zombis, y se dirigían a ellos.

Pablo – Por suerte son muy lentos y torpes. Si les arrojamos los asientos que quedan, podremos hacerles caer al suelo, y una vez allí, acabar con ellos será fácil.

Javier – Pues ahí va el primer asiento.

Le dio a un zombi en toda la cabeza, haciendo que ésta saliera por el cristal delantero. Diego arrojó otro asiento, que derribó a dos zombis a la vez, y Alberto acabó con ellos con sus puños.

Alberto – Son muy débiles, podemos matarlos con nuestras manos.

Ya se las prometían felices, cuando de repente, el techo se empezó a rajar, y asomaban unas larguísimas garras, que adivinaban la horrible y poderosa criatura monstruosa que venía tras ellas. Los cuatro decidieron abrirse paso a puñetazo limpio por el autobús, y salir a toda prisa por el cristal delantero del vehículo. No fue difícil salir del auto ómnibus, y corrieron delante de aquella criatura de garras afiladas, lograron meterse en una casa abandonada y atrancaron la puerta. De momento estaban a salvo… Pero la criatura no tardó en derribar la puerta y entrar, y con lentos pasos, se fue acercando a los niños, dispuesta a devorarlos de un bocado.

Javier - ¡Engulle esto, maldita bestia!

Javier le había arrojado un barril de disolvente, y tras éste, una cerilla encendida, que hizo que el barril explotase, dejando las paredes

y el techo perdidos de sangre y vísceras de quién sabe qué cosa del averno… La explosión había destrozado la puerta, permitiendo que se colaran cientos de zombis, de manera que obligó a los niños a correr hacia el interior de la vivienda abandonada. El suelo estaba muy deteriorado, y los cuatro niños cayeron a un amplio pozo interior. La gélida agua del pozo comenzó a girar, formando un remolino, el cual arrastró hasta el fondo a los niños.

Aeternum – Me divierto mucho con vosotros, pequeñas criaturas humanas.

Diciendo esto, agitó sus manos, y el remolino llevó a los niños a un lago, que estaba rodeado por columnas de agua altísimas. Los niños trataban de llegar a la orilla, pero al acercarse a alguna de las columnas acuosas, éstas los repelían con una ola, enviándolos nuevamente hacia el centro del lago. Estaban angustiados, desesperados, y perdían ya la esperanza de escapar de aquel maldito lugar, cuando de pronto, apareció una sombra bajo ellos. ¡Era un gran tiburón blanco, que abrió su tremenda boca de par en par! El tiburón no paraba de nadar alrededor de los niños, pero no atacaba, por lo que Pablo pensó que tal vez, si se metían en la boca del animal, podrían salir de allí, y en efecto, fueron entrando en el tiburón, y saliendo por una ventana, y entrando por otra ventana más pequeña, que daba a una casa abandonada…

Aeternum - ¡Cuán lamentables son los humanos! ¡Estáis a mi merced! ¡Jamás escaparéis del mundo de las pesadillas!

Recorrieron aquella casa, huyendo de los zombis, y lograron llegar a una gran estancia segura, que atrancaron con un archivador de hierro. La habitación estaba llena de ordenadores de última generación, conectados todos a un ropero de madera carcomida.

Alberto – Esto se está volviendo cada vez más raro, y aunque no nos matan, jamás podemos salir.

Diego – Yo creo que deberíamos actuar de otra manera. En lugar de huir, tendríamos que hacerles frente. No debemos temer a esas criaturas, puesto que somos más inteligentes que ellas.

Javier – Primero veamos qué hay en ese ropero. Es muy extraño que los cables de las computadoras salgan de allí.

Javier se arrimó al ropero y lo abrió cuidadosamente. La chirriante puerta cedió a la podredumbre que le afectaba, y cayó desmenuzada al suelo, dejando ver el interior de aquel mueble cochambroso. Una brillante luz lo invadía todo. Javier, lleno de curiosidad, quiso tocar con sus manos aquella luz, y de pronto, fue abducido, desapareció ante la mirada perpleja de sus amigos. Pablo no quiso dejar solo a su amigo, e hizo lo mismo. Le siguieron Alberto y Diego. Ahora estaban en la base de un imponente volcán, que inoportunamente entró en erupción. Las rocas y cenizas ascendían a lo más alto del firmamento, mientras una lava viscosa bajaba a gran velocidad por sus laderas, acercándose peligrosamente a los cuatro guerreros. Ya habían llegado a la playa de lo que parecía ser una isla, pero la lava continuaba acercándose, y además, la marea subía sin cesar, empezando a inundar la isla.

Pablo – Esto se hunde, debemos escapar de aquí.

Diego – Habíamos dicho que dejaríamos de huir, y que plantaríamos cara a nuestros enemigos.

Alberto – Tienes razón, no pienso correr más, ya estoy harto. Lucharemos hasta el último aliento, y si tenemos que morir, lo haremos con honor, como guerreros que somos.

Nada más decir eso, surgió de la nada una esfera negra, que giraba a gran velocidad. A continuación estalló en mil pedazos, que se unieron como por arte de magia, formando una espectral figura cuya voz reconocían. ¡Se trataba de Aeternum, el brujo que los tenía allí presos,

en esas pesadillas sin fin!

Aeternum – ¿De veras pretendéis hacerle frente a mis criaturas? ¡Ahora sabréis el verdadero significado de la palabra miedo!

Apuntó con sus dedos hacia el cielo, que oscureció por momentos. Miles de rayos cayeron por doquier, mientras el estrépito de los truenos daba paso a unas extrañas criaturas maléficas, que descendían batiendo sus alas a mucha velocidad. Eran legiones de demonios, que clavaban sus miradas en los cuatro guerreros. Llenos de odio e ira, se aprestaban a torturar las almas de los niños, que como podían, les alejaban arrojándoles piedras, pero estaban rodeados de aquellos horribles seres, y no había escapatoria por ninguna parte. El fin parecía cercano, la esperanza se desvanecía, cuando de repente…

Alberto – ¡Por aquí, por este agujero!

Un extraño vórtice se había abierto a su lado, y frente al horror de morir desgarrado por aquellos monstruos, los cuatro niños decidieron atravesar aquel vórtice repentino. Durante horas viajaron por un largo y sinuoso túnel, que los llevó a una pequeña ventana, la cual, una vez atravesada, los puso en una mazmorra. Una risa gélida se coló en sus mentes, sin duda era de Aeternum, que una vez más, se burlaba de ellos, haciéndoles correr y correr, huir mil veces de sus criaturas de pesadilla, y siempre terminaban encerrados, atrapados en algún lugar extraño y peligroso.

Javier – Ya me tiene más que harto ese Aeternum. Cuando me lo eche a la cara verá lo que es bueno.

Diego – Ni lo nombres, no sea que aparezca otra vez ese engendro.

Pablo – Habría que buscar una salida, y luego armas.

Alberto – Pero no armas convencionales, sino unas especiales que nos libren de ese Aeternum para siempre.

Pablo – Armas especiales, dejar de huir, afrontar a nuestros enemigos… ¡Ya lo tengo! Sé cómo acabar con Aeternum.

Javier – Ya nos dirás cómo, somos todo oídos.

Pablo – No sé cómo no se me había ocurrido antes. Es muy sencillo. Se trata de usar nuestra imaginación. Estamos en un sueño, y la imaginación es el arma más poderosa que existe en este mundo.

Alberto – No es mala idea. Propongo que pensemos que somos grandes guerreros, con armamento novedoso, nunca visto antes, para que no pueda contraatacarnos.

Diego – Yo usaré mi fuerza titánica.

Diego le dio una patada a la puerta de acero, y la derribó fácilmente, permitiendo la evasión de aquella pequeña mazmorra. Habían salido a un pasillo repleto de cañones láser, y un soldado se disponía a darle al interruptor para freírlos, cuando…

Pablo – Ahora es mi turno. Yo emplearé mi velocidad supersónica.

Pablo corrió más deprisa que los dedos del soldado, y pudo neutralizar a su enemigo, haciendo posible que sus compañeros salvaran el peligro de los láseres. Aquello enojó tremendamente a Aeternum, que volvió a presentárseles, y mirando hacia el cielo, lo volvió negro como la tiniebla, haciendo que cayera una lluvia de ácido sobre los cuatro niños, pero por suerte, Alberto alzó los brazos, y un escudo invisible los protegió de aquella amenaza ácida. Aeternum, del todo encolerizado, conjuró a dos enormes dragones negros, que destrozaron el escudo de Alberto, y se disponían a devorar a los niños, pero Javier agitó su mano derecha, y apareció en ella una brillante espada de fuego, con la que cortó de un solo tajo la cabeza de uno de sus enemigos. El otro dragón revoloteó alrededor de ellos, y luego escupió fuego y azufre, pero Alberto lo desvió con su escudo. Entonces, el dragón rajó el escudo con sus garras, y trató de clavar sus colmillos

afilados sobre Javier, que paró la acometida con la espada, y contraatacó con un certero golpe en el cerebro del monstruo, que cayó muerto a sus pies. Pero Aeternum dibujó un círculo alrededor de los cadáveres de los monstruos, y éstos volvieron a la vida, más fuertes y poderosos que antes. Uno de ellos atacó a Diego, pero éste le sacudió tal puñetazo, que lo derribó, y una vez en el suelo, lo abrazó fuertemente, haciéndolo mil pedazos. El otro dragón voló hacia una montaña cercana, y arrancó enormes rocas con sus patas, que luego fue arrojando sobre los niños. Alberto pudo parar las piedras con su escudo mágico, e hizo que rebotaran hacia el dragón, que hábilmente logró esquivarlas. El dragón volvió a atacar, pero los cuatro niños le señalaron con sus manos, y éste se desintegró. Fue entonces cuando Aeternum se empleó más a fondo, y conjuró un hechizo de sombras, que robó los poderes a los niños, y los dejó sumidos en un profundo sueño. Luego los teletransportó a un lugar frío y húmedo, las mazmorras de su castillo. El suelo estaba salpicado de manchas de sangre, y en las paredes había restos putrefactos de brazos, pegados a los grilletes que los apresaban. Un estrecho ventanuco les proporcionaba la tenue luz que penetraba en la estancia lúgubre en la que estaban, lleno de gruesos barrotes de acero. Al otro lado de la habitación, había una enorme puerta de hierro y madera, de medio metro de grosor, y tras ella, había dos guardias enormes, armados con sendas hachas afiladas, dispuestos a separar la cabeza de los hombros de aquel que osara fugarse. Tras los inexpugnables muros de la fortaleza, había un acantilado de una considerable altura, que terminaba en unas punzantes rocas, y tras las piedras, había un mar siempre embravecido, lleno de fieros y voraces tiburones. No había pues forma humana de escapar de aquel horrible lugar, morada del poderoso brujo Aeternum. Cuando todo parecía perdido, sucedió algo inexplicable: una gran bola de fuego cayó sobre el muro exterior, desintegrándolo al instante. Al fondo, se veía al que la había lanzado. Se trataba de un extraño robot, que flotaba en el aire y brillaba como un pequeño sol. El robot se aproximó a ellos, pero apenas hubo pro-

nunciado dos palabras, una serie de rayos láseres terminaron con él hecho pedazos en el fondo del acantilado. Bueno, salvo un refulgente escudo metálico, que el robot arrojó a los niños antes de recibir aquel mortal impacto. Alberto cogió el escudo, y rápidamente, se acercó a la enorme brecha hecha por aquel soldado metálico, y así pudo parar varios disparos que una nave espacial les regalaba generosamente. Alberto golpeó con aquel escudo la puerta de la celda, y ésta cayó desplomada al suelo, permitiendo la salida de los niños. Por un pelo escaparon, porque otra serie de impactos cayeron en aquella habitación. Corrieron por un largo pasillo, subieron unas escaleras sinuosas, y por fin llegaron a las almenas del castillo, desde las cuales vieron un espectáculo dantesco: miles de robots luchaban denodadamente contra innumerables naves espaciales, cayendo toneladas de acero al abismo. El cielo brillaba con aquellos láseres poderosos, y los niños no entendían aquello. No sabían por qué estaban peleando, ni si debían tomar parte por alguno de los dos bandos. Pablo dijo que el robot les había ayudado, mientras la nave intentó matarles, por lo que estaba claro qué bando tomar.

Dos disparos dieron nuevamente en el escudo, por lo que los niños decidieron volver al pasillo, ya que no había otro lugar al que ir, y en esto estaban, cuando una bomba de protones impactó en ellos y los mató…

Teniente – Comandante, los cuatro elegidos están despertando de la hibernación.

Comandante – Cuando los desinfecten y se hayan vestido, quiero que los traiga al comedor de oficiales, tengo que informarles de su misión.

Teniente - ¡Cómo ordene, mi comandante!

Los cuatro fueron desinfectados, y ya vestían el uniforme especial que les correspondía, de modo que fueron dirigidos al comedor de oficiales, donde el comandante de la nave les aguardaba ansioso, des-

pués de haber tenido que esperar nueve años a que salieran del letargo de la hibernación.

Alberto - ¿Qué desea de nosotros, comandante?

Pablo - ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde está Aeternum? ¿Y las naves que nos disparaban?

Comandante – Habéis tenido mucho tiempo para soñar. Treinta años habéis estado hibernando, y yo os espero desde hace nueve. Mi predecesor, el almirante Arshaunas, fue desintegrado en un combate con los temibles jasaitis, unos horribles seres cuyo mal no conoce límites, sedientos de sangre y anhelantes de la destrucción humana.

Javier – ¿Son alienígenas? ¿De qué planeta?

Comandante – Hemos explorado ya más de doscientos mil mundos habitables, y no hallamos ningún rastro de vida alienígena. Los jasaitis son el producto de un experimento biológico destinado a la explotación de recursos mineros. Al principio obedecían fielmente nuestras órdenes, pero tras la última explosión solar, la onda magnética afectó a esos seres, convirtiéndolos en lo que son ahora, una raza enemiga a la que hemos de exterminar.

Diego – ¿Explotó el sol?

Comandante – ¿A qué sol te refieres? Hemos vivido ya más de quinientas explosiones solares. Llevamos más de dos millones de años huyendo de sistemas solares muertos.

Nave – ¡Atención, alarma, entramos en un campo de meteoritos! ¡Activados escudos de anti materia!

La nave sufrió tremendas sacudidas al atravesar aquel campo de meteoritos, cuya roca menor tendría el tamaño de una casa, pero pese a todo, las rocas iban siendo desmenuzadas a medida que caían sobre el escudo invisible de anti materia. Los cuatro elegidos no daban crédito a sus ojos. Todo aquello era realmente extraño, pues en sus men-

tes, aún seguía el recuerdo de Aeternum, y de cuando eran unos poderosos ninjas en busca de un libro mágico… Estaban convencidos de vivir en el siglo XXI, pero la realidad era muy distinta. Vivían en el año cuatro mil catorce del actual sol, Anuxis, y más de dos millones de años escapando de continuas explosiones de estrellas muertas… La larga estancia en la cámara de hibernación, había alterado sus sentidos.

El comandante les informó de que la nave se dirigía hacia el planeta Paukira, una enorme esfera verde, rica en recursos naturales de todo tipo, un paraíso, si no fuera porque llegaría su fin tras la explosión futura de Anuxis, una estrella grande de categoría alfa. Durante el viaje, les fue poniendo al día de dónde estaban, de los movimientos de sus enemigos, y de su importantísima misión, vital para la humanidad. Ellos eran los cuatro elegidos. Cada uno había recibido un durísimo entrenamiento en el manejo de todo tipo de armas de la segunda época. Durante años recibieron baños ionizados de éter, elemento magistral que lograron encontrar hacia el 85.200 de la primera época, cuando aún se medía el tiempo en antiguos años solares. El éter hizo posible la separación de los cuatro elementos, que posteriormente fueron asignados a cada uno de los elegidos. Javier recibió el fuego, Pablo el agua, Diego el aire, y Alberto la tierra. Durante años de intenso entrenamiento, habían aprendido a manejar esos elementos, pero solamente de forma básica. Quisieron adiestrar a más soldados, pero jamás volvieron a invenir más éter, de modo que aquellos cuatro soldados eran su única esperanza para derrotar por fin a los malvados jasaitis. Para completar su entrenamiento, debían acudir a la gran biblioteca de la nave, y consultar los volúmenes de los cinco elementos, de manera que se subieron a la cinta transportadora, la cual los llevó por interminables pasillos de extraños paneles y compuertas reforzadas, hasta que por fin descendieron por una plataforma de carga, y finalmente, llegaron a una enorme sala, donde se hallaban todos los libros escritos por la humanidad en su larga his-

toria. Fueron hojeando algunos ejemplares al azar, pero todos se desvanecían entre sus dedos.

Javier – Mirad, no queda un solo libro sano, están todos carcomidos, corroídos por el paso del tiempo.

Pablo – Es muy extraño que una sociedad tan avanzada no cuide los libros.

En una pequeña mesa situada en el centro de la gigantesca biblioteca, había un libro, el único que parecía estar en buenas condiciones. A los cuatro guerreros les recorría por el cuerpo un escalofrío, pues temían que aquel libro fuera… ¡El Íyime Karoshi!

Diego – Debe ser una broma, y de muy mal gusto, por cierto.

Javier – Me temo que alguien está jugando con nosotros, nuevamente…

El libro se abrió solo, como por arte de magia, y en su interior apareció una ventana abierta de par en par. Javier se giró, pues una mano parecía llamarle tocándole en el hombro derecho, y al volver la cabeza, vio que se trataba del Comandante de la nave, que sin mediar palabra alguna, les mostró las manos, las cuales comenzaron a crecer desmesuradamente, hasta que pudieron abarcar a los cuatro guerreros, y entonces, los empujó hacia la ventana del libro, por la que cayeron al vacío durante mucho tiempo. Sorprendentemente, no se hicieron el menor daño, pues cayeron suavemente y de pie, al inicio de unas larguísimas escaleras en forma de caracol. Cuando llegaron arriba, entraron en la puerta que daba a una torre. Entraron, y la puerta desapareció ante sus atónitos ojos. La única salida era una estrecha ventana que daba a un precipicio rocoso… ¡Estaban nuevamente en la mazmorra del castillo de Aeternum!

Javier – Ha estado jugando con nosotros nuevamente, pero ya me estoy hartando de ese brujo de tercera, y cuando lo tenga a la vista, sabrá quién es Javier.

Nada más proferir aquellas amenazas, Javier, y sus amigos, contemplaron anonadados, cómo aparecía en la mazmorra una sombra negra, que poco a poco, fue dibujando la figura de Aeternum.

Aeternum – Aquí estoy, demuéstrame de lo que eres capaz, marioneta.

Javier se abalanzó hacia el brujo, pero éste giró su meñique izquierdo, y el suelo se abrió bajo los cuatro guerreros, que cayeron nuevamente al abismo. Cuando por fin llegaron al final, vieron que estaban en un gran salón lleno de espejos. Comenzaron a romperlos todos, hasta que no quedó uno entero, pero los cristales rotos fueron agrupándose, hasta formar una enorme esfera de cristal, que terminó explotando. Cayeron al suelo mareados y confundidos.

Javier – Ya sé lo que ha ocurrido, ese maldito brujo nos tenía encerrados en una esfera de cristal, y estábamos atrapados en una interminable pesadilla.

Pablo – ¡Claro, y al romperse el cristal, hemos podido liberarnos de ese extraño artefacto mágico!

Ahora se hallaban entre dos enormes muros de piedra, y solamente había una puerta, que cruzaron sin más dilación, dándose cuenta enseguida de que estaban dentro de un laberinto… Tras caminar durante horas perdidos, vieron cómo se les acercaba un perro pequeño, que les miró fijamente, ladró dos veces, y agrandó su tamaño, convirtiéndose en una enorme bestia de piedra. Aquel monstruo pétreo intentó dar un zarpazo a los guerreros, pero hábilmente pudieron esquivarlo, y dos de ellos lograron subirse a lomos de aquella criatura horripilante. El perro de piedra se dirigió hacia Pablo y abrió sus fauces, de las que salieron unas ardientes llamaradas, pero Pablo, al cubrirse con los brazos, creó un escudo de piedra, que resistió el ataque.

Pablo – ¡Hemos recuperado nuestros poderes mágicos!

Alberto – Ahora sabrá lo que es bueno ese engendro perverso.

Diciendo estas palabras, apuntó con sus manos al perro, paralizándolo, lo cual aprovechó Javier para arrojarle unos cuantos rayos, y remató el ataque Diego, que había conjurado un látigo de fuego, con el que cortó la cabeza de aquel can del averno. Contentos de haber recobrado sus hechizos, y con mucha moral, por haber derrotado a aquella cosa llameante, prosiguieron caminando por el laberinto. A medida que iban andando por aquel dédalo, iban apareciendo cada vez más y más charcos de agua, hasta que llegaron a tal punto, que no podían avanzar más, pues estaba todo encharcado, formando una gran laguna que parecía no tener fin. Al poco tiempo, acertó a pasar un barco por allí, que les envió un bote para subirlos a bordo. Aquella embarcación estaba repleta de fieros piratas, que no tardaron en apresar a los cuatro guerreros y encerrarlos en la bodega. Pablo se liberó fácilmente de sus ataduras, y señalando con sus manos el casco del barco, abrió una gran brecha, permitiendo así que el agua fuera inundando la nave pirata. Los demás también se desataron con facilidad, y formando un círculo junto a Pablo, crearon una bola de hielo y metal, que atravesó aquel barco, ascendiendo bastantes metros sobre aquella laguna. Cayeron en un islote, donde solamente había un robot destrozado tirado en la arena. Se aproximaron a aquella máquina deteriorada, y… aquel artefacto se levantó como un resorte, y se dirigió a los guerreros en tono amenazante.

Robot – Soy una perfecta máquina de destrozar y aniquilar, y no dejaré de vosotros ni los huesos.

Dicho lo cual, arrojó rayos omega sobre los cuatro, que pudieron parar con sendos escudos de plasma. Luego contraatacaron con rayos láser, pero el robot parecía indestructible, y apenas le hicieron unos rasguños en su carcasa metálica. El robot volvió a atacar, enviándoles lava y azufre, pero Pablo envolvió aquella lava en una esfera mágica, y se la pasó a Javier, que le añadió metal líquido, y se la arrojó al robot,

pero éste la esquivó con facilidad, y luego se abrió en dos, dejando salir a… Aeternum, el cual, levantando las manos, señaló hacia otra isla cercana, convirtiéndola en un volcán en erupción. La tremenda explosión del volcán hizo que miles de toneladas de rocas fundidas y fuego saltaran por todas partes, alcanzando a los cuatro guerreros, pero Javier y Pablo invocaron un escudo protector, que evitó los posibles daños. A continuación, Aeternum juntó sus manos, y dos fuertes corrientes de aire contrarias, empezaron a presionar a los guerreros, tratando de aplastar sus cuerpos. Alberto agitó su mano diestra, y las fortísimas corrientes de aire se convirtieron en suave brisa. Aeternum, más encolerizado que nunca, convocó varias naves, que desde el aire disparaban rayos láser a los cuatro, pero mientras Alberto desviaba los disparos con sus manos, Pablo y Diego hacían aparecer varios cazas, que iban derribando las naves alienígenas de Aeternum, pero éste murmuró unos extraños conjuros, y al instante, las restantes naves se juntaron, formando un colosal monstruo de piedra y acero. Volvió a susurrar unos hechizos, y toda el agua se solidificó, a la par que las olas se convirtieron en enormes paredes de hielo, y el cielo azul, en una pesada y gigantesca roca, que terminó de formar la prisión gélida de los guerreros. Allí estaban atrapados, pues ninguno de los conjuros parecía hacer efecto sobre aquella prisión mágica creada por Aeternum, el temible hechicero de las pesadillas, y para colmo, se acercaba a ellos un enorme monstruo. Los cuatro guerreros concentraron todas sus fuerzas, y uniendo sus manos, forjaron de la nada una espada mística, con la que asestaron un buen golpe al monstruo, pero solamente le causaron una herida, lo cual enfureció aún más al golem de piedra. El monstruo dio un puñetazo a los guerreros, pero hábilmente pudieron esquivarlo. Diego y Javier elevaron a Pablo, el cual, de un tremendo salto, logró encaramarse al hombro derecho del golem, y luego entró por su oído, hasta llegar finalmente al interior de su cabeza. Allí se encontraba el Íyime, y Pablo lo cogió. Fue entonces cuando el monstruo de piedra comenzó a tambalearse y a resquebrajarse, y Pablo tuvo que saltar,

mas su caída fue frenada por Javier, que lo bajó levitando suavemente hasta el suelo. Al caer y destrozarse el golem, desapareció la prisión de hielo, y volvieron a estar sobre el firme de una isla, en medio de aquel laberinto, y frente a Aeternum, pero ahora tenían en sus manos el Íyime, el libro mágico que pretendían destruir…

Alberto – ¡Tenemos el Íyime, y con él te venceremos, maldito brujo!

Aeternum – ¡Ja, ja, ja! ¡Pobres ilusos mortales! Nunca lograréis controlar el poder del Íyime.

Profiriendo estas palabras, el malvado hechicero agitó sus dedos, y en el acto, el Íyime se convirtió en polvo y cenizas. Luego, dibujó un círculo en el aire, y los cuatro guerreros quedaron petrificados. A dicho conjuro, le siguió otro de telequinesis, y los cuatro fueron transportados a la celda de su castillo, nuevamente… Mientras viajaban en el espacio tiempo, los guerreros podían oír claramente la siniestra risa del pérfido Aeternum, que de nuevo les volvía a colocar en el mismo sitio.

Alberto – Estamos perdidos. Jamás saldremos de este lugar.

Pablo – te equivocas. Escondí el libro con un conjuro de invisibilidad. Lo que destruyó el brujo fue una caja de cartón.

Todos respiraron aliviados, pues sabían que algo iba a cambiar, por fin les sonreiría la fortuna.

Cuando el brujo se disponía a enviarlos a otro lugar, para continuar así su eterna diversión, Pablo se apresuró a leer un poderoso conjuro del Íyime, con el cual envió a Aeternum a un intrincado laberinto de piedra… Con el brujo puesto a buen recaudo, el castillo se desvaneció, y los cuatro guerreros aparecieron en un frondoso bosque, cuyo interior les aguardaba…

Caminaron durante tres días seguidos, sin hacer la menor pausa, pues deseaban fervientemente alcanzar el final de aquel misterioso

bosque, esperando no encontrar a ninguna extraña criatura en su camino. Finalmente, viendo que no terminaba nunca la floresta, descansaron en un claro de la misma, y se quedaron dormidos profundamente. A la mañana siguiente, cuál fue su sorpresa, cuando frente a ellos hallaron a un viejo dragón, que con una pata sobre el Íyime, les dijo así:

Dragón – Este libro no se creó para los mortales. Es un volumen maldito, y debe ser destruido cuanto antes, pues mientras más tiempo pase alguien con él, más cerca estará de perder su alma…

Aquel dragón alzó el vuelo y desapareció en el firmamento, con el Íyime en sus garras…

Diego – Bueno, por lo menos no hemos tenido que combatir contra aquel dragón.

Alberto – Desde luego, porque aunque se veía viejo, un dragón siempre es un enemigo difícil de batir.

Tras cuatro días más de duro caminar, por fin llegaron a los pies de una enorme muralla de piedra, que circundaba un castillo. En la torre más alta, se encontraba el dragón que les arrebató el Íyime, pero por momentos, se iba haciendo más y más joven, y ya no tenía aspecto tranquilo, sino todo lo contrario. De un enérgico coletazo, derribó una de las torres del castillo, que cayó hecha pedazos sobre los guerreros, aunque tuvieron reflejos, y lograron conjurar un escudo de energía, que convirtió las rocas en fina arena. Los cuatro guerreros levitaron hasta alcanzar la más alta torre de la fortaleza, y desde allí, iban arrojando fuego y lava a su llameante adversario, pero la dura piel del dragón le salvaba una y otra vez de los ataques de los cuatro. El dragón abrió el Íyime, y formuló un conjuro especial. Al momento, los cuatro quedaron inmovilizados en el aire, y la fina arena que antes formaba una torre, volvió a ser nuevamente consistente, y a formar una prisión pétrea para los atónitos guerreros. Por una estrecha ventana pudieron ver con asombro cómo el dragón

cambiaba de forma. ¡Era el temible Aeternum! No lograban entender cómo había escapado del laberinto, y lamentaban su negra suerte, pues volvían a estar presos del hechicero malvado. Mas esta vez, Aeternum no les había embrujado anulando sus poderes mágicos, y los cuatro guerreros decidieron conjurar un hechizo entre todos, como nunca antes lo habían hecho, algo sorprendente, con fuerza suficiente como para anular al temible hechicero Aeternum. De esta manera, concentrándose entre todos, hicieron aparecer de la nada un vaso de agua, y arrojándolo al aire, mientras formulaban un hechizo arcano, crearon una enorme ola, un asolador tsunami, que se cernió sobre Aeternum, cayéndole de golpe, sin que se lo esperase, y así estuvo el brujo dando vueltas y más vueltas, a merced de aquella ingente onda, que pasó sobre el castillo como una exhalación, llevándose al brujo lejos de allí. Ya pensaban que aquel malvado ser había muerto, cuando de pronto, el cielo se oscureció, y una lluvia cada vez más intensa, comenzó a caer sobre la ola, envolviéndola, a la par que una huesuda mano salía del tsunami, haciendo extraños movimientos, que anularon el hechizo de los guerreros, pues la gran ola fue encerrada en una esfera, que el brujo arrojó bien lejos de allí… Aeternum estaba libre nuevamente… Aeternum les atacó con numerosos rayos, pero entre los cuatro, lograron protegerse conjurando un poderoso escudo invisible. Tanto poder usaron, que finalmente se descontroló, y de la nada surgió una enorme esfera púrpura, que lo envolvió todo. Aquella esfera mágica paralizó a todas las criaturas a su alcance, pero tras forcejear mucho, todos los magos lograron zafarse de ella, mas la esfera seguía actuando, y de ella apareció una menor de color negro, que comenzó a absorberlo todo, cual agujero negro en miniatura. La luz, el sonido, todas las piedras, los árboles… y también estaba atrayendo a los cuatro guerreros y a Aeternum. Vanos fueron todos los esfuerzos por escapar de aquel agujero negro, que los aspiró como si fueran pequeñas motas de polvo. Tras varias horas llenas de incertidumbre, finalmente aparecieron todos al otro lado del agujero negro, que no era más que una puerta interdimensional. Estaban en

un extraño mundo, muy similar a la Tierra, pero parecía un enorme edén. Los ríos eran caudalosos, con un agua cristalina y pura, había vegetación variadísima y abundante, y una multitud de animales exóticos de todas clases, todos mansos. Caminaron durante un tiempo, y no tardaron en llegar a una ciudad colosal, una gigantesca urbe formada por altísimos rascacielos espectaculares, que alcanzaban alturas asombrosas, de unos diez o doce kilómetros. Aquella tremenda ciudad podría albergar fácilmente a cien millones de habitantes. Llegaron a las puertas de la misma, y vieron que estaban cerradas. Los gruesos y altos muros, estaban defendidos por extrañas máquinas armadas, las cuales comenzaron a disparar ráfagas. Los cuatro trataron de cubrirse, pero no iban dirigidos a ellos aquellos disparos, sino a dos grandes sierpes, titánicas serpientes voladoras, que apenas sufrían los impactos de las armas defensivas de aquella imponente megápolis. Las serpientes se dirigieron sin demora hacia el suelo, y allí abrieron una profunda sima, por la que desaparecieron en pocos segundos. Al poco tiempo, volvieron a salir las serpientes, que mordiendo cada una la cola de la otra, formaron un círculo. Cada vez giraban a mayor velocidad, abriendo un extraño portal, del que salió Aeternum… El mago se puso a llorar, y enjugó sus lágrimas con las manos, generando una brillante bola acuosa, la cual arrojó a la megalópolis. Estando a medio kilómetro de la ciudad, la bola se abrió, y se convirtió en una torrencial lluvia, que rodeó la ciudad. Por suerte, los cuatro guerreros se hallaban dentro del escudo protector de la urbe, por lo que el agua no pudo matarlos, aunque se convirtió en una prisión líquida para todos los habitantes de aquella ciudad. A continuación, el pérfido brujo sopló en sus manos, y creó una esfera de aire, que lanzó contra la urbe, y generando así numerosos tornados gigantes, que sacudían el escudo protector tratando de resquebrajarlo. Al final, acabó con el broquel que defendía la ciudad, y comenzó a conjurar una densa niebla, la cual invadió todos los edificios. Los cuatro guerreros temían lo peor, y aguardaban expectantes escondidos tras un montón de chatarra. Al cabo de pocos minutos, oyeron un gran ala-

rido, como si millones de personas gritasen al mismo tiempo. Aquel ruido se escuchaba cada vez más cerca, y más cerca… hasta que…

Pablo – ¡Corred, escapad de esos vampiros!

Javier – Ese maldito Aeternum los ha hechizado a todos, convirtiéndolos en monstruos sedientos de sangre.

Alberto – Será mejor que huyamos de aquí. Ninguna magia podría contener a tantas criaturas…

No tardaron en alejarse a toda prisa de aquel lugar, ahora infestado de temibles vampiros. Cuando todo parecía perdido, cuando las terribles criaturas de la noche les estaban dando alcance… unos vehículos militares, que parecían avanzados tanques, empezaron a disparar a los monstruos, desintegrándolos con cada carga. Uno de ellos abrió la escotilla del carro blindado e invitó a los cuatro guerreros a guarecerse dentro del mismo. Los monstruos no cesaban de llegar, pese a que iban pereciendo sin remedio.

Javier – ¿Con qué munición estáis disparando?

Artillero – Con plata pura, amigo. No pueden resistirlo esos engendros.

Alberto – Pero la plata es carísima.

Sargento – Cerca de la base hay millones de toneladas de plata, no te preocupes, tenemos munición para siglos.

Pablo – ¿Hay una base cerca?

Sargento – Es un complejo en el que hay una base militar, un laboratorio avanzado, fábricas y la antigua colonia. No está en sus mejores momentos, pero aún quedamos unos dos mil para resistir.

Javier – ¿Y los de la ciudad?

Sargento – Ya no son humanos, hace décadas que dejaron de serlo…

Por fin pudieron llegar todos sanos y salvos a aquella base militar, donde dieron orden de doblar la guardia y sembrar más minas anti vampiro, bien cargadas de plata… El sargento del tanque llevó a los guerreros hasta el capitán de la compañía, el cual les informó de que él era la máxima autoridad militar en la zona, pues tras la última oleada de monstruos, murieron muchísimos soldados, y no quedó ningún jefe. Les mostró la zona de las colonias, que antaño albergaba a cientos de miles de colonos, y que ahora tenía apenas dos mil habitantes. Por último, les advirtió de los lugares prohibidos dentro del complejo: el polvorín, el laboratorio y las fábricas.

Pablo – ¿Y dónde trabajan los colonos, si no pueden acceder a las fábricas?

Capitán – En la colonia no es necesario que trabajen, de eso se encargan los robots.

Javier – ¿Y en el laboratorio también hay robots?

Capitán – Quedáis advertidos, acceder a una de las zonas prohibidas, conlleva la inmediata expulsión de la colonia.

Pasaron dos meses en aquel extraño lugar, que más que un refugio, parecía una prisión, y los cuatro guerreros decidieron investigar por su cuenta, pues querían saber qué es lo que hacían en aquellos misteriosos y prohibidos laboratorios… Tras dos meses y medio, al fin llevaron a cabo su plan. Diego los cubrió a todos con una sombra invisible, y así pudieron llegar hasta el acceso del laboratorio, pero la puerta de hierro medía un metro de grosor, y estaba custodiada por dos enormes guardias, armados hasta los dientes. Pablo los aturdió con un conjuro, y a continuación, Alberto reblandeció la puerta como si fuera de gelatina, y los cuatro la atravesaron sin ningún problema. Luego, la volvió a su estado sólido anterior. El laboratorio parecía desierto y abandonado, no había rastro alguno de actividad por allí, y aquello lo hacía más misterioso si cabe. No había ninguna ventana ni puerta, y nadie custodia nada, de manera que debía existir

alguna entrada secreta al verdadero laboratorio… Buscaron durante horas, sin ningún resultado, pues no había ningún resorte oculto, ni botón, ni trampilla escondida… Javier pensó que podría estar celada bajo un conjuro secreto de sombras, y dispersó las sombras mágicas con otro conjuro, e inmediatamente, aparecieron los cuatro en un gigantesco laboratorio, donde se trabajaba sin descanso. Se ocultaron mágicamente, y fueron observando todo lo que allí hacían. Había unas enormes jaulas con unos gorilas humanoides, en otras había vampiros, en otras unos horribles zombis… ¡Se trataba de los antiguos colonos! No murieron en combates, sino que los estaban usando como cobayas humanas. Seguramente los habitantes de la gran ciudad también lo serían, y Aeternum tendría algo que ver con todo aquello…

Modrul – Activad el escáner de aura.

El científico jefe, Modrul, había dado una orden fatídica para los guerreros, pues aquel escáner detectaba el halo de sus cuerpos, y no valía ningún conjuro de sombras para esconderse de aquel avance tecnológico… Modrul elevó un extraño libro, y formuló unos conjuros en voz baja. Se trataba de un poder oculto que anulaba toda la magia de los cuatro guerreros. Luego ordenó que apresaran a los luchadores, y a continuación, invocó a Aeternum. Los cuatro héroes se asombraron al comprobar el poder de aquel siniestro brujo. Ya presentían su final, cuando de pronto… Modrul encogió a Aeternum, y lo encerró en una esfera de contención, a continuación, la hizo estallar, acabando para siempre con Aeternum y su maleficio.

Pablo – Miradlo por el lado bueno, nos hemos librado de esa terrible amenaza.

Javier – Ahora habrá que pensar en cómo escapar de esta prisión militar.

Diego – No siento mis poderes mágicos, no sé cómo nos fugaremos de esta fortaleza.

Alberto – Seguimos siendo guerreros, utilizaremos nuestras habilidades marciales.

Nada más decir esto, Modrul abrió el suelo bajo los pies de los guerreros, y los hizo caer en un profundo foso. Los cuatro oían un extraño ruido que resonaba en aquel hoyo lleno de agua, y no tardaron en descubrir de dónde procedía… Una potente bomba de succión los aspiraba sin remedio, arrastrándolos por unos túneles subterráneos y dejándolos en el centro de un gran lago. Las aguas comenzaron a formar olas, cada vez más grandes, y varios remolinos de agua surcaban libremente aquel lago, amenazando a los guerreros. Trataron de usar la magia, pero Modrul se la había arrebatado, y solamente podían confiar en sus artes marciales. Comenzaron a nadar con todas sus fuerzas, tratando de alejarse de los remolinos y el fuerte oleaje, pero no tardaron en ser alcanzados por uno de los remolinos, el cual los empujó hasta el fondo, donde una fuerte corriente de agua los llevó de vuelta al foso del principio. Modrul estaba jugando con ellos, de la misma manera que lo hacía antes el difunto Aeternum. Tras llevar en el foso unas horas, y exhaustos de tanto nadar, se quedaron dormidos, agarrados a unas argollas de hierro que había colgadas en los muros de aquella mazmorra subterránea. De pronto, unos extraños alaridos les despertaron, y varios cuerpos muertos que cayeron abajo junto a ellos… Diego los examinó cuidadosamente, y vio que tenían unas incisiones en el cuello. ¿Habrían entrado vampiros en la fortaleza? Fuera, en la superficie, un baño de sangre y horror lo invadió todo. La gente corría despavorida, tratando de huir de aquellos monstruosos seres sedientos de sangre. Los cadáveres mordidos llenaban toda la fortaleza, y sólo unos cuantos afortunados habían logrado esconderse encerrándose en el laboratorio, en el que se atrincheraron colocando pesados muebles tras las puertas. Los cuatro guerreros gritaron pidiendo ayuda, y aquellas personas les arrojaron unas cuerdas, por las que pudieron subir y salir por fin de aquel infernal lugar. Les dijeron que Modrul había escapado de allí, no sin antes abrir las puertas de la fortaleza de par en par, por las que en-

traron aquellos monstruosos seres procedentes de la ciudad. Las puertas no aguantarían más, pues aquellas criaturas vampíricas tenían una fuerza sobrehumana, y terminaron cediendo… Poco a poco iban cayendo todos, y ya solamente quedaban los cuatro guerreros, que estaban acorralados por aquellos monstruos. Los cuatro empezaron a arrojarles todo tipo de frascos y cubetas, probetas de ensayo… tratando de zafarse de ellos, y ya parecía todo perdido cuando de pronto, Alberto descubrió una trampilla secreta, que les mostró el camino de la salvación: reptaron por un angosto túnel hasta llegar a un extraño lugar. Parecía un cementerio de coches, abandonado, lúgubre y silencioso. Ya pensaban que estaban libres de todo peligro, cuando vieron unas extrañas luces en el cielo, de forma redonda. Las luces se hacían cada vez más grandes, y más grandes, hasta que por fin llegaron a tierra, y pudieron comprobar que se trataba de unas extrañas naves espaciales, de las que descendieron unos seres humanoides. Uno de ellos se acercó a los cuatro, y emitiendo unos indescifrables sonidos, les hizo un gesto con las manos, que parecía un saludo, pero nada más lejos de la realidad, ¡se trataba de una amenaza…! Aquel alienígena cogió uno de los coches del recinto, y los estrujó entre sus grandes manos, convirtiéndolo en fino polvo de hierro. Cuando se disponía a hacer lo propio con ellos… unas ráfagas de ametralladoras, seguidas de una bomba de humo, lograron zafarlos de aquella amenaza. Algunos soldados de la base habían logrado escapar de los vampiros.

Los alienígenas respondieron con rayos de plasma, acabando con la vida de tres soldados, aunque un certero disparo de bazooka terminó con los extraterrestres. Pero el peligro no había terminado, porque unos veinte vampiros habían logrado pasar por el mismo túnel estrecho que los había llevado hasta el cementerio, y se abalanzaron sobre los soldados de la base militar. Un soldado logró matar a dos vampiros, gracias a su munición de plata, pero un monstruo vampírico cayó sobre su garganta, arrancándole la cabeza del cuerpo. Los soldados no cesaban de arrojarles granadas con carga de plata, pero

aún quedaba un vampiro, que subido sobre una montaña de chatarra, se lanzó sobre el que llevaba el bazuca, destrozando su pecho de un certero zarpazo. El que llevaba la mochila con agua bendita, la iba arrojando sobre aquella criatura de las sombras, pero apenas le producían leves quemaduras en su verduzca piel, pues siempre lograba escaparse del chorro de agua. Sólo quedaban dos soldados, y los cuatro guerreros, viendo que era imposible acabar con aquel ser nocturno, pensaron que lo más sensato era escapar de allí.

Diego – ¡Venid con nosotros, no lograréis matar al vampiro nunca!

Pero los dos soldados prefirieron quedarse allí, para hacer tiempo y permitirles la fuga a los guerreros.

Soldado – ¡Escapad vosotros, lo entretendremos todo lo que podamos!

Los guerreros escalaron sobre las montañas de coches desguazados, hasta que alcanzaron la cima. A unos doscientos metros, se encontraba el mar.

Javier – Si logramos llegar al mar, tal vez nos libremos del vampiro, pues he oído decir que no soportan el salitre del mar…

Pablo – Adelante, corramos como nunca lo hemos hecho en la vida, o el monstruo nos hará pedazos.

Corrieron como atletas, vigilando cada pocos pasos su espalda, pero el monstruo no aparecía. Finalmente, llegaron a la orilla del mar. Un mar encrespado, con fuerte oleaje y vientos huracanados.

El vampiro se les acercó riendo, sabedor de que no se atreverían a adentrarse en un mar turbulento, pero los guerreros preferían morir por las olas antes que servir de alimento a una criatura oscura… Nadaron por entre el oleaje, mientras iban dejando atrás a aquel siniestro vampiro. El cielo se iba tornando rojizo, a medida que arreciaba un fuerte viento que amenazaba lluvia, y en efecto, no tardó mucho en

llover a cántaros, pero todo aquello era preferible al vampiro… a lo lejos, parecía adivinarse la silueta de un barco, un pequeño barco de pescadores, que se iba haciendo más y más grande, pues los hombres que sobre él viajaban, los habían divisado desde la lontananza. Les ayudaron a subir a la embarcación, y les dieron agua y algo de comer, mientras los guerreros les contaban sus muchas aventuras, y cómo habían logrado escapar de aquel ser sediento de sangre. Uno de los marineros reía burlonamente, mientras abría un libro conocido… ¡Era el Íyime, el libro mágico que debían destruir, y estaba en aquel barco! Pablo intentó coger el libro, pero dos marineros lo empujaron hacia atrás, mientras el capitán de la nave murmuraba unos conjuros, y del libro salió el vampiro, que se aprestaba a destrozar a los guerreros… Javier pudo esquivar al monstruo, y cogió el Íyime, que arrojó a Pablo. Éste leyó unas páginas del mismo, y del cielo descendieron varios enormes dragones, que atraparon entre sus garras a los marineros y al vampiro, y luego los engulleron de un solo bocado. Después de esto, volaron a toda velocidad en círculos, haciendo que el cielo se serenase, y las aguas se volvieran tranquilas. Posteriormente, el mayor de ellos, un gigantesco dragón amarillo, le arrebató el libro mágico a Pablo, y lo lanzó al firmamento, haciéndolo desaparecer mágicamente, luego se desvaneció, junto a los demás dragones, dejando a los guerreros solos sobre aquel barco pesquero.

Diego – Bueno, al menos nos libramos de aquella criatura grimosa.

Alberto – Ya, pero el Íyime ha vuelto a desaparecer, y te recuerdo que estamos aquí para destruir ese libro.

Varias horas llevaban navegando, cuando un gran resplandor les cegó momentáneamente. Cuando recuperaron la visión, se encontraban apresados en las garras de una poderosa ave roc, gigantesca águila, que los llevaba hacia un tenebroso castillo. Los dejó suavemente en el patio de armas, donde un siniestro personaje, ataviado como un antiguo brujo medieval, les recibió.

Modrul – Soy Modrul, el brujo que controlaba la base militar, y cuyo laboratorio arruinaron aquellos malditos zombis. Os he mandado buscar porque necesito que me hagáis un pequeño favor.

Diego – ¿Qué quieres de nosotros, oscuro brujo?

Modrul – Simplemente, que me traigáis el Íyime. Yo solo no puedo hacerme con el libro mágico, y tengo necesidad de él para deshacerme de mis enemigos.

Pablo – ¿Y prometes destruirlo después?

Modrul – No existe nada en este mundo capaz de destruir el Íyime. Para ello, deberíais viajar a la otra dimensión, y conseguir la espada del dragón, pero nadie lo ha logrado en siete mil años… Lo que sí puedo hacer a cambio del libro, es enviaros a vuestro mundo, pues tengo el poder para invocar el portal del viajero.

Javier – Adelante pues, envíanos a buscar el Íyime y te lo traeremos.

Modrul realizó un conjuro, y sacó de uno de sus bolsillos unas pequeñas piedras redondas, que arrojó al cielo. A continuación, hizo levitar a los guerreros, y los estrelló contra las piedrecitas, que al contacto con ellos, se hicieron grandes. Finalmente, las impregnó de llamas y las envió lejos, a buscar el libro mágico. Durante días estuvieron viajando en el interior de aquellos extraños meteoritos, cuando finalmente, se detuvieron en el aire. Aquello no hacía presagiar nada positivo, y los guerreros se temían lo peor. Efectivamente, no tardó en producirse un terrible ataque a los meteoritos, que eran zarandeados por enormes golem, hombres de piedra malditos, gigantes al servicio de un poderoso brujo, enemigo de Modrul. Uno de los golem trató de abrir un meteorito de un fuerte puñetazo, pero apenas hizo una pequeña brecha. Otro trataba de agarrar dos meteoritos, pero solamente lograba que sus pétreas manos se derritieran. Al ver aquello, el poderoso brujo se transformó en un dragón

enorme, y comenzó a golpear con sus garras y cola los meteoritos, consiguiendo por fin abrirlos y enviarlos a tierra firme. Allí trató de matar a sus ocupantes con un certero rayo azul de energía, pero algo se interpuso en su camino… Una rama había parado el golpe, la rama de un árbol viviente. El brujo desbarató el árbol con varios rayos azules de plasma, pero de cada rama que caía a tierra, aparecía otro árbol viviente, aún más grande y fuerte que el anterior… Aquel brujo se convirtió en humo y se disipó por el aire, pues el poder que animaba a los árboles vivientes era muy superior al suyo…

Kratos – ¡Pobres mortales, mi nombre es Kratos, y soy el más poderoso nigromante de este mundo! Debéis traerme el Íyime, con el que mi poder se hará inmortal.

Pablo – Si tan poderoso eres, ¿por qué no lo buscas tú?

Kratos – Solamente un mortal podrá hacerse con el Íyime, pues únicamente un mortal puede entrar en el gran palacio de la magia y enfrentarse al supremo Aeternum.

Pablo – Pero, ¿Aeternum no había muerto?

Kratos – A menudo finge morir, para confundir a sus enemigos y escapar. No os fieis de él, porque además de poderoso, es muy ladino.

Tras estas palabras, ordenó a sus árboles vivientes que atraparan a los guerreros, pero ellos se escondieron en las raíces de uno de ellos, y comenzaron a golpearlas con todas sus fuerzas, hasta destrozarle gran parte de éstas, con lo que el enorme ser botánico cayó desmoronado al suelo, del que no volvería a levantarse nunca más…

Javier – Mira lo que hemos hecho con tu plantita. Somos poderosos guerreros, y terminaremos con todos los malditos brujos de este mundo.

Pablo – ¡Bien dicho, Javier!

Kratos conjuró a los árboles, y extrajo de ellos toda la savia, que transformó en una enorme ola, que cayó sobre los guerreros. Finalmente, dicha ola de savia se volvió una prisión de fuertes ramas.

Kratos – No podéis hacer nada contra mi poderosa magia. Si queréis ser libres, debéis traerme pronto el Íyime.

Diego – Pero, ¿dónde está el gran palacio de la magia? ¿Cómo derrotaremos al poderoso Aeternum?

Kratos – No os preocupéis, el Íyime os buscará y os dará parte de su magia. Entre los cuatro lograréis vencer a Aeternum y conseguirme el libro de hechizos.

Kratos liberó a los guerreros, y los subió a unas mantícoras, grandes fieras con cuerpo de león, cabeza humana, con cuernos, y cola de escorpión. Luego le susurró a aquellas siniestras criaturas dónde debían ir.

No tardaron mucho en encontrar problemas, pues el brujo Modrul les iba siguiendo, convertido en un cuervo… En un espeso bosque, cercano a las montañas de cristal, Modrul se encarnó nuevamente en brujo, y derribó todo el bosque con un poderoso hechizo de tierra, que hizo temblar hasta el cielo. Seguidamente, convirtió los troncos caídos en enormes bloques de piedra, lisa y resbaladiza, imposible de escalar. Las mantícoras tiraron a los guerreros al suelo y embistieron a la vez a Modrul. Éste derritió a una de las bestias con un potente rayo de fuego y azufre, y esquivó a las otras levitando. Otra mantícora dio un gran salto, y mordió con sus fauces al brujo en un pie, obligándole a bajar. Mientras trataba de curarse el pie, otra mantícora le picó con el aguijón, inyectando un poderoso veneno en su negra sangre. A duras penas pudo ponerse en pie el brujo, herido de muerte. En un desesperado intento por salvar su oscura alma, conjuró un gran robot metálico, al que arrojó su alma, pero… Kratos, que se había encarnado en una de las mantícoras, saltó a tiempo, y pudo engullir el alma de Modrul, tornándose más

poderoso. A continuación, saltó hacia el robot, fundiéndose con su metal, y convirtiéndose en una poderosa criatura mágica metálica. Con su poderoso enemigo muerto, Kratos tenía ya vía libre para lograr hacerse con el Íyime, con el que sería inmortal.

Javier – ¿Cómo llegaremos al gran palacio de la magia?

Kratos – Ya no me sois útiles, pues habiendo absorbido el alma de Modrul, mi poder se ha multiplicado, y yo mismo entraré en el palacio y derrotaré a Aeternum.

Alberto – Eso será si te lo permitimos, maldito engendro.

Kratos – No me hagas reír, para mí no sois más que insectos, que aplastaré con un solo dedo.

Aquel mago robot trató de pisar a los guerreros, pero hábilmente lograron esquivar el fatídico pisotón. Luego lanzó fuego por los ojos, pero tampoco en esta ocasión llegó hasta los guerreros, que habían conseguido encaramarse a una pierna de aquel ser, y escalaron hasta llegar a la cabeza del monstruoso ser.

Pablo – ¿Pero cómo vamos a matar a este engendro, si carecemos de magia, y nuestras espadas están perdidas?

No tardó muchos segundos en llegarle la respuesta: del cielo bajó un gorrión dorado, que abrió su pico y dejó caer una semilla en las manos de Pablo. Pablo, intuitivamente, sabía que debía tragarse dicha simiente, y así lo hizo. Una gran magia actuó sobre él, fundiéndolo con todos sus compañeros de batalla en un avanzado robot de combate cibernético. Las cuatro almas de los guerreros, se habían vuelto una sola, fundida con un armazón metálico. Ahora, Kratos tenía enfrente a un rival de su talla…

Kratos – Esto ha sido obra del Íyime. Ya os dije que acudiría a vosotros para proporcionaros algo de su poder. Pero supongo que ya sabéis que su magia oscura tiene un precio. Poco a poco irá devo-

rando vuestras ánimas, convirtiéndoos en esclavos suyos. Ahí reside su gran magia, en las muchas almas que ha absorbido a lo largo de los siglos.

Ahí estaban, Kratos, poderoso mago convertido en robot, y los guerreros, fundidos también en un gran robot, dispuestos a enfrentarse en singular combate… Kratos lanzó una ráfaga de rayos láser, mientras el otro robot trataba de esquivar los disparos como podía. Luego se defendió arrojándole una gran roca que arrancó de una montaña cercana, pero Kratos, pese a recibir el impacto, no sufrió daño alguno, y contraatacó con esferas de fuego, que dañaron el armazón del otro robot. Con daños leves, se repuso, y voló a gran velocidad, logrando esconderse en un gran petrolero que estaba a la deriva. Kratos buscó al otro robot, y viendo que era imposible encontrarlo, recurrió a la magia. Invocó a Argos, el monstruo que todo lo ve, el de los cien ojos, y lo puso a buscar a su rival. No tardó mucho tiempo en hallarlo, y se disponía ya a asestarle el golpe final cuando… no encontró ni rastro del robot, y en su lugar estaban los cuatro guerreros, ¡y tenían el Íyime en su poder!

Javier – Tendrá que ser en otro momento, porque ahora nos vamos, y bien lejos…

Diciendo esto, conjuró un portal, por el que se adentraron a tiempo, justo antes de que Kratos les arrojase una llamarada mortal… Pero el libro mágico desapareció, y contrariamente a como creían, los había dejado en un lugar bastante inseguro, ¡la base militar de la que escaparon! Allí estaban ellos, en el laboratorio, y solamente había una puerta, que cada vez estaba más deteriorada por los zombis. Aquellos horribles seres terminaron derribando la puerta, y fueron ocupando toda la estancia, acorralando a los guerreros, que iban conteniéndolos como podían, a fuerza de arrojarles probetas, los cajones de los archivadores... Todo parecía perdido, aquel sería el final, devorados por aquellas abominables criaturas infernales… pero

Diego encontró un pequeño hueco entre los monstruos, y seguido por sus compañeros, corrió cuanto pudo, pasando entre decenas de zombis hambrientos de carne humana, hasta alcanzar la salida. Allí había un largo pasillo, y más zombis acechando, a los que lograron reducir a base de patadas y golpes de kung fu, hasta que pudieron entrar en un ascensor.

Pablo – ¿Subimos o bajamos?

Alberto – Subamos, pues los zombis ocupan toda la zona baja de la base.

Diego – Pero no si vamos para arriba, no podremos escapar de aquí.

Javier – Hasta ahora hemos ido escapando de todos los peligros que nos acechaban. Lo importante es mantenernos siempre unidos.

Subieron hasta la azotea de la base, desde la cual pudieron por fin darse cuenta de que se encontraban atrapados. La situación era crítica: rodeando el edificio, había miles de zombis, y al frente tenían la ciudad maldita de la que huyeron hacia la base, mientras detrás estaba Kratos, convertido en un poderoso robot, y con más poder mágico que nunca…

Diego – Recurramos al Íyime y salgamos de este apuro.

Pablo – No pienso usar nunca más ese maldito libro de magia oscura. Recuerda lo que nos dijo Kratos, aquello de que el libro devora el alma de aquel que lo usa…

Javier – Tiene razón Pablo, tenemos que escapar de este lugar por nuestros propios medios. Recordad lo que somos, grandes guerreros. No podemos dejar que ninguna criatura, por horrible que sea, nos amedrente.

Kratos – ¿Ni siquiera si se trata del gran Kratos?

Javier – ¡El que faltaba!

Diego – No te tenemos miedo, Kratos, no tememos la muerte.

Kratos – No pienso mataros todavía. Antes jugaré un poco con vosotros.

Aquel pérfido brujo conjuró un hechizo prodigioso, que creó una enorme casa en el cielo. Luego hizo levitar a los cuatro guerreros y los envió a aquella siniestra morada, a la cual dio muchas vueltas en el firmamento, antes de enviarla a la otra dimensión. La casa no paraba de dar vueltas, y los cuatro estaban ya mareados, tirados por el suelo sin poder hacer nada para frenarla. Cuando al fin se paró, Diego fue corriendo hacia la puerta, tratando de abrirla, pero era imposible salir al exterior. Alberto trató entonces de escapar por una de las ventanas, pero al asomarse, vio que no había fondo, ¡no había nada! ¡Efectivamente, Kratos los había enviado a la otra dimensión, donde no existen ni el lugar ni el tiempo! La casa entró por un extraño túnel, viajando a una velocidad altísima. Los cuatro no sabían dónde agarrarse y eran violentamente sacudidos contra las paredes de la misma. Tras unas interminables horas, por fin se detuvo la extraña vivienda, lo cual aprovechó Pablo para asomarse a una de sus ventanas.

Pablo – ¡Cuidado, qué vamos a caer!

Volvieron a sujetarse con todas sus fuerzas, pues la casa iba a caerse desde miles de metros. Comenzó poco a poco, y cada vez iba adquiriendo mayor velocidad, hasta llegar finalmente al suelo, donde se estrelló con violencia inusitada. Por fortuna, los cuatro escaparon con algunos moratones y rasguños. Después de recuperarse unos minutos de aquel tremendo golpe, exploraron el lugar.

Javier – ¿Qué sitio es éste?

Diego – Parece la ciudad de Jericó, pero no puede ser, sus murallas están intactas…

Pablo – Creo que la casa nos ha transportado a otra época.

Se aproximaron a las murallas de la ciudad, repleta de numerosas torres defensivas, las cuales se erguían majestuosamente con sus más de trescientos metros de altura. Pablo intuía que en una de aquellas torres se hallaría el Íyime, el libro mágico con el que tal vez podrían escapar de aquel extraño lugar, pero temían que el Íyime comenzara ya a apoderarse de sus almas, pues lo habían usado ya muchas veces.

Javier – Vamos a escalar las torres, podemos hacerlo, somos maestros de las artes marciales.

Pablo – No dudo de que podamos subir por aquellas imponentes torres, pero el problema está en llegar sin ser descubiertos.

Diego – Tienes razón, nos verían a kilómetros desde esas inmensas atalayas defensivas.

Alberto – Yo creo que deberíamos acercarnos despacio, y seguramente nos detendrán. Una vez dentro, podríamos escapar de la celda…

Javier – No veo claro tu plan, es posible que nos maten los guardianes de las torres.

Alberto – Es un riesgo que debemos correr.

Finalmente, decidieron seguir el plan de Alberto, y se fueron acercando despacio hacia las torres de Jericó, pero repentinamente, algo les ayudó: una densa niebla de arena llegó a Jericó. No se podía ver a medio metro, pues aquella tempestad arenosa lo cubría todo. De esta forma, lograron llegar hasta los mismos pies de las murallas sin ser vistos, pero ¿cómo entrarían en la ciudad? En estos pensamientos estaban cuando de pronto… de entre la niebla de arena, surgieron multitud de naves espaciales, que dispararon contra las torres y murallas de la ciudad, derrumbándolas como si fueran de cartón. Los defensores de Jericó no pudieron hacer nada contra aquellos atacantes, mucho más avanzados tecnológicamente. Aprovechando aquel caos, los cuatro guerreros pudieron colarse en la ciudad sin ser vistos.

Caminaron durante varias horas por aquella devastada ciudad, llena de cadáveres y edificios destrozados por aquellas avanzadas naves voladoras. Cansados de andar, y sin encontrar a ninguna persona viva, decidieron esconderse en las bodegas de uno de los pocos palacios que quedaban en pie, aguardando a que aquellos invasores se fueran, pero las naves permanecieron en Jericó flotando sobre el aire. Parecían estar buscando algo, o a alguien.

Javier – ¡Mirad, están lanzando unas extrañas esferas de color negro sobre la ciudad!

Pablo – No creo que sea nada bueno…

En efecto, de aquellas esferas oscuras salieron unos seres tenebrosos, que fueron reuniéndose en torno a uno de ellos. Diego se asomó a la ventana, y con la ayuda de unos prismáticos, vio que…

Diego – Huyamos de aquí, son vampiros…

No tardaron en entrar en el palacio donde se encontraban los cuatro, y uno de ellos se abalanzó sobre Pablo, que repelió el ataque arrojándole un costoso jarrón a la cabeza. Otro se lanzó sobre Diego, que paró al monstruo clavándole un trozo de madera afilada en el pecho. Pero aquellos monstruos volvieron a levantarse, y con sus alaridos, hicieron que entraran cientos en aquel palacio, haciendo huir de allí a los guerreros. Huían corriendo por los largos pasillos del edificio, pensando que tarde o temprano acabarían con ellos aquellos monstruos vampíricos, cuando de repente… una mujer les salió al encuentro y los guió por un pasadizo, que selló justo antes de que entrara allí el primer vampiro. Les llevó a una habitación del sótano, donde había unas veinte personas, con armas y munición suficientes como para volar diez ciudades. El que parecía ser el jefe, les explicó que aquellos engendros maléficos eran obra de un malvado brujo llamado Aeternum, cuyo poder se iba acrecentando por momentos. Les dijo que Aeternum anhelaba controlar los dos mundos, y que entonces se volvería invencible y eterno.

Pablo – ¿Qué dos mundos?

Jefe – El mundo real, y el de los sueños.

Javier – Nadie puede controlar los sueños. Eso es imposible.

Jefe – No sé cómo lo ha hecho, pero Aeternum puede hacer lo que desee en este mundo.

Diego – ¿Cómo podemos escapar del mundo de los sueños y volver a la realidad?

Jefe – Debéis encontrar el Íyime y destruirlo. Cuando el libro maldito de la magia desaparezca, Aeternum morirá, y despertaréis. Ahora sois prisioneros de ese hechicero, y os tiene encerrados en el mundo de los sueños.

Alberto – Nos hablaron de un palacio de la magia y un desafío final…

Jefe – No creáis todo lo que os dicen ni todo lo que veis en este mundo.

Los vampiros comenzaron a forzar la entrada, y los allí presentes, la reforzaron con una viga que había caído del techo. Cada vez empujaban con más y más fuerza, y tarde o temprano terminaría por ceder la puerta, pues aquellas criaturas tenían una fuerza descomunal. Estaban atrapados, no había escapatoria, y ya asomaban las garras algunos vampiros por la puerta quebrada. Los guerreros cogieron estacas puntiagudas y esperaron a los monstruos, listos para el combate. Sus corazones palpitaban cada vez a mayor velocidad, la adrenalina estaba disparada, los ojos abiertos como platos, atentos a la puerta, cada vez más rota… Un libro cayó de una estantería, y fue a parar a manos de Pablo, que lo abrió y lo introdujo en las fauces de uno de los vampiros que lograron entrar. ¡Se trataba del Íyime, el libro de magia oscura que debían destruir! Aquellos vampiros fueron explotando, y las paredes se derritieron, mientras todo daba vueltas y más vueltas…

Pablo – ¿Dónde estamos?

Javier – Parece un extenso prado. No hay árboles, ni ningún camino, ni rastro humano.

Diego – Por lo menos nos libramos de aquellos monstruos sedientos de sangre.

Alberto – Pero, si aquel vampiro mordió el Íyime, ¿qué pasará? ¿Se destruyó el libro?

Pablo – No lo creo, ese volumen mágico parece indestructible, pero el mordisco debe haber provocado un desajuste en el mundo de los sueños. No sé, tal vez sea más fácil destruirlo ahora y salir de esta pesadilla.

De pronto, unos enormes osos se abalanzaron sobre los cuatro guerreros, y Pablo, haciendo un movimiento reflejo, se cubrió el rostro con ambas manos, lo cual creó una pantalla invisible entre ellos y los animales. Diego señaló a lo lejos, diciendo que podrían tratar de llegar al final del prado, y entonces, aparecieron cuatro caballos blancos, sobre los que montaron. Los caballos rompieron la pantalla protectora con sus patas delanteras, y comenzaron a galopar, perseguidos por los voraces osos. Al llegar donde terminaba el horizonte, comprobaron horrorizados que había un enorme muro y una pequeña ventana, contra la que iban a estrellarse sin remedio, pero milagrosamente, los cuatro caballos se colaron por aquella minúscula ventana, y saltando al vacío, donde cayeron durante interminables minutos, hasta que… de la grupa de los animales salieron unas alas enormes, y emprendieron el vuelo por aquel rosado cielo.

Pablo – Esto es cada vez más extraño. Estoy deseando salir de este mundo de sueños.

Javier – Pues piensa algo, porque tenemos a Aeternum detrás, flotando en una nube negra y murmurando quién sabe qué conjuro…

En efecto, el conjuro del brujo hizo desaparecer las alas de los caballos, haciéndolos caer en picado, con los guerreros aferrados a sus grupas. A continuación, Aeternum volatilizó a los caballos, y los guerreros caían a gran velocidad, temiendo morir estrellados contra el suelo. Para mayor sorpresa, en el suelo les esperaba Aeternum, que comenzó a abrir sus fauces, hasta alcanzar varios kilómetros. Aquel maldito brujo se había convertido en un demonio, sediento de sangre y almas humanas... cayeron y fueron engullidos por aquel monstruoso brujo, pero aquella boca que los aprisionaba se convirtió en un aula universitaria, que comenzó a crecer, hasta alcanzar el triple de su tamaño, luego se separó del resto del edificio y se elevó por los aires, con los cuatro guerreros atrapados dentro.

Pablo – Esto es cada vez más extraño, y no sé cómo escaparemos de este lugar.

Javier – La clave está en el Íyime, ese maldito libro de magia.

Alberto – ¿Pero dónde lo encontraremos, y cómo lo destruiremos? Ya lo hemos intentado varias veces, y el libro es inmune a cualquier arma o hechizo.

La estancia se fue llenando de terroríficas siluetas negras, que iban acercándose paulatinamente a nuestros protagonistas. Ya parecía que iban a arrebatarles el alma cuando de pronto, el suelo se abrió, y aparecieron dentro de un mini submarino, en un lago de aguas turbias. Encendieron los faros del submarino y pudieron observar con asombro a un enorme megalodón con diez personas navegando sobre él. Aquella criatura marina los engulló de un solo bocado, para acto seguido, reventar en mil pedazos. Los cuatro guerreros fueron despedidos a gran velocidad y se estrellaron contra un muro, que se cerró alrededor de ellos, transformándose en un gigantesco salón, el cual estaba lleno de invitados que parecían disfrutar de una fiesta.

Alberto – Aeternum está jugando con nosotros, pretende volvernos locos.

Diego – A mí me da igual lo que pretenda, lo que tenemos que hacer es pensar cómo escapar de sus dominios oníricos y volver al mundo real, antes de que su poder crezca.

Javier – ¡Corred, los invitados se están convirtiendo en vampiros!

Pablo – ¡Otra vez no!

Echaron a correr con todas sus fuerzas, huyendo de aquellas horribles criaturas sedientas de sangre, pero no tardaron en alcanzarles, y los guerreros lucharon como pudieron para zafarse de los afilados colmillos de aquellos siniestros vampiros. Mientras Pablo daba golpes con un candelabro a uno de ellos, Javier mantenía a raya a otro a base de patadas, y Alberto y Diego colocaban un pesado tapiz, que previamente habían descolgado de la pared, frente a una de esas criaturas, impidiendo así su mortal mordedura. De repente, uno de los invitados, que vestía una extraña túnica púrpura, agitó una copa de agua y profirió unas palabras mágicas, que hicieron que el agua se multiplicase y formase una enorme ola, que barrió a los vampiros del salón. Otro de los invitados alzaba sus manos, provocando una temible tormenta dentro de aquel salón, cuyos rayos fulminaron a todos aquellos engendros.

Pablo – Es extraño, pero tengo la impresión de que nos encontramos en el gran palacio de la magia.

La enorme lámpara que lucía en el centro de aquel salón, se transformó en una gran torre eléctrica, que se alzó hacia el cielo rompiendo el techo de la habitación. Uno de los hilos eléctricos se desprendió y tocó los cadáveres de los vampiros, que fueron convirtiéndose en enormes zombis. Aquellos dos magos señalaron a los guerreros y movieron sus manos en círculos, para terminar apuntando al suelo con las yemas de sus dedos. De allí surgieron cuatro guerreros idénticos a nuestros protagonistas, pues eran clones suyos, equipados con poderosas armas. La lucha era desigual, ya que los

clones estaban exterminando a los siniestros vampiros, decapitándolos unas veces, atravesándoles el corazón otras… entonces, Aeternum invocó a una gran bestia hombre lobo, que se lanzó sin pensarlo sobre uno de los clones, devorándolo en pocos segundos. Los otros clones se juntaron y unieron sus espadas y hachas. Luego las arrojaron hacia la bestia, que no sufrió el menor daño. Después atravesaron el corazón de la bestia, pero ésta ni se inmutó, y de un zarpazo certero terminó con otro de los clones. Los clones que quedaban se echaron sobre el pescuezo de la bestia, degollándola, mas ésta curó sus heridas en segundos, y los destrozó con sus fuertes mandíbulas. Los magos conjuraron a un enorme pez, que saltó de una esfera de agua y engulló al hombre lobo, tras lo cual fueron convirtiendo sus aletas en resistentes patas, y sus dientes fueron agrandándose hasta alcanzar los dos metros de longitud. Luego se dirigió hacia Aeternum, para tratar de acabar con el hechicero, pero éste fulminó al pez con una mano, mientras con la otra hacía erguirse del suelo una altísima torre. A continuación, y tras parar los ataques de plasma de los dos magos, los encerró en esferas de fuerza, que hizo levitar hasta lo alto de la torre, donde los enclaustró. A continuación hizo aparecer el Íyime de la nada, y lo arrojó a los guerreros, diciéndoles que usaran su poder mágico para combatir contra él. Los guerreros cogieron el libro y se lo arrojaron a los pies a Aeternum, el cual, riendo a carcajadas, les habló así:

Aeternum – El Íyime no existe, es una ilusión mágica para atraeros hasta mi castillo y poder así arrebataros vuestro poder.

Pablo – ¿Para qué quieres nuestro poder, si en este mundo de los sueños eres el más poderoso?

Aeternum – Tú lo has dicho, en este mundo…

Javier – ¡Pretende llegar al mundo real, y nosotros somos la llave de acceso!

Aeternum – Exactamente, cuando acabe con vosotros invadiré el mundo real, sembrándolo de oscuras pesadillas.

Diego – Entonces, nuestro poder mágico, no provenía del libro, sino de nuestras mentes.

Alberto – Es hora de darle una lección a ese engendro maléfico. Con nuestra imaginación seremos capaces de acabar con él.

Aeternum se llenó de ira y les lanzó un extraño conjuro, que hizo que el suelo subiera y subiera, llegando a convertirse en una alta cumbre, luego fue disminuyendo, hasta volverse una colina, y después un suelo llano, para posteriormente tornarse una sima, cada vez más profunda, que selló con un siniestro conjuro de encerramiento. Los cuatro concentraron sus mentes y encontraron en su imaginación un poderoso hechizo, con el que apuntaron al suelo, abriendo un túnel bajo aquella prisión subterránea, pero Aeternum se percató de ello, y enredó el túnel, volviéndolo un intrincado laberinto.

Pablo – No hay salida, llevamos horas caminando y no llegamos a ninguna parte.

Javier – Usemos nuestra imaginación, que es lo que hemos estado haciendo durante todo este sueño.

Javier se concentró, y a medida que iba caminando, los muros de piedra se iban apartando, mostrándole un camino libre de obstáculos. Diego abrió con su mente un túnel ascendente, y fueron subiendo por el mismo, camino de la superficie. Pero aquel túnel cambió de dirección, y se inclinó de tal forma que hizo caer a los guerreros a toda velocidad hacia el fondo.

Alberto – La solución está en transformarnos en poderosas máquinas, enormes robots excavadores.

En efecto, no tardaron en convertirse en cuatro robots de acero, que cavaban a un ritmo trepidante hacia la superficie, hasta llegar a… ¡un nuevo laberinto! No había ningún camino, sino una serie de edificios superpuestos, ocupando todo el espacio. Se armaron de valor y abrieron la primera puerta, adentrándose en unos interminables

pasillos interiores, oscuros, siniestros e invadidos de un olor a putrefacción que hacía difícil respirar. Finalmente llegaron a una pequeña puerta de madera, carcomida por los insectos. La abrieron con cuidado y pasaron a una habitación que parecía ser el aula de una escuela. Allí se podía ver muchas estanterías, llenas de libros mohosos y polvorientos, las sillas y mesas estaban desordenadas y llenas de sangre, y había arañazos en las puertas y paredes, como si alguien o algo quisiera escapar de allí… De repente, se abrió la puerta de un viejo armario, y de él salió una extraña y grimosa criatura. ¡Era un zombi! Los cuatro imaginaron afiladas espadas, con las que redujeron sin problemas a aquel ser, pero del armario comenzaron a salir más, y más zombis. La lucha fue dura, y apenas podían contener a tantas criaturas del inframundo, hasta que a Javier se le ocurrió cambiar de armas, y pronto se puso a disparar con lanzamisiles y bazookas, mientras Pablo daba buena cuenta de algunos zombis con su lanzallamas, al tiempo que Diego y Alberto reducían al resto con ametralladoras que disparaban balas de plata…

Ya parecía que no quedaba nada en el armario, hasta que salió la última criatura, un enorme orco que llevaba a dos cocodrilos atados por el pescuezo con sendas cadenas de hierro. Aquel orco emitió un estridente rugido, y luego soltó a los cocodrilos. Los cuatro guerreros lograron esquivar el ataque de los animales, y Javier los mandó al otro mundo de un certero disparo de misil, pero quedaba aquel enorme orco, que se les echaba encima, empuñando un hacha de doble filo, y con una mirada turbia ensangrentada por el odio… Pero cuando el choque se hacía inevitable, el orco les dio una sorpresa, y en lugar de atacarles con el hacha, golpeó con fuerza el suelo de la habitación, que comenzó a temblar, mientras los muros iban cayendo, lo cual aprovecharon los cuatro para escapar de allí y seguir avanzando por el laberinto. Corrían sin parar, escapando de aquel grotesco ogro, que había sido capaz de provocar un terremoto. Sin darse cuenta, llegaron a un lujoso y amplio salón, lleno de espejos relucientes. Pablo

se acercó a uno de ellos, y del mismo salió una garra siniestra, que trató de atraparlo sin éxito. Tras la garra salió el resto del cuerpo. Era un vampiro sediento de sangre, que elevó los brazos y emitió un escalofriante chillido. Cientos de vampiros acudieron a la llamada, saliendo de los diferentes espejos del salón, y acorralando a los guerreros. Cuando ya todo parecía perdido, del gran espejo central del salón, surgió un vampiro distinto, más grande y fiero que los otros, que comenzó a hablarles en rumano a los demás. La tensión se sentía en el ambiente, y un escalofrío recorría cada poro de la piel de los cuatro guerreros. Aquel vampiro agitó su capa y formó una espesa niebla que lo cubrió todo, luego se oyeron muchos alaridos espeluznantes, y al final, cuando se disipó la bruma, lo único que quedó fue una sucesión de cadáveres mutilados de cientos de vampiros… ¡Aquella bestia sanguinolenta había acabado con todos, y se disponía a terminar también con ellos…! Aquel monstruo abrió una extraña arca, de la que salió un humo púrpura, que envolvió a los cuatro, introduciéndolos en el arca. Posteriormente, el vampiro hizo aparecer un rayo, al que se agarró con fuerza, subiendo hacia la superficie. Abrió el arca y volvió a su estado normal a los cuatro guerreros, a los que rodeó con decenas de enormes columnas de aire y fuego. Aquel vampiro lanzó un rayo hacia la tierra, y se abrió un enorme agujero, por el cual cayeron rodando por una larguísima rampa de tierra. El vampiro giró sus manos, y esta vez rodaron hacia arriba. Repitió aquella operación varias veces, y luego arrojó la esfera en la que estaban atrapados hacia arriba, volviéndola a coger una y otra vez.

Pablo – Está jugando con nosotros. Debemos escapar antes de que sea tarde y nos robe la imaginación.

Javier – No sé cómo, no se me ocurre nada en este momento…

Alberto – Eso es lo que pretende, robarnos la imaginación, hacerse más fuerte con ella y escapar al mundo real para invadirlo. No

podemos permitirlo, de modo que id pensando algo.

Diego – De momento, ahí va eso…

Diego imaginó una esfera, en la que encarceló con su mente al poderoso vampiro mago. Aquel vampiro decidió negociar con Diego, y los liberó de la esfera prisión.

Pablo – Ahora te toca cumplir tu parte del trato. Debes liberar a ese engendro.

Javier – No creo que sea buena idea…

Diego – Pablo tiene razón. Los tratos hay que cumplirlos.

Dicho y hecho, diego sacó de su prisión esférica al vampiro. Pero el vampiro, lejos de agradecérselo, se preparó para atacarles nuevamente. Conjuró de la nada a dos colosales cocodrilos, que no tardaron en atacar a los guerreros. Javier imaginó unas plantas carnívoras gigantes, que atraparon a las fieras y las engulleron de un solo bocado. Enfurecido, el vampiro hechicero conjuró a un ejército de zombis armados hasta los dientes. La planta no pudo resistir la llamarada ardiente de uno de los lanzallamas disparado por los zombis. Aquellos muertos vivientes no paraban de disparar con sus ametralladoras y bazookas, por lo que los cuatro tuvieron que refugiarse tras una gran esfera que imaginaron al unísono. Viendo que los zombis no lograban destrozar la esfera protectora, el vampiro hechicero creó unos aviones de combate, que lanzaban misiles a la esfera, logrando resquebrajarla finalmente. Pablo ideó entonces un gran rascacielos de acero puro, a cuya azotea ascendieron mediante unos aerodeslizadores imaginados por Javier. Diego y Alberto remataron la faena imaginando un escudo lanzamisiles, que iba dando buena cuenta de aquellos zombis. Entonces, el vampiro hechicero invocó un batallón de tanques, que iban disparando sus obuses contra el edificio, logrando finalmente destruir la barrera invisible que lo protegía. Algunos carros blindados quedaron reducidos a cenizas por las defensas

del edificio, pero pronto no quedó ninguna máquina de guerra en el rascacielos, tal era la potencia de fuego de aquellos vehículos blindados conjurados por el vampiro… aunque Diego se las ingenió para acabar con aquel peligro: imaginó unas nubes llenas de ácido corrosivo, que destrozaron los tanques en pocos minutos. De momento, el peligro parecía alejado de los guerreros… Entonces, aquel vampiro, más encolerizado que nunca, agitó sus dedos, y miles de zombis comenzaron a escalar por las paredes exteriores del rascacielos, y aunque los cuatro no paraban de lanzarles bolas de fuego y ácido, muchos de ellos lograron alcanzar la azotea. Todo parecía perdido, no podían escapar a ninguna parte, el fin parecía cercano…

Diego – Si este es el mundo de los sueños, aquí somos muy poderosos, y unos vulgares zombis no podrán con nosotros.

Diego imaginó una vía suspendida en el cielo, por la que descendía a toda máquina un rapidísimo tren. Justo a tiempo, lograron saltar sobre los vagones, quedando a salvo de los zombis de la azotea, pero aquel hechicero vampiro no se daba por vencido, y mientras huían en aquel tren por entre las nubes, conjuraba siniestras criaturas, las cuales salían del mismo humo del tren. Aquellos seres de largas garras y afilados colmillos, fueron desgarrando las paredes de los vagones del tren, entrando en el mismo. La lucha fue muy intensa, y los cuatro arrojaban rayos eléctricos a los monstruos, que en vano se afanaban en alcanzarles. Pablo arrojaba miles de cuchillos afilados a aquellas criaturas maléficas, mientras Javier los encerraba en esferas de ácido, a la par que Diego y Alberto los iban achicharrando con llamaradas de fuego… El vampiro fue en persona hacia el tren, destrozando los vagones con poderosos encantamientos, arrugándolos como si fueran de papel, haciéndolos estallar, derritiéndolos con fuego abrasador a miles de grados… mientras iba levitando camino de la máquina, donde se encontraban los cuatro guerreros esperándoles ansiosos. Pablo le arrojó unos bidones radioactivos que había pensado, pero unas momias conjuradas por el vampiro hechicero iban engullendo

los bidones con sus enormes fauces. Diego disparaba con un lanzallamas, pero el vampiro soplaba y convertía aquellas llamaradas en un charco de agua helada. Alberto le arrojaba misiles con su bazooka, pero el vampiro atrapaba los obuses con sus dedos y los convertía en fina arena. Entonces, Javier se concentró al máximo, y pensó algo nuevo: imaginó a dos titanes, pero con poderes mágicos. Dos enormes seres que conjuraban innumerables hechizos, con los que mantuvieron entretenidos al hechicero vampiro, mientras los cuatro escapaban saltando en paracaídas del tren. Ya pensaban que estaban a salvo del vampiro, cuando éste los empujó con un soplo hacia un profundo agujero, por el que cayeron durante interminables horas. Nuevamente estaban presos bajo tierra, pese a ser ahora más poderosos que nunca…

Javier – No me resigno a estar sojuzgado por ese engendro. Se va a enterar de quiénes somos.

Dicho lo cual, Javier paró en seco la caída de los cuatro, y luego cambió los pantanos que había abajo por una amplia autopista de ocho carriles. Pablo le secundó, e imaginó que llevaban fuertes armaduras de titanio y afiladas espadas. Diego creó con su mente un moderno coche de carreras, en el que se montaron, y Alberto lo puso en marcha. Allá iban, circulando a más de trescientos kilómetros por hora, esquivando los numerosos vehículos que el vampiro hechicero les iba poniendo en su camino para frenarlos. De pronto, un enorme camión se les vino encima, pero Alberto lo abrió en dos, y el coche pasó por medio de los restos de aquella chatarra con ruedas… Desde otros vehículos, les iban disparando con rayos láser, pero Diego los iba desviando con su mente, mientras Pablo y Javier derretían las armas de sus enemigos. De repente, apareció un camión de frente, aún mayor que el anterior, y con un blindaje especial que repelía los ataques de los cuatro. El choque era inevitable, y los guerreros salieron despedidos de su coche deportivo. Pablo evitó el desastre, imaginando a un poderoso titán metálico, que los sujetó con sus manos

y los introdujo en su cabeza. Se trataba de un enorme ciborg, una auténtica máquina de guerra, con la que lanzaban misiles y pulsos eléctricos poderosos, pero aquel camión era inmune a todo, y se dirigía hacia el titán. Por suerte, pudo esquivarlo con un gran salto, y de nuevo en la autopista, fue patinando sobre gigantescas ruedas de tráiler, que salieron de las plantas de sus pies de metal. La autopista se iba estrechando cada vez más, hasta quedar convertida en una carretera angosta que ascendía hacia un siniestro castillo. Ya a las puertas de la fortaleza, emergieron de la tierra dos titanes de acero y fuego, que sujetaron con fuerza al robot donde iban los cuatro. Lo fueron apretando y quemando a más de dos mil grados, pero el blindaje del robot aguantaba perfectamente aquel calor, y pasó al contraataque: de sus manos salieron afiladas cuchillas, que cortaron la cabeza de uno de los oponentes. El otro logró pararlas y triturarlas con su fuerte armadura, y aplastó las manos de su rival. Tras una larga lucha, los cuatro tuvieron que escapar en una pequeña nave, pues su máquina de guerra había quedado destrozada completamente. Pensaban que podrían huir de aquella máquina mortal, cuando de repente, la nave quedó atrapada por un látigo de fuego puro, y aquel titán enemigo abrió con sus manos la carcasa de la nave, extrayendo a los cuatro y encerrándolos en una esfera prisión. Luego se dirigió hacia el castillo. Al llegar a las puertas del castillo, el titán que los tenía retenidos, se transformó en su verdadero ser, aquel vampiro hechicero. Abrió las puertas y los llevó al gran salón de la magia, donde los liberó y retó a un combate a muerte. Él contra los cuatro niños guerrero, sin tiempo ni reglas… comenzó invocando a un enorme cancerbero de cuatro cabezas, que no tardó mucho en atacar a los niños, pero Diego esquivó el mordisco y atacó convirtiendo en piedra una de las cabezas, que hizo caer al animal al suelo por el peso. Esto lo aprovechó Alberto, que degolló al monstruo con una espada de titanio. Pero el perro del Hades, lejos de morir, resucitó, volviéndose más fuerte y fiero que antes. Pablo esquivó hábilmente sus zarpazos, y luego encerró al animal en una esfera de arenas movedizas,

por las que quedó definitivamente atrapado. Javier reventó la esfera con su poder mental, y terminó para siempre con la amenaza. Entonces invocó un extraño martillo aquel mago malvado, y trató de golpear a los guerreros, sin lograr acertar en ninguno de ellos. Pablo creó con su mente un campo de fuerza, que apenas contuvo al vampiro unos pocos segundos. Cuando ya era inevitable el impacto de aquel martillo mágico sobre Pablo, Javier ideó un escudo de hielo, que arrojó entre ambos, conteniendo nuevamente el golpe. Diego creó con su mente un cañón de plasma, y disparó infinidad de rayos sobre aquel monstruo mágico, pero el vampiro ni se inmutaba, y rehaciéndose, conjuró las fuerzas oscuras, y de la nada salió un golem de piedra, que iba creando enormes rocas de la nada y arrojándolas sobre los cuatro. Pablo quitó el techo del salón mágico, e hizo bajar varios dragones verdes, sobre los cuales iban unos arqueros elfos, que no cesaban de dispararle a la bestia de piedra, pero cada vez que se deshacía, volvía a formarse, y continuaba lanzando rocas sobre los cuatro…

Javier – No hay manera de acabar con ese monstruo de piedra. Debemos esforzarnos un poco más.

Diego imaginó entonces un centenar de centauros, que asaetaban al monstruo con flechas de fuego puro, pero tampoco dio resultado, y entonces, el golem contraatacó emitiendo un temible rugido, que resquebrajó los cuerpos de todos aquellos seres imaginados por los guerreros. Entonces, Alberto imaginó a Artemisa, la cual disparó una flecha mágica sobre el golem, transformándolo en ciervo, a continuación, le echó a su jauría de perros, que lo devoraron en breves minutos. Luego se desvaneció aquella diosa… El vampiro giró una mano en el aire, y el suelo se volvió una enorme laguna pantanosa, sobre la que flotaban los cuatro en un viejo bote de madera. El hechicero señaló con un dedo al centro de la laguna, y no tardó en salir de la misma un enorme kraken, el cual atrapó el bote con uno de sus tentáculos, mientras se disponía a devorar a sus ocupantes de un solo

bocado, pero afortunadamente, Javier creó con su imaginación una enorme serpiente, que se enroscó sobre el kraken, obligando así a soltar el bote. Ambos monstruos se enzarzaron en un duro combate, hasta que la serpiente empujó al kraken hacia el fondo de la laguna, donde ambos desaparecieron. Diego hizo que el bote se transformase en un gran velero, un veloz barco sobre el que surcaban las olas de la laguna en dirección a la otra orilla, donde se erigía una alta cumbre nevada, pero no tardó mucho en salirles al encuentro el vampiro hechicero, que creó unas sirenas. Esos seres comenzaron a cantar, atrayendo a Diego, que era quien pilotaba el barco, hacia unas puntiagudas rocas, que provocaron el naufragio del mismo. Las sirenas fueron entonces hacia los náufragos, tratando de devorarlos, mas Pablo hizo que unos peces espada atravesaran a las sirenas, aunque una de ellas pudo librarse de ser ensartada, y con su terrorífico canto, hirió mortalmente a los peces, luego trató de dirigir su canción de muerte hacia los cuatro náufragos, pero Javier creó una barrera invisible que los protegía de la peligrosa voz de la sirena. Finalmente, la sirena logró romper el escudo mágico, y se abalanzó sobre los cuatro, pero en el último momento, Alberto imaginó que estaban en la península del Peloponeso, en la cumbre del monte Taigeto, de modo que la sirena murió de frío. El vampiro hechicero estaba encolerizado, y decidió jugar con dureza, de modo que creó a un enorme Polifemo, que atacó con su garrote a los cuatro. Diego esquivó el golpe y le ensartó una espada en el pie, pero el cíclope no sintió ni cosquillas, y volvió a la carga con aquella arma del tamaño de un árbol, que por poco arranca la cabeza de Pablo en el intento… Entonces, Javier dio un gran salto y se encaramó sobre los hombros de Diego, luego volvió a saltar, y se colocó en la espalda de Polifemo, sobre la que clavó una espada de samurái. El cíclope, encolerizado, se giró con rabia, y aplastó con sus puños dos enormes rocas, que hizo migas, luego trató de aplastar con sus manos a Diego, pero éste se apartó a tiempo, y mientras trataba de atraparlo, Javier siguió escalando al monstruo, y clavó su espada en el único ojo de Polifemo, que fue dando tumbos por la montaña, hasta caer por un precipicio y morir atravesado por

las agudas piedras. Al ver eso, el vampiro hechicero creó un enorme ciborg, mitad máquina, mitad zombi, que envió a la cima del Taigeto. La máquina trató de arañar a los guerreros sin éxito, pues esquivaron con habilidad al monstruo, pero para sorpresa de éstos, aquella máquina cibernética reinició su ataque a tal velocidad, que logró clavar sus garras de zombi en Diego, al que mató al instante. Pablo y Javier imaginaron una enorme torre de unos trescientos metros, que llenaron de cañones de gran potencia, pero el incesante fuego de artillería no hacía mella en el monstruo cibernético, que lograba clavar sus garras en Alberto, que también perecía al momento. Aquel monstruo parecía indestructible, y para colmo, un ejército de orcos y otras criaturas infernales escalaban la montaña a toda velocidad.

Pablo y Javier hicieron que la torre flotara, y la arrojaron sobre aquel ejército de las sombras, logrando así mermar las tropas del vampiro, pero continuaban ascendiendo, de modo que Pablo creó una bola de fuego del tamaño de la montaña, y la hizo rodar hacia los monstruos, que se fundieron enseguida. Javier movió la esfera hacia el ciborg zombi, que nada pudo hacer para frenarla. Con la muerte del engendro, se abrió un agujero negro, que fue tragando todos los montes adyacentes y se iba acercando peligrosamente hacia el vampiro y los dos guerreros que quedaban en pie. Ningún poder mágico, ninguna imaginación podía escapar de la tremenda fuerza del agujero negro, que llevó a los tres a los pies de una torre negra de poder.

Vampiro – ¡No puedo creerlo, estamos a los pies de la torre de Somnus!

Pablo – ¿Quién es Somnus? Habla ahora, maldita bestia.

Vampiro – Pobres mortales, nada podéis contra el infinito poder de Somnus, amo y señor de los sueños, creador de todas las pesadillas. Pocos han logrado llegar hasta sus dominios, y nadie ha podido nunca vencerle. Estamos muertos, todos nosotros…

Javier – Eso habrá que verlo. Primero acabaremos contigo, y vengaremos a nuestros amigos, y después destruiremos a ese tal Somnus.

Javier transformó al vampiro en un robot de acero, y Pablo creó un poderoso y gigantesco imán, que atrajo al hechicero, y también una enorme viga que acababa de imaginar Javier. Una afilada viga de acero oxidado que atravesó el negro corazón del vampiro, que murió desvaneciéndose en el aire. Entonces, sorprendentemente, de los huesos putrefactos que quedaban en el suelo, creció una planta de habas gigantesca con una vaina que arrastraba por el suelo, debido a su gran peso. Javier tuvo un presentimiento, y rajó la vaina con su espada de samurái, y ¡aparecieron Diego y Alberto! Al matar al malvado brujo vampírico, habían vuelto a la vida los dos guerreros que él había asesinado.

Javier – Ahora que volvemos a ser cuatro, y nuestro poder de imaginación es mayor que nunca, no tendremos ningún problema para vencer a Somnus y regresar a nuestro mundo.

Pablo – No sé qué decirte, a mí me está empezando a gustar esto. Es muy entretenido…

No le dio tiempo a pronunciar una sola palabra más, porque miles de espectros, salidos de la misma tierra, comenzaron a atacarles. Emitían tales alaridos de horror, que la sangre se helaba y el pulso se detenía al instante, pero los cuatro estaban curados de espantos, y ya sabían cómo hacerle frente a cualquier criatura, por extraña y poderosa que ésta fuera. Javier les envío una nube de plasma y ácido sulfúrico, y Diego les regaló centenares de afiladas estacas de plata, al tiempo que Pablo y Alberto abrieron las nubes, y dejaron que un espléndido sol les alumbrara con su intensa luz. Aquellos espectros no pudieron soportar aquel fulgor, y desaparecieron igual de rápido que habían aparecido. Pero no lograron acceder a la entrada de la torre de Somnus, pues un enorme perro se interponía en su camino. Aquel can se les acercó ladrando, y se paró a pocos pasos, luego abrió sus fauces, y de ellas salió un guerrero ataviado con vestiduras de cruzado medieval. Pablo cruzó su acero con el cruzado repetidas veces, pero

tal era la pericia de éste, que Pablo tuvo que retirarse. Javier le arrojaba flechas envenenadas, pero las iba desviando todas con su reluciente espada. Alberto imaginó un enorme camión, que hizo levitar, para arrojarlo al cruzado acto seguido, pero con su espada, lo dejó convertido en miles de fragmentos metálicos. Diego transformó esos restos de hierro en firmes barrotes, con los que rodeó al cruzado, pero con su espada, fue derritiendo los hierros, y escapar así fácilmente de su prisión. Aquel cruzado era realmente poderoso, y no iba a resultar nada fácil vencerle y llegar a la torre de Somnus. Los cuatro imaginaron su equipo de combate, y comenzaron a atacar con las espadas de samurái al cruzado. Primero fue Javier, pero el cruzado paró el golpe con su acero, luego se le sumó Pablo, que trató de separar la cabeza del tronco de su enemigo, pero éste se agachó ágilmente y devolvió el golpe, que fue tan fuerte, que tuvieron que pararlo entre Pablo y Diego. Alberto dio un gran salto, y se puso a la espalda del cruzado, y asestó un golpe mortal al rival, a la vez que Pablo y Javier atacaban por delante, pero el cruzado fue tan rápido, que logró parar con su arma los tres ataques, y aún tuvo tiempo de contraatacar. Trataron entonces de encerrarlo en una burbuja prisión, mientras Diego le arrojaba esferas de fuego, pero el cruzado dibujaba un círculo con su espada en el suelo, y nada le afectaba. En vano arremetían contra el cruzado, pues un escudo invisible evitaba todo ataque, ya fuera mágico o de fuerza. Entonces, a Javier se le ocurrió algo distinto, pensó en todos aquellos libros de fantasía que había leído, y los concentró en un solo libro, que hizo levitar en el aire. Pablo agrandó aquel volumen, y abrió sus páginas por la mitad, acercándolo luego al cruzado. Diego y Alberto hicieron salir a todos los personajes fantásticos que había en el libro, que atacaron con furia al cruzado, pero aquel escudo protector era inexpugnable, y se iban desvaneciendo a medida que chocaban con la pantalla mágica que rodeaba al cruzado. Javier abrió aún más el libro, y lo estrelló contra el cruzado, que quedó atrapado entre sus páginas. El paso parecía expedito hacia la torre de Somnus, y el poder de los cuatro crecía a

medida que iban derrotando a cada enemigo que se les ponía enfrente… ya estaban a pocos metros de la entrada de la fortaleza mágica cuando de pronto… la puerta se desdobló, creando una segunda puerta, con un enorme espejo que la cubría casi por completo. Del espejo salió una medusa, con serpientes por cabellos, que trató de mirar a los guerreros, pero éstos no pensaban convertirse en piedra, de modo que tajaron la testa del monstruo, y las serpientes cayeron al suelo, pero no murieron, sino que se convirtieron en arpías, encabezadas por Aelo, la cual desencadenó una gran tormenta con huracanados vientos sobre los cuatro. Bajo aquella torrencial lluvia, combatían a hierro y fuego contra las arpías, logrando matar a dos de ellas, pero la principal, Aelo, conjuraba rayos sobre sus enemigos, que lograban frenar con un escudo mágico, pero por más que arremetían con sus espadas a los monstruos, más deprisa se movían éstos, y con más rabia combatían. Entre los cuatro, cortaron la cabeza de Aelo, que al caer al suelo, se volvió un basilisco, una enorme serpiente venenosa con garras de dragón. Iba escupiendo su mortífero veneno sobre los cuatro, pero lograron protegerse imaginando un antídoto, mas el basilisco los apretó con un fuerte abrazo, y los llevó dentro de la tierra, que se transformó en agua. Allí, una bestia de mayor tamaño, Campe, un híbrido entre mujer y dragón, con cabellos de serpientes, le arrebató a la presa y la llevó al Tártaro. El tártaro era una prisión escondida en el abismo más profundo, destinada a los titanes. Tan profundo es, que está rodeado por tres capas de noche. Más profundo incluso que el reino del Hades. Es un pozo oscuro, húmedo y frío en la más honda tiniebla. Allí los encerraron, y los custodiaban gigantes de cincuenta cabezas y cien brazos llamados hecatónquiros. Desde su celda, los cuatro podían observar a Sísifo, subiendo por una empinada cima una enorme roca, que al llegar a la cumbre volvía a caer. Era un castigo eterno, como el que les esperaba a ellos, si no lograban escapar de aquel siniestro lugar. También vieron a Ixión, castigado a girar en una rueda en llamas eternamente, y a Tántalo, cuya condena era la eterna sed rodeado de agua.

Javier – No sé vosotros, pero yo me largo de este lugar.

Pablo – Me apunto. Tenemos cuentas pendientes con Somnus, el que nos impidió subir a su torre mágica y nos envió a este lugar maldito.

Diego – Debemos concentrarnos al máximo, porque este lugar parece más difícil y peligroso que todos los que hemos superado hasta ahora.

Alberto – Si lo dices por esos gigantes de cien brazos, no es problema, sé cómo vencerles. Recuerdo algo de la mitología griega, en la que Briareo se casó con Cimopolea, una hija de Poseidón, y tuvo dos ninfas como hijas, Oiolica y Etna. Briareo es un creador de las tormentas, y su esposa Cimopolea es la creadora de las grandes olas. Su hija Oiolica se divertía hundiendo barcos, mientras Etna era la diosa del famoso volcán italiano, y siempre estaba enojada, por lo que el volcán no cesaba en su actividad. Ya veis que se trata de una familia bastante violenta…

Pablo – ¿Y cuál es tu plan?

Alberto – Consiste en enfrentarlos, para que se peleen entre ellos y se destrocen mutuamente, y aprovechando la confusión, rescataremos a esos tres eternos condenados, que seguramente nos ayudarán en nuestra misión.

Javier – Parece un plan interesante, pero ¿cómo harás tal cosa?

Alberto imaginó una gran ola que atacó a Briareo, el cual, enojado, pensó que su esposa Cimopolea le estaba agrediendo, y le arrojó cientos de piedras con sus enormes brazos. Ésta, colérica por el ataque de su esposo, llamó a sus hijas Oiolica y Etna, y entra las tres atacaron a Briareo. Oiolica y su madre lo rodeaban de enormes y constantes olas, tratando de ahogar el mayor número de cabezas posibles, mientras Etna desataba su furia volcánica y lo abrasaba con sus explosiones de lava y ácido sulfúrico, mientras asfixiaba al gigan-

tesco ser con una densa bruma tóxica de gases venenosos. Viendo a Briareo muerto, decidieron abandonar aquel lugar y salir a la superficie.

Javier – ¡Magnífico!, pero aún quedan Giges y Coto.

Alberto – No hay ningún problema, lo tengo todo pensado. Urano envió a esos tres hermanos que guardan el Tártaro a dicho lugar, y si lográsemos imaginarlo aquí, acabaría con ellos.

Los cuatro se pusieron a imaginar a Urano, dios del cielo, hijo de Nix, la noche de los tiempos… y lo crearon justo delante de Giges y Coto, los cuales, al ver a su enemigo enfrente, le atacaron con fiereza arrojándole enormes rocas del Tártaro, pero Urano las iba envolviendo en su manto celestial, y las hacía desaparecer en la noche, luego, puso su gran manto sobre los dos gigantes, y nada más se supo de ellos. Hecho esto, Urano desapareció envuelto en su propio manto. Al fin quedaban libres, y rescataron de sus castigos a Sísifo, Ixión y Tántalo. Sísifo era fundador y Rey de Corinto, promotor de la navegación y el comercio, pero avaro y embustero, y fue castigado por revelar los secretos de los dioses.

Javier – No sé si fiarme de un hombre que ha asesinado por el oro…

Pablo – No te llenes de inquietudes, con nuestra imaginación podemos hacerle tremendamente rico, y así no nos traicionará jamás.

Javier – Pero Ixión, que fue Rey de Tesalia, quiso casarse con Día, hija de Deyoneo, al que prometió un buen regalo a cambio, mas no le dio nada, y Deyoneo le cogió como pago unas yeguas. Ixión quiso agradar a Deyoneo con una comida, y lo asesinó echándolo a unos carbones encendidos. Tenemos a otro traidor con nosotros…

Alberto – No te dejes a Tántalo, que cuando fue invitado a un banquete en el Olimpo, fue luego contando a sus amigos mortales todos los secretos de los dioses, y para desagraviarlos, los invitó a un

banquete, en el que al escasear la comida, sirvió a su propio hijo Pélope como manjar.

Javier – ¡Menudos elementos traemos con nosotros…!

Los tres liberados del Tártaro evocaron a las ninfas del mar, que proporcionaron unos caballitos de mar gigantes a los siete ex convictos del Tártaro, gracias a los cuales alcanzaron pronto la orilla. Tras no mucho andar, llegaron nuevamente a los pies de la torre de Somnus, pero los tres traidores tendieron una trampa a los guerreros: llamaron a Anteo, fundador de la ciudad de Tánger. Este gigante desafiaba y mataba a todo aquel que atravesaba sus dominios, y nunca había sido derrotado, pues al caer o tocar tierra, Gea le daba fuerzas de nuevo. Le dijeron que los guerreros pretendían saquear Tánger y destruirla, por lo que el gigante Anteo entró en cólera y los desafió a un desigual combate en tierra firme. Javier y Pablo le arrojaron fuego, pero Anteo ni se inmutaba. El gigante contestó con un fuerte puñetazo, pero los guerreros lograron esquivarlo. No tuvieron tanta suerte los tres traidores rescatados del Tártaro, que cayeron muertos, aplastados por semejante mole. Alberto recordó los libros de mitología que habían leído, y pensó en Hércules. Anteo intentó embestir a Hércules con todas sus fuerzas, pero el semidiós lo levantó, y pudo así asfixiarlo, pues Anteo, lejos de su elemento, la tierra, perdía todas sus fuerzas.

Pablo – Yo creo que ya podemos entrar en la torre, pues no veo a ningún enemigo que nos corte el paso.

Pero lo que no había visto Pablo fue unas gotas de sangre de la medusa que derrotaron ante la puerta de la torre de Somnus, y tampoco que de esas gotas se fue formando una serpiente llamada Anfisbena, la comedora de hormigas, que fue creciendo y creciendo, hasta alcanzar cientos de metros.

Javier – Ahora sé por qué se llama comedora de hormigas. Es lo que somos para ella…

Javier logró esquivar el veloz ataque de la serpiente, y le envió a los pájaros del Estínfalo, unas enormes aves de garras y pico de bronce, con un poderoso veneno que arruinaba todo lo que tocaban… Volaron hacia la serpiente, pero ésta destrozó a la mayoría de ellos con su cola. En un segundo ataque, uno de los pájaros logró picar a la serpiente, envenenándola y dejándola agonizante en tierra. El monstruo soltó una sangre negra de tono oscuro, de la que salieron unas grayas y gorgonas, que pese a ser picoteadas insistentemente por las aves, resistían el veneno, por ser ellas pura maldad. Aquellas brujas atraparon a las aves del Estínfalo y las metieron dentro de su caldero, en el que trataron de meter también a Javier, pero Pablo fue más rápido, y de un fuerte empujón, metió a una de aquellas brujas en la gran olla, muriendo escaldada. Alberto lanzó su katana contra una de ellas, que sostenía el ojo por el que veían, cayendo éste al suelo. Diego lo cogió y lo echó también en el caldero, dejando a las brujas ciegas. A pesar de no ver nada, no dejaban de atacar con fiereza a los guerreros, pero sus golpes daban a las gorgonas, y enojadas, se pusieron a pelear con las otras, destrozándose todas ellas. Los cuatro corrieron con todas sus ganas hacia la puerta, pero un fuerte viento los llevó por los aires hasta Sicilia, donde los lestrigones, una tribu de gigantes antropófagos, trataron de engullirlos. Antífates era su rey, y el más poderoso de ellos. Javier pensó en el caballo Arión, un animal inmortal con el don de la palabra.

Pablo – ¿Por qué has imaginado un caballo?

Javier – No es un caballo cualquiera, sino uno inmortal, y que habla. Habrá vivido miles de años, y nos podrá decir cómo escapar de estos gigantes caníbales.

El caballo les dijo que pensaran en las yeguas de Diomedes, unos caballos que devoraban carne humana, y que ellos podrían ayudarles a derrotar a los gigantes, y así lo hicieron, pero aquellas yeguas, lejos de ayudarles, trataron de comérselos. Arión les dijo que era parte del

plan, y que imaginaran estar en el monte Olimpo. Esto hicieron, pero se trajeron con ellos a aquellos gigantes también, aunque las numerosas fieras y alimañas del lugar dieron buena cuenta, tanto de las yeguas, como de los gigantes.

Ya pensaban que estarían a salvo, cuando el monte Olimpo empezó a moverse, y a meterse en el mar. Una montaña emergió delante de ellos, y… ¡Era Aspidochelone, una inmensa tortuga marina, que los llevaba al interior del mar! El caballo Arión pensó en la sirena Parténope, que los rescató de allí y llevó hasta Nápoles.

Arión – Debo dejaros, pero en esta ciudad encontraréis a Asterión, sirviente de Astreo, el modelador de la esfera celeste. Él sabrá cómo llegar a la torre de Somnus.

Buscaron por toda Nápoles a Asterión, y al fin lo hallaron, sentado en un banco del ágora. Con sumo placer los condujo hasta su amo Astreo. Éste los llevó a uno los cinco planetas del viento, y los dejó allí encerrados.

Javier – Nos ha traicionado. Todo era un plan para alejarnos de la torre mágica.

Pablo – No te lamentes. Lo que hemos de hacer es escapar de este extraño planeta y volver a la torre, y se me ocurre algo distinto, espectacular…

Pablo imaginó que estaban en la orilla este del Volga, en el verano de 1942, tras un numeroso ejército alemán, el cual pretendía llegar a los campos petrolíferos de la otra orilla del Volga, en el Cáucaso, custodiados por un no menos numeroso ejército ruso, que resistía tenazmente en sus posiciones. La aviación alemana bombardeaba masivamente las poblaciones adyacentes al río, causando numerosas víctimas. Se hicieron con Stalingrado, pero los rusos envolvieron a los alemanes y los cercaron en la ciudad. Los cuatro estaban en pleno centro de Stalingrado, y desde una azotea, observaban todo lo que

ocurría a su alrededor. Los días se sucedían, con sus constantes bombardeos de artillería y aviación, sus escaramuzas y ataques de tanques, y a los días les siguieron las semanas, meses de hambre y frío intensos, que fueron debilitando a los defensores alemanes. Finalmente, llegaron miles de tanques alemanes en auxilio de los de Stalingrado, pero se encontraron al ejército de tanques rusos y los refuerzos de Siberia, que hicieron una pinza a los germanos, destruyendo gran parte de sus batallones de tanques. Pablo imaginó al cangrejo gigante Carcinos, que salió del Volga y se puso a defender la ciudad, destruyendo tanques con sus poderosas pinzas, pero un grupo de rusos con lanzallamas terminaron con el monstruo. Javier se sumó al juego, e imaginó a Catoblepas, una vaca con cabeza de cerdo, cubierta de una fuerte coraza, que convierte a sus enemigos en piedra. Aquella extraña vaca iba volviendo a los tanques rusos en estatuas pétreas, y su dura piel resistía los obuses de los carros blindados, pero no soportó un bombardeo de los lavochkin rusos, que dejaron su cadáver esparcido por las puertas de la ciudad. Fue entonces Alberto el que sacó de su mente a Delfina, mitad mujer, mitad serpiente, una especie de dragón poderoso, que escupía fuego sobre los tanques rusos derritiéndolos, un dragón que alzó el vuelo y fue derribando a los Yakolev rusos, haciendo explotar todas sus bombas en el aire, lo cual provocó tal resplandor que cegó a la dragona, haciendo que se estrellara y muriera. Mientras tanto, continuaba el intenso intercambio de fuego aéreo y de las piezas de artillería antiaéreas, y los muertos de ambos bandos se sucedían por cientos de miles. Diego creó entonces a Ladón, un gigantesco dragón de cien cabezas, que iba devorando a todos los aviones que se cruzaban en su camino, mermando los ejércitos de ambos contendientes. Los tanques disparaban en vano sus obuses, pues el poderoso Ladón los engullía y luego los volvía a escupir sobre sus enemigos, desintegrándolos por completo. Pablo creó a Empusa, la poderosa lamia devoradora de humanos y bebedora de su sangre, y la echó sobre el ejército ruso. La carnicería no se hizo esperar, y cientos de soldados de infantería rusos fueron cayendo,

destrozados y vaciados por Empusa, mientras Ladón continuaba destrozando la aviación de los dos bandos en guerra. Entonces, una extraña niebla oscura de color púrpura, apareció en aquel lugar, y de ella salieron miles de harpías, encabezadas por Celeno. Eran monstruos, mitad águila, mitad mujer, que atraían la peste y la tempestad. Aquellos seres monstruosos atacaron al dragón de cien cabezas, despedazándolo en miles de trozos diminutos. Luego dieron buena cuenta de Empusa, cuya cabeza devoraron y escupieron sobre un tanque ruso. A continuación se pusieron a engullir a los soldados alemanes y rusos, sin distinción ni piedad. Ambos ejércitos acordaron una tregua y unieron sus fuerzas contra aquellos seres maléficos, y gracias a las baterías antiaéreas y los bazookas, lograron mermar la plaga que había llegado del cielo. De repente, el Volga comenzó a desbordarse, y dos gigantescos seres de agua, Escila y Caribdis, emergieron de sus aguas, saliendo a tierra firme. Ambos se fundieron en uno, creando el mayor monstruo que jamás hayan visto los tiempos, el cual comenzó a destrozar Stalingrado, con todos sus defensores alemanes dentro, y luego, tras haber exterminado a los germanos, fue a por los rusos, causando miles de muertos entre los artilleros, que en vano se afanaban por derribar a la bestia. Entre tanto, los cuatro guerreros pensaban a toda prisa algo para acabar con aquel engendro, el cual sería seguramente obra de Somnus para alejarlos de su torre mágica, y de la escapatoria hacia el mundo real. Diego pensó en Pegaso y otros caballos alados, y pudieron escapar volando sobre la grupa de esos animales, pero sólo momentáneamente, pues el gigantesco engendro les seguía de cerca. Entonces, Pablo imaginó que el cielo era un profundo mar, e hizo emerger de sus profundidades a los telquines, enormes peces con cabeza de perro, seres monstruosos que envió hacia el engendro que les quería matar. La lucha fue breve, pero no por ello, libre de crueldad, pues el engendro enseguida devoró a los telquines. Javier pensó en Ceto, una poderosa diosa marina que encarnaba todos los peligros del mar, y afortunadamente, las tornas cambiaron, pues Ceto creó una enorme tempestad que se

cernió sobre el engendro producto de la fusión de Caribdis y Escila, luego le sacudió con gigantescas olas, para terminar ahogando al monstruo perseguidor con un remolino de mar, que se tragó a la bestia, pero del cielo bajó una gran esfera de fuego, que cayó en el centro del mar, secándolo al instante, a continuación se abrió, dejando paso al titán Prometeo, un gigantesco coloso que lanzó multitud de pequeñas esferas por todas partes. De aquellas bolas surgieron guerreros de barro y fuego, que atacaron a los cuatro. Pablo imaginó una planta gigantesca, con numerosas ramas, que atraparon a muchos de esos guerreros, pero no duró mucho, pues con el fuego que expelían, las ramas no tardaron en arder, aunque no eran ramas cualquiera, pues Javier las había imaginado de titanio, y Alberto había pensado que tales ramas tuvieran bocas, de las que salían infinitas flechas con ácido puro. Viendo el titán Prometeo que nada podía hacer, decidió atacar él mismo a los guerreros. Este titán poderoso, escupió una llamarada de fuego sobre los cuatro, pero Diego llamó a los dáctilos, que salieron de la tierra, y formaron un escudo metálico de dos metros de espesor, que paró el ataque ígneo del titán, pero éste, enojado por ver su ataque frustrado, aplastó a los dáctilos, y con sus garras, destruyó totalmente el escudo metálico, lanzando un nuevo ataque de ira y fuego hacia los guerreros, que éstos paraban con gruesos escudos de agua cristalina. Viendo el titán que nada podía hacer con los cuatro guerreros, invocó a la poderosa Equidna y su fiel Tifón, el más mortífero de los titanes. La diosa serpiente les escupió veneno, que contaminó los escudos de agua, convirtiéndolos en sucia agua de cloaca. Luego le llegó el turno al poderoso Tifón, que asestó un fuerte golpe con su gran martillo contra los cuatro, pero Diego los protegió del golpe, volviendo el arma del titán contra éste. Aquel monstruo quedó conmocionado en el suelo, cosa que aprovecharon los cuatro para escapar de allí sobre el famoso jabalí de Erimanto, que a su paso iba derribando todos los árboles del bosque cercano. Pero Tifón despertó, y con grandes zancadas, no tardó en alcanzarles, e invocó tal huracán, que los árboles, y todo lo que había en aquel

bosque, salieron volando por los aires, y entonces, aquella criatura mítica abrió sus fauces, tratando de devorar a los cuatro, mientras provocaba un tremendo terremoto con el movimiento de sus interminables alas. Viendo que se acercaba su fin, Pablo pensó en un carro tirado por hipocampos, que salía del enorme agujero que antes fue un mar. En dicho carro iba Poseidón, que enojado con Tifón por haber secado su mar, le arrojó su tridente, provocándole la muerte al instante. Luego, señaló con su arma aquel agujero, y volvió a llenarlo de agua, finalmente se lanzó a lo más profundo de su mar, desapareciendo de la vista de los agradecidos guerreros. Los cuatro pensaron en unos caballos veloces, y se dirigieron sobre ellos hacia la torre de Somnus, en busca de la salida al mundo real. Mientras cabalgaban sobre los negros corceles iban pensando la manera de derrotar al gran Somnus, el poderoso hechicero de los sueños, invicto en miles de años. Al llegar de nuevo a la puerta de la torre, les esperaban unos fieros guardianes, a los que deberían derrotar para entrar en la fortaleza del hechicero Somnus. Allí había dos enormes esfinges, que atacaron con sus poderosas garras a los cuatro, pero éstos se defendieron usando una poderosa armadura de haces eléctricos, que emplearon luego para atacar a los monstruos de piedra, aunque esas criaturas esquivaron el ataque eléctrico con un rápido y ágil vuelo. Desde el aire emprendieron nuevamente el ataque contra los cuatro, lanzándose a toda velocidad hacia ellos, tratando de atraparlos con sus garras, pero entonces, Javier les lanzó unas esferas de gravedad, que al hacer contacto con las esfinges, hicieron que cayeran a plomo contra el suelo, muriendo aplastadas contra el mismo. Somnus, que lo contemplaba todo desde la ventana más alta de su torre, señaló al suelo, tornándolo un gélido mar, del que hizo emerger a una hidra con cinco cabezas, un gran monstruo que casi engulle de un bocado a Javier, si no es porque Diego le cortó hábilmente una cabeza con su katana, pero de donde murió una, salieron dos cabezas, y además, la hidra aumentó de tamaño, escupiendo fuego y azufre. Diego pensó en un cubo, que lanzó hacia la hidra. Ésta intentó en-

gullirlo, pero aquel cubo aumentó de tamaño en escasos dos segundos, pasando de unos pocos centímetros a cientos de metros, y encerrando al monstruo. Una vez apresado en aquel cubo, éste comenzó a encoger, hasta medir unas pocas micras, aplastando así al monstruo marino. Pero Somnus les envió a Damnameneo, uno de los nueve telquines, monstruos marinos, hijos de Ponto y Talasa, que se fundieron en uno solo, y al que Somnus les atribuyó poderes mágicos, convirtiéndolo en un poderosísimo enemigo, que a la par que trataba de devorar a los cuatro, les iba arrojando hechizos de fuego, hielo y ácido, y con la otra garra conjuraba extrañas criaturas mágicas, que intentaron atrapar a los guerreros. Ante tal enemigo, los cuatro unieron sus mentes, y formaron a un robot gigantesco, que iba parando los ataques de cada monstruo que creaba aquella criatura de Somnus, al tiempo que enviaba rayos láser hacia él, pero éste los paraba con un escudo de plasma, y enviaba nuevos hechizos contra el robot, tratando de destrozarlo. Finalmente acabó con el robot, y entonces, Javier pensó en Gerión, un mítico guerrero formado por el cuerpo de tres soldados. Aquel magnífico guerrero luchó contra la bestia, atravesando su corazón con tres lanzas, y creyéndola muerta, se dio la vuelta y se dirigió hacia los cuatro, pero ese descuido le costó la muerte, pues la criatura se transformó en otro monstruo, Esteno, una criatura híbrida entre mujer y serpiente, con poderosas garras de bronce y cabellos de víboras. Esta hermana de la Medusa, acercó su cabellera a Gerión, y sus serpientes inocularon un poderoso veneno en aquel guerrero, que cayó abatido y sin vida al suelo. Pablo corrió hacia el monstruo, y con su katana le rebanó el pescuezo, Diego abrasó la cabeza de Esteno con un potente lanzallamas, mientras Alberto aplastó el resto del cuerpo con una gran maza de titanio. Viendo entonces el paso libre de monstruos, corrieron hacia la entrada de la torre de Somnus, pero inesperadamente, comenzó a diluviar. Las gotas se hicieron cada vez más grandes, y más grandes, hasta que una de considerable tamaño alcanzó el suelo, convirtiéndose al instante en el imponente dragón de la Cólquida, un gigantesco ser

insomne, que les esperó pacientemente en la puerta de la fortaleza del señor de los sueños.

Javier – Con este ser que nunca duerme, jamás podremos acceder al interior.

Pablo – Pues habrá que hacerle dormir, para siempre…

Diciendo estas palabras, pensó en los khalkotauroi, unos enormes toros con pezuñas y boca de bronce que soltaban fuego por la boca. Los enormes astados embistieron al dragón de la Cólquida, que permanecía quieto, vigilante y expectante, pero la gruesa y dura piel del dragón resistió la embestida de las fieras, que volvieron a coger carrera y a embestir, esta vez expulsando llamaradas de fuego por sus respectivas bocas, pero el dragón esquivó su acometida, y devolvió el ataque, expeliendo una gigantesca llamarada, que derritió a los toros, para volver acto seguido a ocupar su puesto de guardián de la torre. Pablo sacó de su mente al león de Nemea, y también al de Citerón. El temible león de Nemea devoró de un solo bocado al segundo, haciéndose más grande y fuerte al instante, luego atacó al dragón de la Cólquida, que arrojó una llamarada ardiente sobre éste, pero su gruesa y dura piel impidieron todo daño, de modo que el dragón alzó el vuelo unos metros, y dio tal coletazo al león, que cayó muerto a sus pies, luego regresó a su lugar de guardia. Fue entonces cuando Javier pensó en una mantícora, un gran animal con cabeza humana, cuerpo de león y cola de escorpión, que lanzaba espinas venenosas a sus enemigos. Aquel extraño animal levantó el vuelo con sus majestuosas alas, y desde el aire lanzó espinas al dragón de la Cólquida, pero su coraza repelió los dardos venenosos, y lanzó un coletazo a la mantícora. Ésta esquivó hábilmente el golpe, y contraatacó con su cola de escorpión, tratando de arrancarle la cabeza al dragón, pero no hubo nada que hacer, pues éste era invencible. El dragón insomne mordió la cabeza de la mantícora, arrancándola de cuajo, y luego la escupió frente a los cuatro guerreros. Le tocaba a Diego,

que envió al gigante Perifetes, con su maza de hierro, a destrozar al dragón, ayudado del también gigante Athos, que iba arrojando enormes rocas al guardián de la torre, pero éste se tragaba las rocas, y las devolvía derretidas. Perifetes logró asestarle un temible mazazo al dragón en la cabeza, pero fue la maza la que se quebró, y viendo los gigantes la dureza del monstruo, decidieron huir del lugar.

Pablo – Se va a enterar el dragón éste… Ya verás si nos dejas entrar o no…

Pablo imaginó a Hypnos y su esposa Pasítea, dioses del sueño, que arrojaron una nube hipnótica que confundió las ideas del dragón y lo sumieron en un profundo sueño.

Javier – ¡Por fin lo logramos!, vamos a entrar en esa dichosa torre, y de ahí, al mundo real.

La torre se erguía majestuosa, y su fulgor deslumbraba a millas de distancia. La puerta, imponente, se mantenía cerrada a cal y canto, y era lo único que los separaba de su sueño de escapar de aquel mundo onírico y regresar a la realidad.

Pablo – Yo haré que entremos de una vez.

Dicho esto, golpeó fuertemente con un hacha de doble filo la puerta, echándola abajo en mil diminutos fragmentos. A continuación entraron, sin pausa, más con suma precaución, no en vano se trataba de la fortaleza mágica de un poderoso hechicero… Javier echó unos pequeños drones espías para que hicieran un mapa digital de la siniestra estancia, mientras Alberto imaginaba una poderosa armadura de piel de dragón negro, a la par que Diego pensaba en un mini cañón nuclear de protones. No hubieron dado ni cien pasos por aquella habitación primera de la torre, cuando se les presentó un hechicero de púrpura túnica, que agitando un bastón mágico, se transformó en un enorme león y se abalanzó hacia Diego, pero éste disparó con su cañón nuclear protónico, y un alarido de horror cortó

la oscura noche como si fuera un afilado cuchillo, más el brujo no pereció en el ataque, y arremetió con furia contra Diego, destrozando su cañón de protones de un zarpazo. Luego se lanzó sobre Alberto, pero su firme armadura de piel draconiana resistió el empuje del brujo, haciendo que su ira aumentara por momentos. El brujo volvió a su forma humana, y sus pies no tocaban el suelo al andar. Levitando, se dirigió hacia una gran arca que había en un rincón de la habitación, y la abrió, ante el asombro de los cuatro guerreros, que vieron cómo multitud de rubíes, esmeraldas, zafiros y monedas de oro brotaban a borbotones de aquella arca, derramándose en descuidada profusión por la habitación.

Pablo – No nos tentarás con riquezas mundanas, brujo. Derramaremos tu sangre, del mismo modo en que tú has derramado estas joyas.

Aquel brujo sacó una pequeña esfera ígnea de la nada, y haciéndola más y más grande, se envolvió en ella, hasta convertirse en fuego líquido del infierno, y luego se dirigió velozmente hacia los cuatro, tratando de consumirlos con su calor, pero Javier lo envolvió en una esfera mayor de agua cristalina, que luego hizo más y más pequeña, y que arrojó a un pequeño agujero negro que había imaginado Alberto, haciendo desaparecer al mago para siempre. Entonces, subieron las escaleras y llegaron a la segunda habitación. Allí les esperaba un siniestro espectro, una infernal visión que sólo aparece en las más oscuras pesadillas. Más los cuatro guerreros no retrocedieron ni un solo palmo de terreno, y se aventuraron a enfrentarse al siniestro brujo. Cuando los cuatro arrojaron sus afiladas katanas al engendro, éste las quebró con un escudo invisible, y luego murmuró un secreto arcano, y de la nada, sacó una extraña red, que lanzó contra los cuatro, alcanzando a Diego, envolviendo su cuerpo convulso en sombras de pesadillas eternas.

Pablo – Tenemos que sacarlo de ese hechizo siniestro.

Javier – Eso es fácil, déjame hacer a mí.

Javier creó con su mente una puerta de marfil, que hizo levitar hacia donde se encontraba su amigo Diego, y luego la abrió en silencio, haciendo que la red quedara atrapada en aquel portal de marfil, y liberando a Diego del hechizo.

Espectro – Te felicito, joven guerrero. No es fácil conjurar una puerta mística. Es necesario alcanzar un alto nivel en la magia para llegar a formular dicho conjuro de separación de objetos.

Javier – No es la magia la que ha producido la puerta, mamarracho, sino mi imaginación, algo más poderoso que cualquier guerrero, monstruo o brujo, y con ella acabaré contigo, engendro maléfico.

Espectro – Eso habrá que verlo, aprendiz.

El oscuro brujo, versado en las artes oscuras, miraba sin ver, invocando antiguos conjuros de Antraria, rebuscando en la vieja magia de Darkonia, hasta que encontró un poderoso hechizo maléfico, con el que se apresuró a atacar a los cuatro guerreros. El brujo abrió su propio cerebro, y de él extrajo al destructor de almas, un guerrero de ocho brazos, de gran rapidez y agilidad, con una fuerza colosal de cien hombres, y lo envió contra los cuatro.

Alberto apenas podía contenerlo con campos de energía magnética, que el guerrero maléfico destruía fácilmente. Pero Diego salió en su ayuda, y con poderosos disparos de plasma pura, frenó momentáneamente al monstruo, aunque su colosal fuerza le hacía avanzar más y más hacia los guerreros. Entonces, Javier pensó en una esfera de anti materia, que lanzó contra el monstruo, destruyéndolo en miles de diminutos trozos. El brujo, vuelto pura ira, fue corriendo hacia Javier, para matarlo con sus propias manos, pero llegó Pablo, que convertido en un gigantesco Golem de titanio, golpeó con sus puños mortales al brujo, dejándolo silente yaciendo sin vida en la segunda estancia de la torre de Somnus.

Pablo – Acabamos con ese inofensivo títere. Vayamos a la tercera estancia. ¡Ánimo, amigos, pronto estaremos de nuevo en nuestro mundo!

En la tercera habitación les aguardaba un guerrero de dos metros de altura, que empuñaba una afilada espada con ambas manos. El guerrero del mal dirigió una sombría mirada que helaba la sangre, y sin mediar palabra alguna, asestó un mortífero golpe con su frío acero contra Diego. Mas Diego paró el golpe con una fulgurante joya, más dura que el acero, por lo que quebró la espada del bárbaro, aunque esto no frenó sus acometidas, y se lanzó contra Diego, con más fiereza que antes, si cabe. Pero Diego hizo estallar la joya, desvaneciéndola en una iridiscente llamarada de rayos, que abrasaron los ojos del bárbaro y lo cegaron para siempre. Cuando todo parecía fácil, cuando se disponían a asestarle al bárbaro ciego el golpe de gracia, éste se quitó su piel humana, dejando ver su verdadero ser, el de un poderoso brujo, cuyo oscuro pasado era aún más antiguo que la propia Tierra, y cuyos poderes arcanos eran más insólitos y destructivos que todo cuanto habían presenciado antes. El brujo abrió un agujero negro, inmune a todos los pensamientos de los guerreros, y por él empujó a Diego, enviándolo al mundo real.

Brujo – He enviado a vuestro amigo al mundo real, asegurándome así de que vuestro poder mermase. Ya no sois cuatro, sino tres los guerreros con los que deberemos enfrentarnos, y lo divertido es que si os mato a los tres, vuestro mundo entero perecerá bajo las sombras oscuras de la maldad.

Alberto – Bueno, al menos uno ya ha salido de aquí, y por nosotros no te preocupes, insecto, porque nos bastamos para aplastarte.

Alberto encerró el agujero negro en una esfera incorpórea, y se la tragó, evitando así que nunca más volviera a crear agujeros negros aquel brujo. Luego bombardeó al hechicero con millones de positrones, más el brujo era inmune a la magia, pues su amuleto del dragón de Asgaria lo hacía posible.

Pablo – Hay que arrebatarle ese amuleto que lleva en el cuello, porque sospecho que es lo que le da ese tremendo poder mágico.

Javier – No te preocupes, eso está hecho.

Javier arrojó polvo de azufre y cianuro sobre los ojos del brujo, que riendo, los quitó de su vista de un simple soplo, pero esa burda distracción sirvió para que Pablo nublara con su mente la magia del hechicero, mientras Alberto arrebataba el amuleto mágico al mago y lo destruía con fuego puro, volviéndolo cenizas. Cenizas que lanzó contra el hechicero, tratando de envejecerlo y tornarlo polvo, que es en lo que nos convertiremos todos, más el hechicero, riendo a carcajadas, se desvaneció de la habitación, dejándoles libre el acceso a la estancia número cuatro.

Pablo – Es inmune al tiempo, no envejece ni muere nunca. Debí suponerlo… Pero no hay que preocuparse, pues Diego ya está libre, y nos hallamos en la cuarta estancia. Queda menos para salir de este mundo de sueños.

En aquella nueva habitación mágica, no había nada, ni paredes, ni enemigos, ni animales, nada… tan sólo sonidos, extraños sonidos de pisadas, que parecían acercarse. Presagios de veloces pisadas de almas malditas, que se cernían sobre los cuatro irremediablemente. Entonces, Pablo lo vio claro. ¡Se trataba de enemigos invisibles! Del miedo puro… Fue entonces cuando Pablo imaginó un río de aguas turbias y profundas, y un siniestro barquero, Caronte, el que guía a las almas perdidas al submundo, y éste se llevó a los invisibles espectros malditos para siempre al inframundo. Allí quedaron aquellas almas, postradas en un silencio de muerte. Cuando ya parecía el peligro superado, se oyó una voz estruendosa y amenazante:

Brujo - ¡Os enseñaré a caer en las sombras de oscuridad profunda, malditos mortales!

Diciendo esto, el brujo maldito creó un abismo infernal, y trató de empujar al mismo a los cuatro. Tal era su fuerza, que apenas po-

dían resistirse a su magia, acercándose cada vez más al abismo. Allí les esperaba el mismo brujo, que había descendido al abismo, esperando a los cuatro para devorar sus almas. Allí estaban sus devotos sirvientes, seguidores del innominado dios de las tinieblas…

Pablo – No he llegado tan lejos para caer ahora en las fauces de un demonio putrefacto y maloliente. Hay que terminar con esa inmundicia también. Pensad algo, pero deprisita… Javier imaginó todas las bibliotecas de la Tierra, con todos sus libros, y los fue arrojando al abismo, llenándolo de imaginación, de toda la imaginación del mundo real, hasta que ya no cupo nada más en el abismo, hasta que explotó en mil pedazos, con todos sus demonios dentro.

Pablo – Ea, ya llegamos a la quinta estancia.

En aquella habitación había solamente un espejo, un polvoriento y viejo espejo, en el que se miró Alberto… De pronto, Alberto se volvió contra Javier, y trazando un arco mortal con su espada, asestó un fuerte e inesperado golpe sobre éste, dejándolo gravemente herido.

Pablo - ¡Ha sido el espejo! Lo ha embrujado. El mal lo ha hipnotizado y vuelto contra nosotros.

Pablo lanzó sobre Alberto unas boleadoras, pero éste saltó ágilmente y las esquivó. Luego tuvo que defenderse de un nuevo ataque de Alberto, que casi acaba con la vida de su amigo Pablo, que a duras penas lograba esquivar la muerte. Javier acudió a su encuentro, imaginando que la espada de Alberto era una cadena de hierro, y que se enrollaba en su cuerpo, y así pudo retenerlo. Luego golpeó furiosamente el espejo mágico, haciéndolo añicos, revertiendo de esta manera la maligna magia que se había adueñado de su amigo, pero Javier seguía malherido, y había que buscar una cura pronto, pues si moría alguno de ellos en el mundo de los sueños, ninguno podría salir jamás de allí. De los pedazos surgieron guerreros temibles, que trataron de

matar a Javier, pero Alberto, ya recuperado, sanó a su amigo y pensó en un escudo protector, mientras Pablo se encargaba de reducir a los enemigos, imaginando una gran nevada, que dirigió de un soplo hacia los guerreros, que quedaron atrapados bajo un pesado manto de hielo y nieve, congelándolos para siempre. Luego, los tres se dirigieron hacia el siguiente piso, pero algo los frenó. Toda aquella nieve se fundió con el hielo, formando una esfera helada, que explotó, dando paso a un brujo oscuro, que arrojó puñales de hielo contra Pablo, que a duras penas lograba esquivar. Javier, ya sanado completamente, se lanzó sobre el brujo, al que le clavó una estalactita en pleno corazón, acabando con su vida, y dando a sus compañeros el acceso al nivel siguiente de la torre.

En el nivel seis les esperaba un anciano, apoyado frágilmente sobre su bastón de madera de cedro. Javier se dirigió a él y le preguntó si les iba a dejar pasar por las buenas, o bien prefería la muerte, como habían elegido ya sus predecesores. El anciano encendió un pequeño fuego, que fue creciendo, hasta convertirse en fuego vivo, llama pura de Uldrun, y luego la arrojó sobre los guerreros, que ahora eran tres. Por suerte, Javier había parado las llamas con un escudo de agua, pero el anciano lanzó una nueva llamarada, esta vez por su boca, que convirtió el escudo acuoso en vapor de agua. Pablo, viendo que aquello iba en serio, pensó en una solución más tajante.

Pablo – ¡Regresa al sombrío mundo que te engendró, maldita criatura! ¡No vuelvas a mostrarte ante nosotros, insignificante sub criatura del averno!

Tras oír esas palabras, el anciano, antes fiero y fuerte, se volvió manso y débil, y se desmoronó sin vida ante sus ojos.

Javier – No te confíes. Estos brujos son muy traicioneros, y no es la primera vez que nos engañan fingiéndose muertos…

De pronto se oyó un violento batir de alas, que dio paso a un oscuro engendro, el cual se dirigió a los tres en estos términos:

Engendro – No finge, el anciano ha muerto. Bueno, nunca estuvo vivo, sino que fue una sombra que os envié para entreteneros, y para divertirme viendo lo patéticos que sois, criaturas humanas. Nadie ha vencido jamás a Skgrelior, amo de las sombras oscuras.

Alberto – Siempre hay una primera vez, y la tuya va a llegar en breve, fantoche.

Alberto no tuvo tiempo de imaginar nada, porque una negrura sin nombre lo iba devorando todo, incluso los pensamientos. Los tres guerreros no podían pensar ni imaginar nada, no podían hacer nada para frenar a aquella criatura maligna, que ciertamente les había logrado sorprender con sus arcanos encantamientos.

Engendro – ¡Contemplad los últimos instantes de vuestra insignificancia existencia! Ya os advertí, mi poder es insuperable, y pronto, vuestras almas servirán para alimentarme y aumentar mi poder.

Pablo vació su mente, se dejó llevar y relajó sus músculos al máximo, conteniendo incluso su respiración. De este modo se puso en trance, esquivando así el conjuro del engendro maléfico. Imaginó una claridad resplandeciente, un brillante sol luciendo en lo alto de una fresca pradera, y un círculo místico rodeado de esferas de fuego puro, y en el centro, se hallaba el engendro, al que arrojó todas las esferas, y ardiendo, lo envió luego hacia el sol, consiguiendo que la criatura de las sombras explotase en miles de pedazos.

Pablo – Vamos a la estancia séptima amigos. Diego nos está esperando en la Tierra, y no debemos hacerle esperar.

Subieron a la habitación número siete y encontraron a un brujo sin brazos y sin rostro, el cual pensaron que sería inofensivo, pues no podría crear nada con sus manos, ni conjurar nada con sus labios, pero no contaron con su poder mental. Aquel brujo hizo que de la nada salieran dos espadachines, que se batían en duelo suspendidos en el aire. Tras una breve exhibición, dirigieron su furia hacia los tres

guerreros, aunque Pablo paró su ataque fácilmente, volviéndolos nuevamente contra sí mismos, y finalmente, esos guerreros acabaron muertos y tumbados en el suelo. Al brujo, convirtió la habitación en una lóbrega y sombría celda, y creó unas cadenas mágicas, que ataron firmemente a los tres. Javier pensó que estaban en una infinita planicie al aire libre, y que las cadenas eran riachuelos que la surcaban. Alberto se dirigió al brujo, tratando de pactar una tregua, pero la respuesta del brujo no llegó en forma de palabras, sino de magia oscura, y aquel valle apacible se plegó sobre sí mismo, y los tres terminaron encerrados en un libro mágico, difícil prisión de la que escapar… Con un atronador estrépito, que hizo retemblar los cimientos de aquel mágico mundo, Pablo quebró las páginas de aquel manual de magia negra, y deslizándose con una cuerda mágica, salió del volumen prisión, seguido por sus compañeros. Con una espada forjada por la magia, el brujo silente trató de arrebatarles la vida, pero Javier imaginó un rostro para el mago, y unas manos, que taparon dicho rostro, impidiendo al brujo ejercer sus malas artes, y luego, dirigió la espada hacia el hechicero, cortando su cabeza, que arrojó por un agujero negro creado por Pablo.

Javier – Siguiente nivel, ya queda menos para salir de este mundo.

Pablo – Llevamos una eternidad en este lugar, a ver si escapamos pronto…

En la octava habitación, encontraron a unas brujas peleando entre sí, transformándose en extrañas criaturas mágicas y tratando de despedazarse y aplastarse mutuamente, hasta que finalmente quedó una sola, que se dirigió a ellos con las siguientes palabras:

Bruja – Me he deshecho de mis hermanas brujas porque quiero vuestras almas para mí sola.

Pablo – A ver si te metemos en una olla y te freímos, condenado engendro… No te interpongas en nuestro camino, ser repugnante y maléfico.

La bruja, encolerizada, se transformó en un gigantesco dragón, que hizo temblar los cimientos de la torre, y arrojando una llamarada de fuego abrasador sobre los tres, comenzó a reírse. Luego agitó sus huesudas manos, y lo volvió todo sombras, para que no pudieran verla y perecieran bajo su fuego de muerte, pero con la tenue luz de la luna, en las sombras de la noche, relucía el acero de las katanas de los tres guerreros, que sigilosamente, y esquivando los ataques de la bruja dragón, se fueron aproximando a la espalda de la criatura maléfica, pero al tratar de atravesarla con sus aceros, ésta se esfumó disipada en niebla, y volviéndose a transformar en dragón, lanzó una llamarada aún más ardiente que las otras, aunque los tres la pararon con un escudo protector, y mientras Pablo y Javier arremetían contra la bruja, Alberto lograba arrancarle la cabeza de un certero golpe de katana, acabando con el monstruo, y dejando libre el acceso al nivel nueve. Allí había un monstruoso ser, sin rostro, y con ocho luengos brazos, terminados en afiladas y largas uñas prestas a rasgar la carne y los huesos. Aquel horrendo y siniestro ser malévolo llegó desde la oscura Estruria, en el lejano sur. No tuvieron tiempo para intercambiar saludos, pues aquel engendro alargó sus tentáculos afilados y los lanzó hacia los tres guerreros. Pablo cortó uno de los brazos, Javier saltó, esquivando el ataque de las garras, y luego cayó sobre dos de los brazos, arrancándolos de cuajo con su katana. Alberto hizo un movimiento circular con su acero, rebanando de cuajo el resto de brazos, pero aquel engendro parecía no inmutarse, pues de su cuerpo brotaron nuevos brazos, tan largos como los anteriores, pero terminados ahora en pezuñas.

Pablo – ¿Qué maldad se ha producido? ¿Qué engendro del averno maldito es éste? ¿Cómo ha creado el mal donde nada había?

El engendro trató de aplastar el cráneo de Pablo con sus pezuñas, pero Javier se interpuso.

Javier – ¡La criatura que ose tocarme, se reunirá en el infierno con sus ancestros!

Diciendo esto, pensó en un campo de anti gravedad, que aplastó los brazos del engendro al instante, mas el adefesio maligno desveló su verdadera forma: se volvió una masa nebulosa con cientos de tentáculos negros llenos de pezuñas y afiladas garras y fauces devoradoras. Se trataba de Nigurat, una ancestral criatura proveniente de los bosques malditos del sur.

Javier – No sé cómo lo haces, pero ahora das más repugnancia que antes, maldita criatura del mal. Acabaremos contigo, igual que hemos acabado con cada uno de los malditos seres de este mundo oscuro.

Javier y Alberto unieron sus mentes, y crearon una doble esfera, cuya primera capa estaba impregnada de ácido puro, y la capa exterior era un poderoso campo de fuerza psíquica. Nigurat trataba en vano de escapar de su prisión esférica, cuando de pronto, Pablo llegó con furia, y con una violenta, vibrante y repentina embestida, atacó al monstruo nebuloso, y clavando en su cerebro la mítica espada de Skelior, acabó con su maldita vida.

Pablo – Vamos al décimo nivel y acabemos ya con esto.

Javier – Estoy deseando reventar a ese Somnus.

Alberto – Deja algo de diversión para los demás. También tenemos derecho a aplastar y triturar a ese fantoche de los sueños.

Bromeando, llegaron finalmente al décimo y último nivel de la torre de Somnus, pero aquel ser no era una broma… Allí había tres camas, y flotando sobre ellas, estaba Somnus, un espectro poderoso ataviado con una negra túnica. Tenía la cabeza cubierta con una capucha, que sólo dejaba entrever su rostro siniestro. Allí se encontraba, susurrando arcanos conjuros maléficos, mientras con una mano señalaba a los tres, y haciéndoles levitar, los depositó en cada uno de los lechos. Luego los tapó con mantas embrujadas, que impedían que pudieran mover un solo músculo. De nada valía ningún pensamiento de los tres guerreros, tal era el poder de aquel onírico

ser espectral de grado sumo… Somnus estaba inundando sus almas de indecible terror, sumiéndolos en interminables pesadillas. De pronto se oyó una voz, primero tenue, luego más fuerte, hasta terminar convirtiéndose en un grito de horror:

Pablo – ¡Déjame salir de esta sima infernal!

Somnus – ¡Calla, pobre mortal! Habéis llegado lejos, pero jamás saldréis de mis dominios, de mi mundo de sueños. Vuestras almas serán mi alimento, y cuando os termine, visitaré vuestro mundo mortal y lo convertiré en pura pesadilla. ¡Ja, ja, ja!

Somnus invocó a tres demonios de los sueños, y los colocó sobre cada uno de los tres guerreros. Aquellos demonios impedían con su peso que se despertaran y reaccionaran, y he ahí el nombre de pesadilla… Por último, Somnus hizo bajar las camas hasta un profundo y lóbrego sepulcro, bajo las arenas de Aeternia, el reino maldito de la noche. Todo parecía perdido, pues sus mentes estaban anuladas por la magia negra, sus cuerpos, presos bajo toneladas de roca oscura de la pirámide negra de Akenatón, el faraón maldito, y sobre ellos estaban las pesadillas, unos demonios de los sueños que inoculaban malos sueños en sus cerebros. No había manera humana de escapar de allí, pero cuando ya no quedaba lugar para la esperanza, sucedió algo del todo imprevisto: un célere meteorito cruzaba el cielo a toda velocidad, para estrellarse finalmente en la pirámide negra, bajo la que se encontraban los tres. El meteorito atravesó las gruesas piedras de la construcción maldita, y llegó hasta el oscuro sepulcro donde se hallaban los tres. Con su radiante luz, cegó a Somnus, que por un momento dejó de manipular sus mentes, lo cual liberó a los tres, a los que se unió Diego. ¡Sí, Diego, qué había vuelto para ayudar a sus amigos! Diego calmó las mentes de sus compañeros de fatigas, y les infundió coraje.

Pablo – ¡Ahora os vais a enterar de qué es una verdadera pesadilla, malditos engendros de la noche!

Pablo, más tranquilo que nunca, pensó en algo agradable, un sereno mar bajo un sol radiante. Javier imaginó que estaban haciendo

mucho ejercicio, practicando artes marciales en la mullida arena, mientras Alberto pensaba en que las tres pesadillas se hallaban en dicha arena con ellos. Entonces, clavaron sus katanas en los cráneos de los monstruos, terminando para siempre con sus temores nocturnos, pero quedaba Somnus… Los cuatro formaron un corro, uniendo sus brazos, y pensaron que subían, atravesando la tierra a toda velocidad, traspasando el suelo, ascendiendo a los cielos, cada vez más y más alto, sobrepasando incluso la famosa torre de Somnus, la cual dejaron ya muy pequeña a lo lejos, y entonces, en el aire, imaginaron que se convertían en poderosos guerreros míticos de luz pura, y con sus mágicas espadas, enviaban rayos de luz sobre la sombría tierra gobernada por Somnus. El espectro, encolerizado en grado sumo, ascendió también a lo más alto de su reino, y protegido por una esfera oscura, se situó frente a los cuatro guerreros, pero no pudo murmurar siquiera un conjuro, ni convocar a ningún ser de la noche, pues los cuatro fueron más rápidos que él, y lo envolvieron en una manta mágica, metiéndolo luego sobre una cama que levitaba por el cielo, y luego le hicieron soñar, pero no con pesadillas, sino con apacibles y deleitables sueños, finalmente, lo envolvieron nuevamente, esta vez en una esfera mágica de luz solar, y lo colgaron de lo alto de su torre, entonces, ocurrió algo mágico, espectacular, impresionante… se abrió un portal en el cielo, a través del cual se veía el mundo real. ¡Por fin lo habían logrado, ya estaban en casa a salvo! No tardaron ni un segundo en reaccionar, y los cuatro se dirigieron volando a toda velocidad hacia el portal. Pasó Javier, pasó Pablo, y luego Diego, pero cuando Alberto había traspasado el umbral de los sueños con las manos, algo inesperado sucedió: Somnus había logrado escapar de su prisión mágica, y tenía sujeto por los pies a Alberto, impidiéndole pasar al otro lado.

Pablo – ¿Qué hacemos? Si tiramos de Alberto, traeremos a Somnus al mundo real, y lo convertirá en una eterna pesadilla, pero si le dejamos allí, jamás me lo perdonaría.

Javier – No te preocupes, deja que entre Somnus, que ya le ajustaremos las cuentas aquí.

Acordaron entonces ayudar a Alberto a pasar al mundo real, trayendo con él al temible Somnus, el cual, cuando tuvo medio cuerpo en el mundo real, formuló un extraño y poderoso conjuro de fusión:

Somnus – ¡Por la puerta oscura de Asgar, por las brumas malditas de Strund, qué la luz y la tiniebla se vuelvan una!

Tras esto, ambos mundos se entremezclaron. Lo real y los sueños se fusionaron en una sola cosa. De la nada surgieron millones de extrañas criaturas fantásticas de todo tipo y condición, que caminaban, nadaban o sobrevolaban el mundo de los humanos, la Tierra había sido convertida en una intensa pesadilla. Mientras tanto, los cuatro cayeron al suelo a toda velocidad, pero en lugar de estrellarse contra la dura superficie, fueron frenados por una fuerza invisible y poderosa. Una gran esfera mágica los cubrió, y cuando se desvaneció, aparecieron convertidos en extraños guerreros míticos: Pablo tenía los poderes del nórdico Thor, y su temible martillo Mjolnir, también llamado el demoledor, Javier tenía los poderes de Horus, también llamado Hor, el elevado, el dios solar, mientras que Alberto adquirió los poderes de Ares, dios griego de la guerra, cuya principal arma era una temible lanza, y finalmente, Diego se empapó de los poderes del dios mesopotámico Enkimdu, dominador de los ríos, con el poder del agua.

Somnus había acrecentado sus poderes, y pensaba sembrar de caos y pesadillas terroríficas el planeta entero, y no tardó mucho en hacerlo, pues de sus manos y boca emanaba una enorme cantidad de ácido corrosivo sobre Tokio, pero Diego diluyó todo aquel ácido mortal mezclándolo con toneladas métricas de agua, que hizo surgir de la nada. Entonces, Somnus llamó a ancestrales criaturas, que antaño dominaron la Tierra, y que luego durmieron, y así, cientos de gigantescos dinosaurios comenzaron a destrozarlo todo, aplastando,

triturando y demoliendo cuanto se cruzaba en su camino. Pero ahí estaba Pablo, que con su temible Mjolnir iba matando a los dinosaurios que se encontraba a su paso, ayudado por Alberto, que montado en un imponente carro, tirado por caballos míticos, iba clavando su lanza en los dinosaurios que Pablo dejaba vivos. Por su parte, Javier conjuró cientos de diminutos soles, que fue arrojando sobre los últimos animales que seguían en pie, terminando finalmente con todos. Somnus trató de descomponer a los cuatro guerreros, separando sus moléculas, pero afortunadamente, Javier los estaba protegiendo con un escudo solar, impenetrable a cualquier conjuro, arma o criatura fantástica, aunque no podía mantener dicho escudo por mucho tiempo, pues mantenerlo activo consumía demasiada energía. Somnus, con un conjuro de aerokinesis, o dominio del viento, creó un gigantesco tornado, que destrozó media ciudad de Tokio y se aproximaba irremediablemente a los guerreros, pero Pablo agitó su martillo mágico, y lo giró a tal velocidad, que invocó a las tormentas, que fueron empujando el tornado hacia Somnus, mas éste se logró proteger escondiéndose en su capa mágica, y así, disipó el tornado, volviéndolo suave brisa. Sin detenerse en su frenética carrera de destrucción, Somnus, que cabalgaba ahora sobre los lomos de un dragón oscuro, sacó de un bolsillo un viejo y extraño reloj, que manipuló con sus afiladas garras, y entonces, los guerreros comenzaron a sentir algo raro: sus armas pesaban demasiado, sus débiles cuerpos no podían sujetarse derechos, y sus caras se llenaban de arrugas. ¡Estaban envejeciendo! Aquel hechicero había manipulado el tiempo para matar de vejez a los guerreros. Por suerte, Javier, que controlaba el sol, empujó al astro rey hacia atrás, cada vez a mayor velocidad, haciendo retroceder el tiempo y restituyendo así su juventud y poderes. Somnus, que no se daba por vencido, insistía en sus ataques, y convocó a los guardianes de la cripta de Urulk, unos demonios muy particulares, que abrieron sus fauces hasta desencajarlas, y empezaron e emitir unos aullidos inaudibles que se colaban en las mentes de nuestros héroes, tratando de volverlos locos aturdiéndolos. Afortu-

nadamente, Diego creó cuatro esferas acuosas, que rodearon a cada uno de los héroes, y así, el agua fue desviando las ondas sonoras de aquellos demonios, terminando de esa manera con el ataque mental. Pablo acudió presuroso con Mjolnir, asestándole a los demonios un golpe mortal, que terminó con ellos para siempre.

Javier – Os noto gravemente turbado, ¿acaso presentís vuestra propia muerte, maldito espectro de los sueños?

Sin mediar palabra alguna, Somnus se teletransportó a Corea del Norte, donde invocó la ayuda del tirano del lugar, buscando reunir un colosal ejército con el que atacar a los guerreros. Los cuatro subieron al carro que guiaba Alberto, y surcando a una velocidad vertiginosa el océano, pasaron de Tokio a Seúl en pocos minutos. Allí, avisaron a las autoridades locales del inminente ataque de su vecino del norte, con lo que se prepararon para la ocasión, movilizando a millones de soldados, sacando los tanques, haciendo zarpar a la marina de guerra y activando los escudos antimisiles, además de prevenir a la población civil, para que se escondiesen en los refugios nucleares. Tras horas de preparativos y movimientos de tropas hacia la frontera común, comenzó lo inevitable: Core del Norte disparó miles de baterías de cohetes hacia su vecino sureño, y los barcos comenzaron a torpedear a la marina surcoreana, que respondió con bombardeos masivos en las ciudades principales del norte, a la par que millones de soldados avanzaban con vehemencia. Mientras tanto, Somnus se había convertido en una monstruosa serpiente voladora, y las sacudidas de su cola serpentina iban ganando en fuerza y vehemencia, agitando el aire y el fuego, el agua y la tierra a su alrededor, conjurando a demonios cuyos nombres yacían olvidados en las entrañas del mundo. Nada podían los misiles ni bombas, ni el fuego de la artillería contra tales criaturas del averno, que lo iban destrozando todo a su paso. Pero Pablo iba sacudiendo martillazos letales con Mjolnir, mientras Alberto los ensartaba en su afilada lanza, forjada por el mismísimo Hefestos, el herrero de los dioses, al tiempo que Javier, en-

carnado en Horus, los freía con ardientes llamaradas, más abrasivas incluso que las flamas infernales. Diego iba ahogando al ejército norcoreano con caudalosos ríos que bajaban del cielo. Somnus provocó la furia de la tierra, y los árboles comenzaron a caer de manera abrupta e inesperada, las montañas se desmoronaban, y sus rocas eran lanzadas contra el ejército de Corea del Sur, mermando seriamente su número. Pero ese ejército contaba con una novedosa y potente arma, el distorsionador de partículas, con el que dispararon a Somnus, provocándole un grave colapso mental que le duraría horas, tiempo que aprovecharía el ejército del sur, encabezado por los cuatro héroes, para vencer al enemigo norteño y tomar su capital, poniendo fin a la guerra fratricida. Mas cuando todo parecía en calma, Somnus señaló al mar, y una silueta de porte regio emergió de entre el agua y la espuma, levantándose majestuosamente, de manera imponente… se trataba del temible leviatán, la criatura apocalíptica conocida por todos y nunca vista por ninguno, y haciendo alarde de una increíble demostración de poder, aquel legendario monstruo marino de las profundidades, escapó hacia tierra firme, y de un terrible coletazo, barrió de la faz de la tierra decenas de ciudades enteras, aniquilando todo a su paso. Los cuatro guerreros unieron sus fuerzas, y formando una esfera de fuego, agua, rayos eléctricos y ácido puro, la arrojaron hacia la cabeza del monstruo, que estalló en miles de diminutos fragmentos. Pero Somnus recompuso al monstruo, y lo dotó de nuevos poderes. Ahora escupía ingentes cantidades de fuego por sus fauces, arrasando los bosques circundantes y reduciéndolos a ceniza y polvo. Pablo le sacudió tal martillazo en el cerebro, que lo dejó aturdido por momentos, lo cual aprovechó Javier para abrasarlo vivo, mientras Alberto le clavaba en el corazón su poderosa lanza, y Diego lo envolvía en agua ácida, descomponiendo por fin a la maldita y destructiva criatura de las profundas simas del averno. Entonces, Somnus hizo volar a su dragón negro a una velocidad increíble, y se dirigió hacia Nueva Delhi, buscando rehacerse del último golpe. Naturalmente, los cuatro le siguieron detrás, viajando en el carro de Al-

berto. No tardaron en alcanzar a Somnus, que estaba levitando sobre el río Ganges, el cual había convertido en una lengua de sangre efervescente, mientras su dragón había abrasado toda la ciudad, devorando a la totalidad de sus habitantes. Nada podían hacer para remediar aquella desgracia, pero sí podían tratar de matar al espectro maldito, y para ello, aunaron nuevamente sus fuerzas, para crear la esfera mágica más poderosa jamás hecha, el esferion, una bola de energía pura, una prisión etérea que arrojaron al hechicero. Éste trataba de destruirla con toda clase de sortilegios, buscaba la forma de evadirse de ella, pero la esfera le perseguía allá donde iba. Trató incluso de escapar a otra dimensión, pero allí le seguía detrás la bola mágica, para llevarlo nuevamente a nuestro mundo. Al final, la esfera logró encerrar al brujo, y luego redujo su tamaño, hasta convertirse en una pequeña bola, que Javier metió en uno de sus bolsillos mágicos. El espectro de los sueños estaba por fin encerrado, y el mundo comenzó a retomar su antigua forma, desvaneciéndose para siempre el mundo de los sueños, con el que estaba fundido. Pero entonces, al irse aquel mundo de fantasía, los cuatro guerreros comenzaron a perder sus poderes, volviendo a ser expertos en artes marciales. La bola que llevaba Javier en el bolsillo, escapó de allí, comenzó a crecer, y al final, estalló en mil pedazos, escapando el espectro, que pese a quedar libre, estaba muy débil. Le persiguieron por toda la ciudad, pero se les escapó en su dragón negro, en dirección a Siberia. Como los guerreros habían perdido sus poderes también, no tuvieron más remedio que seguirle en tren, realizando un largo viaje de dos días. Por fortuna, era muy fácil seguirle el rastro, pues a su paso, iba dejando un reguero de destrucción y caos. Bajaron del tren y alquilaron un todo terreno, con el que continuaron siguiendo las huellas de destrucción del espectro, que conducían hasta una especie de base militar. Camuflaron el vehículo en unos matorrales cercanos y se acercaron reptando silenciosamente, procurando no ser vistos por nadie de aquella supuesta base. Por suerte, ya había anochecido, y amparados por la oscuridad total que les proporcionaba la luna

nueva, lograron acercarse hasta la puerta principal del recinto, pero no sabían cómo entrar, pues era de un espesor de diez centímetros, de acero blindado de alta seguridad, y seguramente, dentro les aguardarían decenas de soldados armados hasta los dientes. Con unas simples katanas, y siendo sólo cuatro personas, iba a ser difícil traspasar aquel umbral de la fortificación, y además estaba Somnus, que aunque debilitado, continuaba teniendo sus poderes y su mortífero dragón negro…

Soldado – Parece que despiertan. Los electrodos no han hecho su efecto.

Capitán – Iniciaremos nuevamente el interrogatorio. ¡Llevad a los espías a la sala de interrogatorios! Tarde o temprano tendrán que hablar. No conozco a nadie tan duro que aguante un día más así.

En la sala…

Capitán – No lo volveré a repetir. ¿Qué vinisteis a hacer a Siberia?

Diego – No sé qué quieres de nosotros. Ya te he dicho que íbamos a matar a Somnus, el espectro maldito, señor de los sueños.

Capitán – Veo que los efectos del suero de la verdad te han provocado alucinaciones. Despierta soldado. Sé que sois espías extranjeros. ¿Quién os envía? ¿Cuál es vuestro objetivo?

Pablo - ¿Qué nos habéis hecho? Mi mente está confusa, no estoy seguro de cuál es la realidad.

Capitán – Os hemos aplicado un suero de la verdad novedoso durante dos semanas. Pensábamos que no sobreviviríais, porque vuestro pulso era altísimo, la fiebre era de cuarenta grados, delirábais durante todo el día, padecíais temblores constantes… Solamente queremos conocer el motivo de vuestra visita, nada más. Después podréis iros tranquilamente.

Javier – ¡Sí, claro, el ejército ruso nos soltará sin más! ¡No le digas nada, Pablo, nos matarán de todas formas!

Pablo – Aunque quisiera, no recuerdo nada, sólo que vinimos aquí a matar a un tal Somnus.

Capitán – Repetís mucho ese nombre. Debe ser un nombre en clave. Intentad recordar, ¿quién es Somnus? ¿Acaso un objetivo militar, político? Está claro que vais a morir, pero de vosotros depende que la muerte sea lenta y dolorosa o rápida.

Javier – ¡Tú sí que vas a morir, fantoche!

Javier logró soltarse de sus ataduras, y dándole un fuerte golpe en la cabeza al capitán, y una certera patada a uno de los guardias que estaba presente, consiguió conjurar el peligro, al menos de momento. Luego liberó a sus compañeros y cogieron las armas del capitán y el soldado que le acompañaba. Recorrieron un par de pasillos de manera silenciosa, llegando hasta una pequeña habitación que no estaba vigilada. Cerraron la puerta, la atrancaron con una mesa de acero que allí había, y pensaron cómo iban a escapar de allí.

Diego – No sé cuál era nuestro objetivo. Es todo muy confuso, pero lo que sí tengo claro es que debemos escapar de este lugar cuanto antes.

Alberto – No debimos entrar nunca en él.

Pablo – Pero, ¿entramos o nos metieron aquí? No estoy seguro de que Somnus no exista. Tal vez sea un truco de ese espectro para confundirnos.

Javier – Estoy de acuerdo contigo. Este lugar parece humano, pero no reaccionan como humanos. Es muy extraño que no haya cámaras vigilando, ni más guardias. Parece como si quisieran que nos escapásemos, como si desearan que fuésemos por cierto camino…

Pablo – Es cierto, todo esto es muy sospechoso, parece una trampa de Somnus.

Diego – Pero tal vez sea cierto y seamos espías…

Pablo – No es la primera vez que un brujo de esos trata de confundir nuestra mente. Si quieren que sigamos por cierto camino, adelante, sigamos. No me dan miedo. Ya hemos derrotado a muchos enemigos mágicos, a criaturas muy poderosas, y seguimos vivos.

Javier – Estoy contigo, ¡vamos a por ellos! ¡Acabemos con todos nuestros enemigos!

Quitaron la mesa de la puerta y continuaron caminando por un largo y estrecho pasillo, pero de pronto, a sus espaldas ya no había nada, y enfrente una pared.

Javier – Es evidente, se trata de una trampa.

Pablo – Hacia atrás no iría yo, pues hay un agujero negro, y hacia delante tenemos un grueso muro metálico.

Diego – Disparemos con estas armas. Tal vez las hayan dejado a propósito para nosotros, para que las usemos.

Diego disparó con la extraña pistola que le arrebataron al capitán, y sorprendentemente, el muro se derritió como si fuera mantequilla. Lo atravesaron, y vieron con sorpresa que estaban en el mismo sitio: en un pasillo, con un agujero negro tras ellos, y un muro delante.

Pablo – Es evidente que esto es obra de un hechicero. Tratan de ganar tiempo y confundirnos.

Javier – Eso significa que no estamos en nuestro mundo, que seguimos en el territorio de Somnus.

Diego – Pero parecía todo tan real…

Alberto – A veces, los sueños se confunden con la realidad.

Probaron a disparar con las dos pistolas de positrones que tenían, y el muro volvió a derretirse, pero esta vez no lo traspasaron, sino que volvieron a disparar, esta vez al techo, y al suelo, numerosas

veces, hasta que desapareció el suelo, y cayeron por un inacabable túnel, llegando a una cámara mortuoria.

Javier – ¡Es sorprendente! ¡Nos encontramos en la cámara real de la pirámide de Keops! También conocida como Jéops, Jufu, Kufu o Sufis.

Allí estaba el sarcófago de… ¡Allí estaban todos los sarcófagos de todos los faraones de Egipto!

Javier – No es posible. Es muy extraño que estén todos aquí. Preparaos, porque esto es una trampa en toda regla.

No tardaron mucho en abrirse todos los sarcófagos, y de ellos salieron las momias de los antiguos faraones, con ojos brillantes, garras afiladas, y emitiendo unos aullidos que sobrecogían a quienes lo oían. Se acercaron a los cuatro guerreros con aviesas intenciones, y comenzaron su mortal ataque: de sus putrefactas bocas, salían unos agudos e intensos sonidos espectrales, cuya onda expansiva se llevaba por delante todo lo que encontraba, fundiéndolo con el suelo de la pirámide. Por fortuna, Alberto, encarnado ahora en Sobek, el dios cocodrilo, había enviado a sus criaturas, unos enormes cocodrilos del Nilo, de más de diez metros de largo, que abriendo sus enormes fauces, habían absorbido las mortíferas ondas emitidas por las momias. Pero éstas continuaron su ataque, tratando de clavar sus afiladas uñas en los guerreros, mas Diego, encarnando a Huitzilopochli, dios azteca del sol y la guerra, creó un sol en miniatura, que emitió tanto brillo, que hizo arder el vendaje de aquellos monstruos, y mientras se retorcían de intenso dolor, Pablo, encarnando a Gesar, mítico guerrero mongol, les clavó numerosas flechas mágicas en el corazón. Javier, que continuaba siendo Horus, aumentó de tamaño hasta alcanzar unos seis metros, y con su espada mortal, rebanó las cabezas de las momias, que pasaron a ser historia. Pero apenas tuvieron tiempo de festejarlo, ya que el suelo de la pirámide se abrió, y cayeron a la cámara secreta de los tesoros, donde había infinitas joyas: mo-

nedas de oro inundándolo todo, brillantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, amatistas, copas, brazaletes, collares, coronas, cetros… toda clase de objetos preciosos, y destacando sobre todas las gemas, una amarilla, que brillaba más que las demás juntas. Se encontraba sobre un plato de madera que había en una suntuosa mesa.

Javier – Yo no tocaría nada de lo que hay aquí, porque seguro que está maldito.

Pablo – Pero algo habrá que tocar, pues no hay ninguna salida visible, y posiblemente, los tesoros estarán tapando alguna puerta.

Diego sacó una espada de la nada, una gigantesca arma, más afilada que todas las armas del Hades, y asestó un tremendo golpe a la gema amarilla, que comenzó a moverse a gran velocidad por toda la estancia, desprendiendo un brillo tan intenso, que tuvieron que taparse los ojos. La gema abrió un portal místico, y de él salió el mismísimo Keops, que empuñaba un extraño bastón mágico en la diestra, mientras con la siniestra cogía la gema mágica, y la adhería a su frente. Aquello presumía ser el comienzo de una épica contienda, y comenzó pronto, porque Keops, convertido ahora en un nigromante, nubló los poderes de los cuatro guerreros, arrebatándoles toda la magia y absorbiéndola por sus fauces, a la par que disparaba rayos de energía pura. Por fortuna, los cuatro eran ágiles guerreros, y pudieron esquivar los disparos mágicos del nigromante Keops.

Keops – ¡Pobres criaturas mortales! ¿Acaso creéis que poseéis magia? ¿Pensáis tal vez que habéis escapado de la torre de Somnus el inmortal? Esta pirámide no es más que una de las múltiples estructuras que en la torre se encuentran, y será también vuestra tumba.

Javier – ¡No hables tanto, mamarracho! ¡Hemos enviado al averno a cientos de magos más poderosos que tú, y te reunirás con ellos muy pronto!

Javier corrió a gran velocidad, y con la katana en la espalda, saltó, apoyándose en una pared, hasta llegar a la altura de la cabeza de

Keops, y ya se disponía a rebanar el cuello del brujo, cuando éste se desvaneció de pronto, volviendo a aparecer tras Pablo, al que envió de un fuerte golpe al otro extremo de la habitación. Diego y Alberto intentaron un ataque con estrellas shuriken, pero Keops arrojaba sobre ellas arena mágica, y éstas se desvanecían al instante.

Pablo – Parece que va a ser duro de pelar este brujo…

Una mortecina luz reluce, proyectando sombras inquietantes en los húmedos muros de piedra de la pirámide. Se trataba de un arcano conjuro formulado por Keops, el cual hizo que de las sombras salieran unos pequeños diablos, que sujetaron con una tremenda fuerza a los cuatro, impidiéndoles hacer el más mínimo movimiento.

Keops – Podría aplastaros con un solo dedo si quisiera, pobres criaturas, pero os necesito, porque pretendo destruir a Somnus y ocupar su puesto.

Tras pronunciar estas palabras, el brujo permaneció en silencio, y levitando, sumido en una profunda meditación, y tras unos minutos, pronunció un extraño conjuro, y al instante, los cuatro quedaron convertidos en magos. Diego dominaba el elemento de la tierra, Javier el fuego, Alberto el aire y Pablo el agua.

Keops – Con vuestros nuevos poderes y mi magia ancestral, podremos derrotar a Somnus, y así, vosotros volveréis a vuestro mundo, y yo me convertiré en el nuevo señor del mundo de los sueños.

Somnus – ¡Eso será si te lo permito, maldito traidor! Ni un ejército de engendros como tú podrían derrotarme. ¡Te enviaré nuevamente a tu sarcófago, momia disecada y putrefacta!

Profiriendo estas amenazas, Somnus, el gobernante absoluto de los sueños, realizó un poderoso conjuro, con el que retorció la pirámide entera, y la hizo volar hasta el infinito maldito. Los cuerpos de Keops y los cuatro, fueron enviados por Somnus a una nueva pirámide, situada en uno de los pisos de su famosa torre, y allí los dejó

encerrados, desapareciendo de la misma manera que había aparecido repentinamente.

Pablo – Esto parece una pirámide maya. Bueno, tú eres Keops, y si controlabas una pirámide, supongo que no te será difícil hacerte con ésta.

Keops – Mi magia no es tan fuerte aquí, pero si me ayudáis, lograremos escapar de este nivel. El poder de Somnus es grande, pero no carece de limitaciones.

Javier – Pero tú eres un nigromante como Somnus, un hechicero oscuro. Ayudarte a ti es lo mismo que ayudarle a él.

Keops – Yo antes pertenecía a la luz. Aún no está todo perdido…

Javier – ¡Démosle una patada en el culo a ese engendro de Somnus!

Pablo – Me uno a ti. Ya estoy más que harto de vagar sin rumbo fijo por este mundo de sueños. Démosle ya su merecido y regresemos al mundo real.

Alberto – ¡Eso está hecho, contad también conmigo!

Diego – Entre los cinco derrotaremos a Somnus y lo enviaremos a lo más profundo del Hades.

Javier – No creo que llegue al Hades, porque lo vamos a desintegrar. No quedará ni su alma…

Acabadas de pronunciar esas palabras, se les apareció el dios maya Huracán, dominador de las tormentas, tempestades y el fuego, y sacudió toda la pirámide con un remolino de aire espectacular, que derribó a todos los allí presentes, acto seguido, envió columnas de fuego contra ellos, pero Pablo encerró el fuego en esferas de agua, mientras Javier le devolvía el fuego, pero aumentado, gracias a los poderes de Keops. Huracán pereció abrasado, pero de sus cenizas nació Kukulkán, más conocido como la serpiente emplumada, un

tipo de dragón muy peligroso, pues domina el agua y el fuego. Este mítico dragón emplumado, envolvió a todos en una esfera de fuego, envuelta a su vez en otra de agua, y la zarandeó en una gran tempestad, pero Diego creó de la nada un fuerte muro de piedra y tierra, que ahogó el fuego e hizo perder fuerza al agua. Alberto luchó contra Kukulkán por medio del aire, y tan parejas eran las fuerzas de ambos contendientes, que la victoria resultó sencilla, pues Keops envió a los cocodrilos del Nilo para que se comieran a su enemigo. Mas aquella pirámide parecía tener vida propia, y de la nada, hizo aparecer a millares de guerreros mayas, la más orgullosa y fiera de las razas antiguas.

Javier – A éstos los abraso yo como si fueran un asado.

Javier les envió tal cantidad de fuego, que todo apuntaba a que los convertiría en cenizas al instante, pero aquellos guerreros mayas eran inmunes a sus llamaradas, y se acercaban cada vez más.

Keops – Parece que esos guerreros están protegidos por oscuras fuerzas muy poderosas. Dejad que la gema que poseo los destruya.

Keops dejó actuar a la piedra amarilla que llevaba, la cual mostró el verdadero rostro de aquellos guerreros, que resultaron ser demonios alados. Al ver que nada podían hacer para destruirlos, Keops conjuró un agujero de gusano, y los envió a otra dimensión. Cuando ya parecía expedita la salida de la pirámide, aparecieron dos dioses del cielo mayas, Bitol y Tepeu, que hicieron desaparecer la estructura piramidal, y empujaron a todos al vacío. Así, cayeron durante interminables horas, aunque Pablo evitó que se estrellasen en el suelo, gracias a unas bolas de agua protectoras.

Keops – Ni yo mismo sé dónde nos encontramos, aunque intuyo que seguimos dentro de la torre de Somnus. En realidad nunca hemos estado fuera, ya que el gran torreón de ese hechicero lo ocupa todo. Somnus ha encerrado todos los sueños en su atalaya mágica, acaparando así todo el poder onírico.

Javier – ¡Vaya, todo el tiempo que estuvimos intentando entrar en esa dichosa torre, y resulta que siempre hemos estado en ella!

Pablo – Unamos todos nuestros poderes, creemos un único ente capaz de derrotar a Somnus. Con la gema de poder amarilla podremos lograrlo.

Keops accedió, y puso la gema en el centro de un círculo de fuego. Luego invocó los poderes de la mente de cada uno de los guerreros, y los unió místicamente al suyo. Finalmente, lo envolvió todo en una sombra onírica, y las psiques se unieron en un único ser, que viajó a través de toda la pirámide, buscando la salida. Aquel nuevo ser se aproximó a la cúpula del edificio piramidal, y luego estalló en mil pedazos, destrozando la estructura completamente. Cuando despertaron, vieron que de Keops sólo quedaba el polvo de sus huesos, esparcido por el viento, y ellos estaban encerrados en una gran cámara de contención.

Diego – Esto debe ser obra de Somnus. Por lo visto lo hemos infravalorado, y resulta ser un hechicero de un inmenso poder.

Alberto – Ninguna criatura tiene poder absoluto, y Somnus no va a ser una excepción.

Somnus – Tienes razón, humano. Soy vulnerable, pero no para vosotros, pobres criaturas débiles e insignificantes.

Somnus alzó los brazos, y con gesto altivo, abrió el portal de las sombras tenebrosas, invocando a horribles criaturas.

Somnus – ¡Devorad estas almas humanas, criaturas del submundo! ¡Acabad con ellos! ¡Vaciad a estos humanos!

Innumerables demonios acechaban a los cuatro, que encerrados y sin poderes, comenzaban a desesperarse.

Pablo – No temáis. No son más que pesadillas, y lo que debemos hacer es hacerles frente.

Javier – Es cierto, he leído varios libros que decían que esos malos sueños no tienen más que el poder que les otorgamos, y yo no pienso concederles nada de poder.

Javier – ¡Yo os expulso a la dimensión oscura de la que procedéis, criaturas de la noche! ¡Volved a vuestro infierno nocturno, ya!

Javier provocó una tremenda onda expansiva, que desintegró el campo de fuerza que los tenía presos, y obligó a las criaturas nocturnas a entrar en un pequeño orificio que surgió de la nada.

Somnus – ¡Bravo, humano! Si no fuera porque devoraré tu alma en breve, te acogería como mi discípulo.

Pablo – ¡Únete a la horda de los malditos, criatura de los sueños! ¡Desaparece en el inframundo, maldito engendro maléfico! ¡Desvanécete en el agujero negro del corazón del inframundo, oh Somnus!

Somnus – ¡No, maldito! Arg….

Pablo hizo tambalearse los cimientos de la torre, que comenzó a desmoronarse, mientras Somnus desaparecía por el mismo lugar que lo habían hecho antes aquellos demonios invocados por él.

Alberto – Debemos darnos prisa, porque esto se está viniendo abajo.

Diego – No te preocupes, porque si hemos derrotado a Somnus, no tendremos ningún problema en salir de este maldito lugar.

Todo en aquel extraño mundo se venía abajo: de la torre mágica no quedaron ni los cimientos, ya no había ninguna criatura, ni suelo, ni cielo, nada… Allí estaban los cuatro, flotando en la nada, en un limbo, del que no encontraban la salida… Cuatro almas atrapadas en un mundo sin alma… De repente… Mucho tiempo atrás, en la antigua China de la dinastía Ming, existió un arquero mítico llamado Yi, que ascendió al cielo y mató a los nueve soles. Estos soles eran…

Padre – ¡Salvador, deja ya el ordenador y ven a cenar, qué se quema la comida!

Salvador – ¡Ahora bajo, espera que me lave las manos!

Una vez en la mesa, cenando…

Salvador – No cortes la luz, qué se estropea el ordenador.

Padre – Es que no bajabas nunca. Estabas ahí atontado con la dichosa máquina. Un día voy a llegar a casa y voy a encontrar que estás ahí dentro del ordenador.

Salvador – Es que estaba jugando a un juego nuevo muy interesante, y había llegado bastante lejos, hasta que apagaste la luz…

Tras un tiempo charlando y viendo la televisión, el padre de Salvador se fue a dormir, pero Salvador encendió el ordenador y comenzó una nueva partida, pero esta vez no empezaba en Japón, sino en Sevilla, y no eran cuatro luchadores, sino cinco, cuyos nombres eran: Alberto, Diego, Javier, Pablo y Salvador…

Javier – Bienvenido al club, amigo. Debemos darnos prisa, el maestro nos ha convocado. Tiene algo muy urgente que decirnos, algo sobre un libro mágico especial que debemos recuperar…

El padre de Salvador se levantó a beber agua, y viendo luz en el cuarto de su hijo, entró en el mismo, para decirle que era tarde y que dejase ya el ordenador, pero sólo vio un videojuego en funcionamiento, y cinco luchadores, maestros en artes marciales, que él debía controlar.

Padre – ¡Vaya, parece que este videojuego no está tan mal! ¡Hijo, Salva, ven a jugar con tu padre! No sé dónde habrá ido este chaval. En fin, seguiré su partida. Yo cuando joven era bueno en esto. Los gráficos no están nada mal. ¡Toma patada, ahí va ese shuriken!

La partida continuaba, y los cinco guerreros debían atravesar un páramo desértico, con campos eléctricos y magnéticos, tormentas de arena y nieve, y peligrosas criaturas de pesadilla, antes de llegar al reino del malvado hechicero Sutrix, dominador de los elementos, al

que deberán derrotar y apoderarse de su gema mágica, el rubí de Askard, y entregárselo a su maestro.

Salvador – No sé qué hago aquí, todo esto es muy raro. Me duele mucho la cabeza.

Javier – Es normal, al principio nos pasa a todos, pero ya te acostumbrarás a este mundo.

Pablo – No te preocupes, formamos un buen equipo. Entre todos venceremos a ese maldito hechicero.

Pero apenas hubo hecho ese comentario, Pablo sufrió un duro golpe, que le derribó al suelo.

Alberto – A ver qué tienes. Vaya, si son astillas. ¿De dónde procederán?

Javier – ¡Cuidado con esos árboles!

Levitando sobre ellos, había un bosque entero de árboles muertos, que el malvado Sutrix estaba haciendo estallar, clavándoles sus ramas y astillas. De pronto, Salvador elevó las manos, y formulando un extraño conjuro, hizo que los árboles se fusionaran en un solo cuerpo, formando una extraña criatura mítica, un súper ent, un gigantesco árbol viviente, al que guió con su mente hacia Sutrix, que no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¿Cómo era posible que un joven guerrero tuviera tanto poder mágico? Pero aconteció algo aún más raro: aquel ent elevó sus ramas al cielo, y hablando en la antigua lengua ent, formuló un arcano conjuro, que hizo que el hechicero se desmembrara y explotara al instante, desvaneciéndose, siendo reclamado luego por las tinieblas de las que procedía. Luego, el súper ent se dividió en múltiples árboles, que fueron plantándose solos en el suelo, apartándose al paso de los cinco guerreros…

Alberto – ¡Es asombroso! Tenemos un mago entre nosotros.

Salvador – Yo no sabía que pudiera hacer eso. Este mundo es muy extraño…

Siguieron caminando por sinuosos y escarpados senderos, cruzando altas montañas, que iban siendo más grandes a medida que avanzaban. El frío se hacía insoportable, y un fortísimo viento soplaba a tal velocidad, que varias veces estuvo a punto de arrojarlos al abismo. Anduvieron durante días enteros, sin descansar un solo segundo, hasta que una enorme roca les impidió el paso. Trataron de apartarla, pero pesaba demasiado, luego, Salvador intentó destrozarla con rayos mágicos, pero únicamente logró que la piedra se quejase… De repente, la fría roca cobró vida, y se puso a arrojarles rocas y árboles. La mala fortuna quiso que Alberto cayera al profundo abismo, aplastado por aquella masa arborícola. Aquello era la furia desaforada de un enloquecido titán de piedra, una enorme masa pétrea enfurecida e irracional, cuyo propósito era acabar con la vida de los guerreros. Salvador concentró toda su fuerza, y creó de la nada una poderosa arma que disparaba rayos de antimateria, y acertando de pleno en el gigante de piedra, lo despedazó, convirtiéndolo en una lluvia de cascotes. No había tiempo de llorar la pérdida de Alberto, pues debían continuar y llegar al final, para escapar de aquel monstruoso mundo de pesadillas.

Javier – Ya no recuerdo a quién debíamos derrotar, pero sin duda debe tratarse de un poderoso hechicero, pues es capaz de crear imponentes monstruos y tiene la fuerza para confundirnos y retrasar nuestro viaje.

Pablo – Tengo la impresión de que están jugando con nosotros.

En cierto modo, así era, pues el padre de Salvador estaba echándose una partida a un videojuego mortal, en el que los protagonistas eran manipulados por un humano, que pronto formaría parte de la partida en primera persona… Así era ese videojuego de la muerte, que absorbía el alma, la esencia del jugador y lo atrapaba en sus circuitos.

Padre – ¡Vaya, aquí hay un mini juego de los clásicos! Pues, nada, jugaremos.

De pronto, el cielo se ennegreció, sobre sus cabezas, había unas rocas flotantes, y se podía oír un extraño sonido metálico procedente de arriba. De la nada, aparecieron unas raras armas de protones nucleares y unas modernas armaduras rodeando sus cuerpos. Sin duda, todo aquello no presagiaba nada bueno… Cuando Pablo iba a decir unas palabras, un rayo que venía del cielo, le calló la boca.

Pablo – Pero, ¿qué es eso? Parecen unas naves espaciales, ¡y nos disparan!

Se cubrían tras las rocas flotantes, y salían de vez en cuando para disparar a las naves alienígenas, que cada vez se acercaban más a ellos. Diego tuvo la mala fortuna de ir a disparar en el momento en que dos naves le alcanzaron, terminando con su vida. Salvador concentró todas sus fuerzas, e hizo explotar las rocas flotantes que les cubrían, que se convirtieron en mortíferos meteoritos, los cuales iban acabando con todas las naves. Siguiente nivel…

Javier – Debemos tener cuidado, porque ya hemos perdido a dos miembros del equipo.

Pablo – Cuidado tenemos, pero son tantos los enemigos, que tarde o temprano caeremos todos sin remedio.

Salvador – A no ser que logremos escapar de aquí antes.

Javier – Sí, pero ¿cómo haremos tal cosa? No sabemos adónde nos dirigimos, ni quién es nuestro enemigo. Ni siquiera sabemos qué debemos hacer, cómo derrotarlo…

Salvador – Ya me acuerdo de todo. Estamos dentro de un ordenador. Esta maldita máquina nos ha atraído hasta aquí a través de un video juego. Todos hemos jugado antes, y llegado un momento, la máquina nos absorbió, por eso ahora formamos parte del videojuego.

Javier – Entonces, quien esté jugando ahora, será un nuevo miembro de nuestro creciente grupo… Interesante… Ahora entiendo muchas cosas que nos han sucedido…

No terminó de hablar cuando… la pantalla volvió a oscurecerse, y aparecieron unos extraños bloques de piedra de colores brillantes. Los tres que quedaban, estaban sobre una plataforma flotante que se movía de derecha a izquierda sin parar, y hacia ella venía una gigantesca bola de demolición de acero puro…

Pablo – ¡Por poco me da! ¡Haz algo, Salvador, qué parece que eres el único que tiene poderes aquí!

Salvador se concentró, y logró frenar la bola, que hizo estallar cuando se encontraba al lado de la pantalla, lo cual abrió una grieta, lo suficientemente grande como para que escaparan, pero a Salvador no le dio tiempo de cruzar a la siguiente pantalla, pues cientos de bloques de piedra cayeron sobre él. Game over para Salvador…

Nivel 3: dos vidas, Pablo y Javier, dentro de un laberinto lleno de cocos, y unos fantasmas rondando toda la zona…

Javier – Me suena esto, y sé cómo salir del laberinto: lo único que debemos hacer es lograr coger el coco de color rojo, pero lo malo es que no sabemos dónde está, y los fantasmas nos buscan para acabar con nosotros…

Pablo – Uno de los dos deberá sacrificarse. Uno atrae a los fantasmas, y el otro va por el coco rojo. Si quieres, lo haré yo.

Acordado el plan, Pablo buscó a los fantasmas, y corrió todo lo que pudo para alejarlos de Javier, cuya misión consistía en hacerse con el coco rojo. Sucedió lo inevitable, los fantasmas acabaron con Pablo, game over para él, y Javier ya tenía cerca el coco rojo, pero no tenía salida, pues los fantasmas le habían acorralado, y se disponían a terminar con su vida. De pronto, cuando todo parecía perdido… Javier fue corriendo hacia uno de los fantasmas, pero cuando éste le iba a absorber, Javier se agachó, y el fantasma hizo explotar al que perseguía al guerrero, lo cual provocó un colapso del sistema, y el programa se quedó colgado, o pillado.

Padre – Este juego es muy raro, y además se ha quedado atascado. A ver si quitando el disco y poniéndolo nuevamente…

Pero al ir a retirar el dvd del juego, comprobó con asombro que no había nada en la bandeja del dvd del ordenador, por lo que pensó que sería un programa instalado, de manera que buscó la carpeta donde estaba el juego, mas no encontró nada.

Padre – Bueno, será un juego de esos que se juegan on line, así que quitaré el router y lo conectaré otra vez…

Pero para mayor sorpresa del padre de Salvador, la luz se había ido, ¡tenían un apagón general, y el juego volvía a funcionar!

Padre – ¿Cómo es posible que se pueda jugar sin luz, sin que haya ningún programa en la computadora? Esto es muy extraño… En fin, seguiré jugando un rato más…

La pantalla dio un fogonazo, luego salieron unas rayas, se oyeron unos pitidos agudos y volvió a ponerse en negro. A continuación, salió un gran salón, y unos bizarros ladrillos iban cayendo sobre Javier, pero el guerrero que quedaba, daba grandes saltos y los colocaba de forma que encajasen. Eso hizo durante un tiempo, y logró hacer una gran jugada, por lo que le dieron una vida extra, y apareció entonces Pablo.

Pablo – Esto es cada vez más sorprendente. De manera que estamos en un video juego que nos aprisiona, y has logrado que yo volviese a aparecer realizando una gran jugada. Interesante…

Entonces, Pablo y Javier se coordinaron como nunca antes lo habían hecho, y jugada tras jugada, iban logrando que sus compañeros volvieran a la partida, hasta que estuvieron los cinco activados…

Javier – Tenemos que cargarnos el programa, hacer que se quede colgado, para salir de aquí. Ya lo conseguí antes, y gracias a eso, la máquina va más lenta. Por eso pude ganar vidas extra y estáis nuevamente conmigo.

La pantalla se puso en negro y aparecieron cinco naves espaciales flotando en el aire. En el suelo había unos radares, y de pronto, las naves comenzaron a ir hacia delante solas. Pablo juntó su nave a la de Javier, y luego, éstos se unieron a Diego. Al final acabaron todas unidas, formando una gran nave, pero los radares la habían detectado, y de unos silos bajo tierra, salían infinidad de misiles hacia ellos. Pablo se encargaba de arrojarles bombas, tanto a los misiles, como a los silos, y la nave seguía, pero el techo se iba haciendo más estrecho, y debían esquivar las estalactitas, y las estalagmitas, porque el suelo también se tornaba irregular. Para colmo de dificultad, comenzaron a aparecer numerosas naves, que les disparaban misiles. Javier iba controlando la nave, mientras Diego y Alberto se encargaban de disparar los misiles a las naves, Salvador estaba quieto, concentrado, y de pronto… con su poder mental hizo que se derritiesen las naves enemigas, y que el techo se derrumbara por completo. La nave escapó por la brecha superior, y la pantalla dio muchos fogonazos. Pero la nave espacial comenzó a fallar estrepitosamente, los controles no respondían, y faltaba combustible, por lo que tuvieron que hacer un aterrizaje de emergencia en un cementerio abandonado… Bajaron con sus pistolas de protones, y caminaron en grupo, sin distanciarse ninguno de los demás, caminando muy despacio y observando todo con sumo detalle, pues estaban seguros de que algún peligro les acechaba de cerca. No tardaron en confirmar sus sospechas, pues las lápidas comenzaron a abrirse, y de ellas salieron unos apestosos zombis, que torpemente se les iban acercando, y no precisamente con muy buenas intenciones… Pablo disparó contra uno y lo desmembró, pero continuaba andando. Javier le acertó en la cabeza a dicho zombi y acabó con su triste existencia, por lo que comprendieron qué debían hacer con el resto. Multitud de disparos se sucedieron, y los zombis iban cayendo, mientras los cinco iban avanzando, cada vez más deprisa, y cada vez aniquilando a criaturas nocturnas más grandes, fuertes y fieras, hasta que agotaron la munición, y un gigantesco zombi se interponía entre ellos y la salida a otra

pantalla, por lo que recurrieron a la magia de Salvador, que se enfrentó al más temerario de aquella horda sedienta de sangre, invocando un enorme sol, más radiante y luminoso que mil días, lo cual hizo explotar a la temible criatura, y pudieron así escapar a la siguiente pantalla. En ella, el sol naciente comenzaba a arrojar su primera luz, mientras una suave brisa soplaba, meciendo las espigas de trigo. Todo parecía tranquilo y apacible, hasta que de pronto… una visión enloquecedora les heló la sangre: de un torbellino de ceros y unos, emergió la escalofriante figura demoniaca de un hechicero, con afilados colmillos y garras cortantes, con la mirada perdida y vestido con ancestrales ropajes, que les habló así:

Hechicero – ¡Jamás escaparéis de mis dominios! ¡Yo, Over RIP, portador de la piedra asuris, arrebataré vuestras almas!

Javier – ¡Fantoche, ya hemos enviado al Hades a más de uno como tú, de modo que te venceremos, y saldremos al mundo real!

Pablo – ¡No tenemos ni para empezar contigo, mamarracho!

Over RIP empezó a disparar rayos de fuego, pero por suerte, Salvador creó rápidamente una pantalla de plasma que los frenaba, pero Over RIP convirtió la barrera protectora en un enorme dragón, que se volvió contra los guerreros, calcinando con sus llamaradas a Diego.

Alberto – ¡Pagarás cara esta muerte!

Alberto logró escalar hasta el cuello de la bestia lanza llamas, y le clavó la katana, pero el dragón seguía con vida, y se removía con una furia tremenda, lo cual hizo que Alberto cayera al suelo, un suelo que el hechicero llenó previamente de punzantes estacas, y también cayó…

Javier – Solamente quedamos tres. Tenemos que acabar con el hechicero y salir de aquí, y pronto.

Javier se concentró al máximo, y creó una burbuja, que encerró a los tres que quedaban. Luego instó a Pablo a hacer lo mismo, y éste

formó una segunda burbuja que cubría la primera. Finalmente, Salvador encendió la burbuja exterior, convirtiéndola en una esfera de fuego, que rodó velozmente hacia el hechicero, ocasionándole graves quemaduras, lo cual provocó varios chispazos. El dragón trató de disolver la burbuja mágica con ácido puro, pero ésta se lo devolvió, y aquella criatura quedó consumida, a los pies de su creador, el malvado Over RIP.

Over RIP – ¡Pagaréis muy caro lo que habéis hecho, aprendices de mago!

Over RIP creó un remolino tremendo, que hizo que cientos de circuitos impresos del ordenador se despegaran de la máquina. Condensadores, resistencias, circuitos… todo se levantó, formando una columna que giraba a gran velocidad, acercándose peligrosamente a los guerreros. Salvador se adelantó, y formulando un conjuro, trató de fundir los circuitos, pero éstos fueron cayendo a gran velocidad sobre él, aplastándolo.

Javier – Únicamente quedamos nosotros dos. Debemos pensar con rapidez la forma de derrotarle y escapar de este lugar.

Over RIP formuló un poderoso conjuro, y en la pantalla se formó un enorme lago, y sobre él navegaba un barco de vela, en el que iban Pablo y Javier. El oleaje era intenso, y en el cielo estaba el hechicero, convertido en un mortífero dragón, que escupía fuego sobre la nave. Los dos guerreros contraatacaban arrojándole bolas de plasma, pero el dragón las esquivaba, cuando no las fundía con sus enormes llamaradas ígneas. Expulsaba tanto calor, que secó el lago, y los dos héroes tuvieron que saltar del barco como pudieron, porque se deshizo totalmente envuelto en llamas. El hechicero se posó en el suelo, y luego se convirtió en un gigantesco demonio, tan grande como una montaña, y les habló así:

Over RIP – Yo soy Over RIP, el demonio de los circuitos, y estáis en mi reino de terror. Jamás escaparéis de mi alcance, porque aquí soy inmortal e invencible.

Javier – Ya será menos, fanfarrón. Acabaremos contigo. No sé cuándo ni cómo, pero acabaremos…

Encolerizado por esas palabras, Over RIP se transformó en un enorme can bicéfalo e ignívomo, que iba lanzando llamas de fuego y azufre sobre los guerreros, pero Pablo fue ágil, y logró esquivar las llamaradas. Javier había imaginado una espada de Kántrax, con la que separó una de las cabezas del monstruo. Entonces, éste mutó en un dragón, más grande y fiero que el que les atacó en el lago, y les arrojaba rayos eléctricos por las fauces. Para combatir con el demonio de los circuitos, Javier y Pablo imaginaron que eran un titán de agua, y se lanzaron sobre el monstruo, que con el contacto con el líquido elemento, resultó herido, y cayó a tierra, transformado en un simple brujo, el cual, más furibundo que nunca, arrojó haces de electricidad sobre los guerreros. Javier guió a Pablo por unos extraños caminos, que parecían autopistas. Imaginó un vehículo para viajar por aquellos cables microscópicos, y así, llegaron a la memoria del ordenador. Over RIP les seguía de cerca, pero Pablo le iba arrojando condensadores y resistencias que iba arrancando de la placa base. Entonces, Over RIP blindó la memoria del ordenador, protegiéndola con enormes ciborgs, y llenó de tinieblas los circuitos, para que los guerreros se perdieran por las interminables autopistas de cables de la máquina. Estaba oscuro, como las simas del infierno.

Javier imaginó un diminuto sol interior, que iluminó nuevamente todos los circuitos, y así, llegaron a la suave y ondulada ladera de la memoria, mas custodiándola se encontraban dos enormes ciborgs, que se fundieron en uno, más poderoso y terrorífico, y desde la lejanía, Over RIP le insufló su poder oscuro. Aquella bestia sanguinaria clamaba por la sangre de los dos héroes, pero en vano disparaba sus poderosos rayos, porque los dos guerreros se estaban cubriendo con restos de la placa base. Habían fabricado un blindaje con restos del ordenador, que echaba chispas y estaba lleno de pequeños incendios en los condensadores y las resistencias. El enorme ciborg arrancó a

pedazos el blindaje del vehículo de los guerreros, y ya se disponía a triturarlos con sus mandíbulas de acero, cuando Pablo lo ató con unos cables que habían quedado sueltos, mientras clavaba un trozo de cristal de litio en el pecho del robot, que cayó fulminado al instante.

Pablo – ¡Las puertas del infierno se le abrirán a quien nos cierre el paso!

Game RIP estalló en cólera, y de su cuerpo brotaron dos brazos más, que empezaron a destrozarlo todo, mientras de sus labios brotaban sibilinos conjuros maléficos, y los cables cobraron vida, convirtiéndose en enormes serpientes. Pablo y Javier lucharon en vano contra semejantes monstruos, y fueron apresados por los cables de alimentación de la memoria. Allí estaban, a merced de aquel demonio de los circuitos, sin esperanza de escape… Pero cuando todo parecía perdido, Pablo tuvo una idea, que tal vez podría sacarles de allí: explicó su plan a Javier, y ambos imaginaron que eran datos informáticos, y así, viajaron hasta la memoria del ordenador, una vez dentro, la fundieron con rayos de plasma y fuego líquido, y continuaron su viaje a través de los circuitos impresos de la máquina, hasta llegar hasta el ventilador, el cual bloquearon con rocas y vigas de acero en miniatura, y así siguieron su trayecto por los cables, hasta llegar a la tarjeta maestra, la cual infectaron con un virus, un mortífero virus que fundió a Over RIP en ácido puro y titanio, dejándolo convertido en una estatua. Finalmente, Javier reventó la imagen de Over RIP con un tremendo mazo metálico, convirtiéndolo en miles de diminutos fragmentos. Todo temblaba, los cables quemaban, obligando a los guerreros a levitar por el aire, y huir a escape del lugar, pues los condensadores estallaban, las resistencias se fundían, volviéndose líquido venenoso, todas las memorias iban haciendo explosión, hasta que finalmente, la pantalla reventó, enviando los trozos de vidrio y plástico a decenas de metros, y abriendo un agujero interdimensional, por el que escaparon los cinco guerreros. El padre de Salvador estaba boquiabierto, no podía creer lo que veían sus atónitos ojos. Salvador

le explicó cómo el demonio de los circuitos, Over RIP, les había atrapado y llevado a su mundo virtual, y cómo habían estado peleando contra él y las múltiples criaturas que les enviaba con sus poderes mágicos. Decidieron de mutuo acuerdo desenchufar aquella máquina y tirarla a la basura, no sin antes triturarla a martillazo limpio. Tras unas horas relajándose y tomando algo, cada uno fue a su casa, y Salvador se quedó un rato en su salón, mirando su móvil de última generación, y jugando a un nuevo juego que había descargado de una página de software gratuito. Un apasionante juego que no tardó en cautivarlo: se trataba de elegir a un guerrero poderoso, que viajaba por alucinantes paisajes fantásticos llenos de monstruosas criaturas y temibles hechiceros. Durante horas estuvo jugando a aquel extraño juego, en el que el muñeco que manejaba tenía su misma cara, su mismo cuerpo, su misma mente…

Salvador - ¡No, otra vez nooooo!

Aquel grito desgarrador abrió un vórtice mágico, por el que cayeron sus cuatro amigos, y una vez más, allí estaban los cinco guerreros, tratando de escapar de una serie de enormes tornados, que los acorralaban hacia un profundo precipicio. Salvador estaba liderando el grupo, y los guió a través de escarpadas y afiladas rocas, por las que iban saltando uno tras otro. Pero repentinamente, la montaña entera se viene abajo. Finalmente lograron llegar hasta una enorme ciudad, y tras mucho caminar, terminaron en una estrecha puerta, que al abrirla, dejó entrar una suave luz en aquella oscuridad, y la fría noche tocó a su fin, dando paso a un espectacular amanecer, y Somnus, que los había logrado alcanzar, comenzó a desvanecerse, hasta que su última partícula desapareció en la nada.

Padre – ¡Salvador, despierta, qué son las siete y tienes que arreglarte para ir al colegio!

Salvador se levantó aliviado, ¡por fin terminó aquella horrible pesadilla!

Este libro se terminó de imprimir
en Almería durante el mes de febrero de 2015

